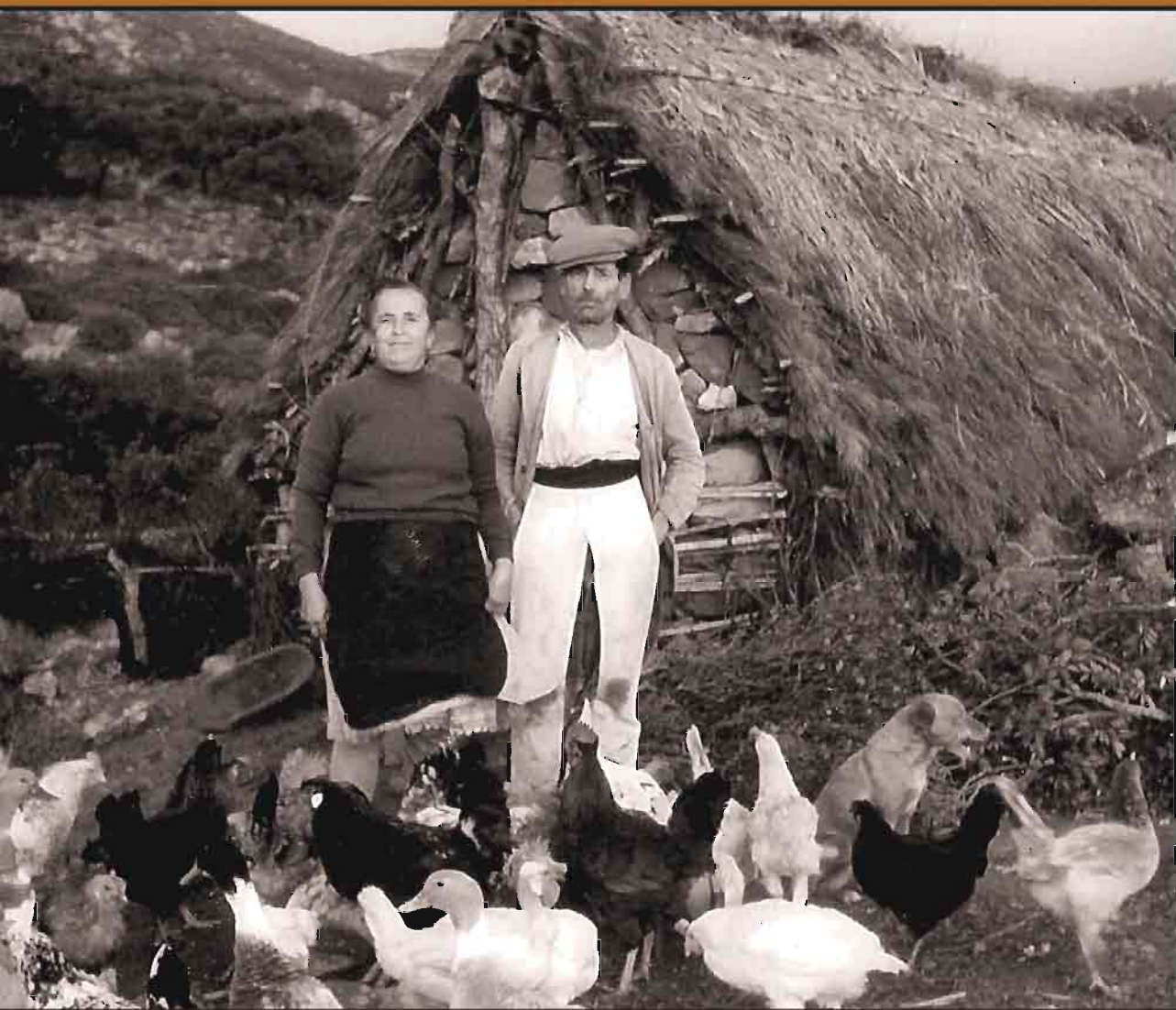


MUROS DE PIEDRA Y TECHO DE CASTAÑUELA

VIVIR EN CHOZAS



Beatriz Díaz

Dibujos de **Rafael Pulido Jurado**

MUROS DE PIEDRA Y
TECHO DE CASTAÑUELA
Vivir en chozas

**Muros de piedra y techo de castañuela.
Vivir en chozas.**

Autora:

Beatriz Díaz

beatrizlalombriz@gmail.com

memoriaoral.datarifa.net/memorias

Autoedición. Bilbao, 2018

Dibujos y acuarelas:

Rafael Pulido Jurado

Fotografías:

Beatriz Díaz, salvo indicación expresa

Diseño y maquetación de interior y portada:

Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

hola@rasgoaudaz.com

rasgoaudaz.com

Foto de portada:

Petra Ríos Silva y Antonio Ríos Corrales ante una choza en la Sierra de Toriles (El Pedregoso, Tarifa), junto a gallinas, patos y un perro. Años 60-70. Imagen cedida por **Nina Campano Ríos**.

Foto de contraportada:

Vivienda en el poblado de El Puntal del Alamillo (Sierra de la Plata, Tarifa). Tiene dos estancias en paralelo: la casa de la candela y la casa de las camas. Enero de 2015. Fotografía: **Beatriz Díaz**.

Depósito Legal: BI-1105-2018

ISBN: 9788494735042

MUROS DE PIEDRA Y TECHO DE CASTAÑUELA Vivir en chozas

Memoria oral de la vida en las chozas
Tarifa (El Campo de Gibraltar, Cádiz)

Por **Beatriz Díaz**

Dibujos y acuarelas de Rafael Pulido Jurado

ÍNDICE

Introducción

El valor de las chozas 11

1. Mis abuelos hicieron unos chozos

Nina Campano y Francisca García. El Pedregoso y Facinas (Tarifa) 33

2. La choza para dormir y la de cocinar

Antonia y Curro Gil. Puertollano (Tarifa) 37

3. Una casita pequeña con una entrada muy chica

Paqui y Mari Luz Ruiz. Los Algarbes (Tarifa) 45

4. Habitaciones transparentes y zapatos de barro

Francisco Serrano. Los Barrios y Algeciras 53

5. Cada año una nueva choza

Pepa Sarmiento y Quica Rojas. El Junquillo (La Línea) 59

6. Aquí eran pobres todos

José Manuel Fernández. La Canchorrera 67

Imágenes del poblado de La Canchorrera 78

7. Una casa para vivir el resto de tu vida

Antonia Cote. El Realillo (Bolonia) 93

8. Aquello que no queríamos perder

Luz Ruiz. La Gloria (Bolonia) 97

9. Nosotras vivíamos apartadas

Manoli y Pepi Pacheco. Los Boquetillos y La Gloria (Bolonia) 101

10. Protegidos por la roca arenisca

Paseo por Los Boquetillos 105

Imágenes del poblado de Los Boquetillos 110

11. Nuestra vida eran los cortijos

Ana y Adolfo Trujillo. El Puntal del Alamillo 129

Entrevista en profundidad 134

12. Resistir para salir adelante	
Paseo por El Puntal del Alamillo	157
Imágenes del poblado de El Puntal del Alamillo	162
13. ¿Éramos personas o animales?	
Paqui Domínguez. La Canchorrera	191
Relato de vida	192
Epílogo	
Las ruinas engrandecen nuestros campos	213
Bibliografía	225

Muchas personas han hecho posible este trabajo. Amigas, vecinas, familiares... En mi relato menciono aquellas que me pasaron contactos, que me acompañaron en las visitas, me llevaron en coche, facilitaron mis pesquisas o me ofrecieron documentos e imágenes singulares. Debo añadir a Natalia Díaz, fiel revisora y compañera de trasiegos; Antonella Fornoni, imprescindible correctora; Antonio Escolar, que creyó en mi; Ana Gomar, Antonio Ruiz, Pili Casas, Juan Gavilán, Pablo Díez y Miji Mijangos, cuyo apoyo y conversaciones me ayudaron a pensar; Miriam Trujillo, Ana Sánchez y Emiliano Sousa, unidos como yo a las chozas a través de su historia familiar; y Mabel Carlos y Begoña Hernández, que me cuidaron cuando lo necesitaba.

Mi agradecimiento sincero a todas.

INTRODUCCIÓN

EL VALOR DE LAS CHOZAS

Huellas recientes

La Sierra de la Plata es una imponente montaña situada al oeste del término de Tarifa (Cádiz), en el Parque Natural del Estrecho, surcada de yacimientos que nos hablan de su poblamiento humano desde la Prehistoria. Empezando por las construcciones funerarias y representaciones artísticas: en Tarifa hay sesenta y seis cuevas conocidas con pinturas o grabados rupestres de todas las épocas prehistóricas. Junto con otras existentes en la provincia de Cádiz, conforman el Arte sureño, uno de los conjuntos de Arte Rupestre más importantes en Europa.

En la cima de esta sierra hay un yacimiento prerromano conocido como La Silla del Papa. Aprovechando las formaciones rocosas como parte del suelo o de las paredes se levantó aquí una ciudad fortaleza con viviendas de varias alturas cuyos habitantes vivían de los recursos ganaderos y forestales de los montes circundantes. Estuvo habitada a lo largo de toda la Edad del Hierro hasta el siglo I antes de Cristo.

Descendiendo por la falda sureste de la sierra y antes de alcanzar la duna de Bolonia, la ciudad romana de Baelo Claudia preside el paisaje. A diferencia de la Silla del Papa, Baelo Claudia vivía principalmente de los recursos pesqueros. Son emblemáticas las factorías de salazón de pescado y de *garum* de esta ciudad¹.

1] El *garum* o garo es una salsa muy preciada en la antigua Roma, preparada con vísceras de pescado maceradas.



Yacimiento prerromano de la Silla del Papa. Detalle de una roca. Imagen tomada en mayo de 2013.

Existen también en la Sierra de la Plata huellas arqueológicas de población muy reciente. Están a media ladera de la sierra y mirando hacia la campiña interior, en otros tiempos ocupada por densos bosques. Se trata de decenas de viviendas, hornos, fuentes, pozos, lavaderos, bebederos de animales, corrales, muros y senderos. Sabemos que en los siglos XIX y XX cientos de familias vivieron aquí, en chozas con muros de piedra y techumbre vegetal.

Sus habitantes se cuidaban con remedios naturales y daban a luz en la oscuridad de su choza o a la sombra de un árbol. Regaban sus huertos acarreando agua desde pequeños manantiales y cocían el pan en hornos de piedra. Usaban cuerda hecha con palmito, se alumbraban con antorchas y aprendían a escribir sin escuelas. No llegaron a tener alumbrado público y nunca se instalaron canalizaciones para llevar agua a las casas o eliminar desechos.

Los últimos habitantes de esos enclaves, protagonistas de la supervivencia en medio de la escasez y del abandono institucional, residen hoy en pueblos



Yacimiento romano de Baelo Claudia (Bolonia, Tarifa). A la izquierda en plano medio, pinar de pino piñonero (*Pinus pinea*) sobre dunas semifijas. Al fondo, la Sierra de la Plata. Imágenes tomadas en mayo de 2013.



de la comarca. Otras viven en Sevilla, Vizcaya, Pamplona, Barcelona... Y también en ciudades de Suiza o de Alemania, a donde emigraron hace décadas.

A través de las chozas que aún existen y de la voz de sus antiguos habitantes podemos hoy en día conocer cómo vivieron las generaciones anteriores, cuáles eran sus prioridades, sus valores y sus capacidades. Lavar la ropa, trabajar en el corcho o el carbón, sirviendo o recolectando, desplazarse, escribir y leer cartas, atender a las personas enfermas, festejar... Al recordar y escucharse no dejaban de sorprenderse. Las bromas e ironías sirvieron para espantar el rigor del sufrimiento. Las risas celebraban que pudieron salir adelante. Ellas y ellos son testigos privilegiados de un tiempo ignorado y silenciado. De una forma de vida que confirma la capacidad humana para autoorganizarse ante la adversidad.

La choza de piedra, la casa de adobe o la cueva, dependiendo de la geografía y los recursos naturales, fue la vivienda tradicional principal de las clases populares, que eran y son la parte más importante de la población tanto en cifras como en peso social. De modo que la huella de las chozas en los montes y en la memoria de sus habitantes nos habla de un escenario de vida frecuente en la Península ibérica.

Pascual Madoz recorrió montes y valles estudiando en detalle la geografía española. Su diccionario geográfico editado en 1846 menciona chozas que eran usadas como vivienda en provincias de geografía diversa: La Coruña, Lérida, Zaragoza, Valladolid, Toledo, Canarias, Córdoba, Málaga y, por supuesto, Cádiz².

En Galicia, en la zona Cantábrica, en la Meseta castellana, Aragón, Levante, Canarias y Andalucía las chozas fueron la vivienda tradicional y principal en el ámbito rural y en las áreas periurbanas, además de servir en labores agrícolas y ganaderas, para guardar animales, aperos, grano, forraje y alimentos, o como refugio temporal.

Clases de pobres

Tarifa es un municipio de la comarca de El Campo de Gibraltar, en el extremo sur de la provincia de Cádiz. Esta comarca abarca otras seis poblaciones: San Roque, Algeciras, La Línea, Los Barrios, Castellar de la Frontera y Jimena de la Frontera. Gibraltar, colonia de Reino Unido, está en el flanco este de la bahía de Algeciras.

2] Ver «Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de ultramar», Tomo V.



Ubicación de la comarca de El Campo de Gibraltar (en color rojo) en Andalucía, Europa y el Mediterráneo. Tomado y adaptado de Wikipedia.



Municipios de la comarca de El Campo de Gibraltar y Gibraltar (en color blanco). Tomado de Wikipedia.



Tarifa abarca una gran superficie: 419 kilómetros cuadrados. En su término están empadronados dieciocho mil habitantes. El veinte por ciento de la población de Tarifa es menor de veinte años. En el término municipal hay seis centros de Educación Infantil, cinco centros de Educación Primaria y cuatro de Secundaria. Dieciséis mil viven en ocho núcleos de población y dos mil diseminados en los montes y zonas costeras. La siguiente tabla detalla cómo se distribuye la población:

Población	Habitantes³
Tarifa	13.700
Atlanterra	2.155
Facinas	1.146
Tahivilla	404
El Cuartón	159
El Lentiscal	141
El Almarchal	137
Bolonia	97

Por su ubicación estratégica Tarifa es depositaria de una cultura inmensamente rica y sus habitantes son portadores de un saber insustituible. Sólo una pequeña porción de su término es mencionada en las propuestas turísticas; en especial el área costera. Hay quien considera que esto es una ventaja para la preservación de su patrimonio.

La media de las temperaturas mínimas en la comarca oscila entre 12 y 15 grados centígrados y la media de las máximas entre 20 y 25. En la mayoría de las localidades la precipitación anual supera los 1.100 milímetros cúbicos. El clima permite varias floraciones al año y por lo tanto varias cosechas. También una exuberante vegetación autóctona que es fuente de diversidad ecológica y de riqueza forestal, agroganadera y biofarmacéutica. Debido a las temperaturas suaves si no llueve muchas tareas cotidianas pueden hacerse en el exterior de la vivienda.

3] Datos del Instituto de Estadística y Cartografía de Andalucía para el año 2015.



A pesar de las posibilidades para el desarrollo, esta comarca ha sido históricamente pobre. Muchas personas a quienes entrevisté tienen una clara conciencia de clase: no de clase obrera ni de clase campesina, sino de clase pobre. «Nos hemos criado en *clase de pobres*». Con estas precisas palabras lo explica Paqui Domínguez. Y Rosa, estudiante en el Centro de Educación de Adultos de Ubrique, escribió:

*Soy de clase pobre pero no me avergüenzo de nada. Tengo muchos recuerdos de mi infancia pero no puedo anotarlos todos porque me faltaría papel*⁴.

En el contexto de la ocupación colonial de Gibraltar se afianzó el vínculo entre los pocos propietarios latifundistas y las clases poderosas. Esto se manifestaba en una estructura social muy escalonada, donde cada grupo tenía oportunidades visiblemente diferentes.

Juan Quero, labrador, pastor y escritor, pasó su infancia en la Sierra de la Plata. Él se forjó a sí mismo como hombre sabio a través de la lectura. Leía novelas mientras recorría a caballo los campos entre Algeciras y Tarifa trabajando como *recovero* y cuando pastoreaba las ovejas cerca de la aldea de Facinas⁵. Juan fue testigo y protagonista de la realidad social de su tiempo y además de escritor tenía mucho de sociólogo.

Tuve la oportunidad de entrevistarle y de compartir encuentros con él y con sus hijas, nietas y bisnietas. Los escritos y la voz de Juan fueron mi primer y fundamental referente para adentrarme en la historia y en la cultura del pueblo de Tarifa. Y cuando digo historia y cultura digo también formas de decidir y formas de mirar. En su libro titulado «Facinas», Juan enumera las clases de familias campesinas que habitaban los campos cercanos a esta aldea entre los años cuarenta y sesenta. Merece la pena detenernos en su acertada descripción:

Era curioso observar cualquier soleada mañana el ir y venir del variopinto personal que circulaba por los caminos y veredas de herradura que conducían a Facinas.

4] Documento multicopiado sin referencias de edición.

5] En esta comarca los *recoveros* compraban a las familias productos del campo y los vendían en zonas donde escaseaban. Al tiempo, vendían o intercambiaban a estas familias alimentos, telas o productos de estraperlo como el café, el tabaco y el azúcar.



Los pequeños propietarios venían cabalgando sobre un hermoso corcel enjaezado con silla y freno. Su misión era sólo administrativa y tras él venía uno de sus hijos o empleado con una o dos bestias reatadas cargadas de trigo para moler y con las vasijas para llevar el suministro que en los pequeños almacenes compraba (clase 1)⁶.

La otra clase social que económicamente le seguía eran los pequeños colonos, que trabajaban con la ayuda de su familia las tierras arrendadas anualmente. Existían grandes diferencias entre ellos: los había que vivían holgadamente y quienes las pasaban canutas (clase 2).

Después estaba la clase jornalera, cuyas mujeres venían con unos escuálidos borriquillos y la media fanega o la cuartilla de trigo para moler (los maridos no podían perder la jornada)⁷. Llevaban unas viejas y remendadas alforjas donde echar los escasos artículos que pudieran comprar o que a fuerza de promesas pudieran conseguir que les fiaran hasta el verano (clase 3).

Y otra clase más pobre, que por no tener no tenían ni trabajo. Símbolos vivientes de la mucha calamidad que había camuflada por estos ricos campos. Venían andando con unas alpargatas rotas, bastante ligeros de ropas y a la espalda un saco de yute lleno de *tagarninas* o lo que daba el campo. Con el dinero que de su venta obtuvieran comprarían una o dos *teleras* de pan⁸ para llenar la barriga de los churumbeles que habían dejado en la choza (clase 4)⁹.

En la Sierra de la Plata y otros montes vivían en chozas familias de las clases tercera y cuarta descritas por Juan Quero. Eran las más olvidadas entre la población rural de Tarifa, en el extremo de una secuencia de marginalidades:

6] La numeración de las clases es mía.

7] La fanega es una antigua medida de volumen. Una fanega de trigo equivale a 4 cuartillas y a 46 kilos.

8] La *tagarnina* (*Scolymus hispanicus*) es un cardillo comestible muy apreciado en la zona, que se toma en revueltos y potajes. Una *telera* es una hogaza de pan moreno de forma alargada.

9] Adaptado de su libro «Facinas. Historia de Facinas y Campiña de Tarifa según Juan Quero», editado en 1997. Páginas 135 a 137.



desde el sur de Europa al mundo rural del sur, de la Andalucía del caciquismo a las fincas de Cádiz y por fin a la comarca de El Campo de Gibraltar.

Tarifa en mi vida

Mi recorrido como investigadora es parte de mi biografía. Cada paso en mi trabajo está insertado en el día a día de la mujer que era yo en ese tiempo, unido a mis fortalezas y a mis fragilidades. Nací en Madrid en los años sesenta. Soy hija y nieta de tarifeños por parte de mi padre, Enrique Díaz, y he pasado muchas temporadas de mi infancia en Tarifa. Guardo imágenes muy vivas de algunos veranos con mi abuela Ana Rodríguez y Feliciano y Josefa, dos hermanas suyas. Recuerdo las interminables caminatas por la playa de Los Lances cuando la arena arrojada por el viento parecía erosionar mis piernas. Y una tarde inolvidable con mi prima Victoria en la playa de Valdevaqueros revolcándonos por la duna incansablemente. Esa mágica duna que se reconstruía a sí misma en cuestión de minutos gracias al viento.

El viento siempre está presente en las conversaciones y en la planificación de actividades en Tarifa. El viento construye dunas, moldea la vegetación, condiciona la migración de las aves, influye en la ropa que nos ponemos y en nuestros dolores de cabeza o cambios de humor. El viento se convierte en protagonista de nuestras conversaciones. Protagonista engreído en ocasiones: en una entrevista para una tesis me preguntaron si creía que el viento condicionaba la vida de la gente en esta región. Respondí que el principal condicionante hoy sigue siendo la distribución injusta de la tierra, no el viento.

Mi abuela Ana emigró a Madrid junto a su familia hacia 1947, cuando mi padre era adolescente. Allí nacimos sus cuatro hijos en los años sesenta. Yo vivía mi espacio social en Madrid como un precioso e ingenuo crisol de identidades donde lo extraño era ser descendiente de madrileños. Recuerdo que me definía con orgullo como hija de emigrantes andaluces.

La decisión de emigrar de mis abuelos tuvo que ver con la difícil situación que vivía la familia. A inicios de los años cuarenta mi abuelo estuvo preso en la cárcel de Porlier de Madrid tras ser procesado por el Tribunal del Comunismo y la Masonería¹⁰. Era la tercera vez que era encarcelado desde el golpe de estado

10] La prisión estaba en el edificio del Colegio Calasancio de los escolapios, que fue incautado por el gobierno franquista y usado como prisión desde agosto de 1936 hasta 1944.



de julio de 1936. Por las fechas en que llegaron a Madrid todavía debía presentarse periódicamente en una comisaría de la ciudad. El traslado supondría un respiro en el aislamiento de la familia por motivos ideológicos y facilitó los estudios de mis tías y mi padre.

Entre 2004 y 2013, nueve años de mi vida adulta, los viví en este pueblo llamado «ciudad de Tarifa». Mi padre había regresado a Tarifa hacia 1992 y no le faltaban actividades ni amistades. Diez años después su salud empezó a quebrarse. Su voz en nuestras conversaciones por teléfono me transmitía fragilidad, me inquietaba su soledad y sabía que sólo sus hijos podíamos sostenerle.

Emigrar a Tarifa fue una oportunidad para comprender mi historia familiar: el recorrido migratorio de mis abuelos, cómo les afectó la represión franquista y cómo se vivió la violencia sexual y la discriminación, una realidad que asomaba en anécdotas que mis tías me contaban.

Mis primeras conversaciones con las vecinas de Tarifa me mostraron que mis abuelos estaban entre unas pocas de familias con más oportunidades: mi abuela Ana, como hija de un artesano y comerciante talabartero, pudo ir a una escuela, usaba zapatos a diario y viajaba con su familia para visitar a sus parientes. Y por fortuna al llegar a Madrid no necesitaron hacerse una chabola, porque llevaban unos ahorros.

El comienzo no fue sencillo. Mi padre subrayó su desacuerdo con nuestro traslado y mi compañero no encontraba el apoyo esperado de otros trabajadores de su gremio. Yo tenía mucha ilusión por emprender mis proyectos y estos reveses más bien me incitaban a perseverar. Ahora vivo en Bilbao, donde elegí ser acogida por segunda vez. Al mirar hacia atrás me alegro de mi experiencia en Tarifa a sabiendas de que en algunos momentos me resultó intransitable.

Por nueve años conocí montes y valles, investigué y escribí. Los habitantes de Tarifa y de otros pueblos de la comarca compartieron conmigo cientos de horas de conversaciones. Permitieron que les fotografiase en sus casas y patios, con sus familiares y en ocasiones con sus animales. El saber que me transmitieron fue inmenso. En mi presente todavía me afloran sus reflexiones y anécdotas.

En el año 2005 empecé a ensayar una forma participativa de recoger memorias de vida. Un taller grupal que bauticé con el nombre de «La Historia de mi Vida». Mi propuesta consistía en recoger sus memorias y elaborar un cuaderno para regalarlo a familiares y amistades. Fueron sólo mujeres quienes se apuntaron ilusionadas.

Durante sucesivos encuentros semanales leíamos en grupo relatos autobiográficos de mujeres de Cádiz y conversábamos sobre sus vidas. Estos textos llenos de saber y sentimiento me sirvieron también para situarme en



su realidad. No me costó reconocer las vivencias relacionadas con la escasez y la miseria, con la discriminación de género, con formas de represión y silenciamiento que afectaban a la propia supervivencia... Me ayudaron mis raíces gaditanas y también a mi experiencia en El Salvador (Centroamérica).

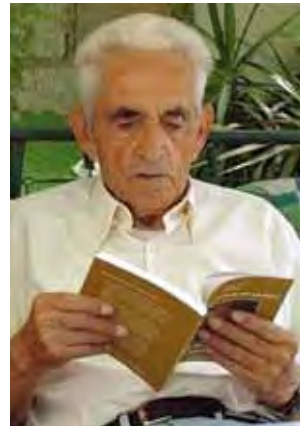
Nombrar nuestra casa

Poco después de instalarme en Tarifa hice una entrevista en profundidad a Juan Quero, autor del libro «Facinas» que ya cité. Publiqué sus memorias en 2006 gracias a un préstamo de mi amigo Lluís Maruny y al apoyo de la Asociación Litoral, que ha hecho un trabajo excepcional de recuperación de la literatura oral en la comarca.

La familia de Juan se dedicaba al pastoreo de cabras y a la elaboración de quesos. Vivían en una cabreriza en la parte más escarpada de una extensa finca cercana a Zahara de los Atunes llamada El Moro, en las faldas de la Sierra de la Plata (Tarifa). Juan fue la primera persona que me contó en detalle cómo era su vivienda, refiriéndose a los años veinte y treinta:

Nuestra casa tenía dos departamentos separados con dos puertas, una para entrar a la que llamábamos «la casa de las camas», donde tenía mi padre un cañizo hecho para que la alcoba de los jóvenes estuviera aparte de la cama del matrimonio.

La otra puerta entraba a la cocina o «la casa de la candela», que es donde teníamos la candela siempre encendida y donde se hacía el café por la mañana y después se ponía el puchero, que se llevaba cociendo casi todo el día. Allí era también donde hacíamos todo el trajín de elaborar el queso. Junto a la casa había una choza hecha de castañuela de La Janda que se utilizaba como quesera¹¹.



Juan Quero en Tarifa, en 2007.

11] La castañuela (*Scirpus sp*) es una herbácea de tallos estrechos y fibrosos que crece en humedales.



Muy cerca, en la parte oeste, estaban los corrales de las cabras, los cobertizos para los cabritos, el ordeñador de las cabras y el horno donde mi madre cocía el pan¹².

Muchas personas con quienes hablé vivieron en casas de forma y distribución similares a la descrita por Juan Quero. Constaté que esa vivienda tradicional era la más frecuente y que las palabras con que Juan la llama son habituales en el habla local. Así que empecé a quitar el entrecomillado a la casa de las camas, a la casa de la candela... No por aligerar la escritura sino como reconocimiento a esa forma de vida y cultura.

La mayor parte de la gente nombra su vivienda con la palabra casa. Dicen «la casa donde me crié», «la casa de mis padres», «nos hicimos una casita», etcétera. Francisca García, nacida en la finca de El Pedregoso (Facinas) me decía: «Yo me casé en 1952. Al lado de mi suegro puse mi casa, que la hizo mi marido de piedra seca y de castañuela».

Numerosas personas explican que sus casas eran muy pequeñas y que tenían muros de piedra. Todas detallan que el techado era vegetal. Hay testimonios y relatos literarios que inciden en que habían de agacharse para entrar en la casa. A veces se alude expresamente a la piedra seca, una forma de construir poniendo piedra sobre piedra sin relleno o argamasa. Las viviendas de argamasa sencilla, tierra arcillosa o mortero de cal suelen considerarse también construcciones de piedra seca.

Las viviendas descritas son similares a la casa donde se alojó por unos años mi tía abuela Feliciano Rodríguez. Feliciano nació en Tarifa y se trasladó a Sevilla para acabar su bachillerato y estudiar Ciencias Químicas. Fue una mujer de gran inteligencia y fuerte carácter que siempre tuvo independencia económica y que no se casó, algo fuera de lo común en el tiempo y el lugar donde le tocó vivir. En el otoño de 1936, dado el curso que tomaba la guerra en España y la precarizada situación de su familia, Feliciano tuvo que dejar la Universidad. Años después hizo Magisterio y empezó a trabajar como maestra en la escuela rural mixta de Casas de Porros, cerca de la playa de Valdevaqueros.

Feliciano era una mujer muy metódica. Sus álbumes de fotografías contienen cientos de fotos ordenadas por grupos familiares y cronológicamente, datan desde el siglo XIX y tienen anotaciones de fechas y nombres. Hay una pequeña foto en la que está sentada sobre unas piedras junto a dos amigas

12] Página 38 de mi libro «Memoria de Juan Quero, labrador, pastor y escritor».



De izquierda a derecha, Josefa Marset, Carmela Carrillo y Feliciano Rodríguez en Casas de Porros, año 1949. Al fondo las dunas de Valdevaqueros. Foto: archivo familiar.

suyas. Detrás se aprecian una casita de techo vegetal, otra menor con chimenea y una tercera de más altura.

En mis primeros años de vida en Tarifa yo no caía en la cuenta de que las casas de las que me hablaba mucha gente de Tarifa, incluida aquella donde se alojó mi tía abuela, eran chozas. Ese espacio de vida e identidad que habitaban con dignidad eran construcciones de paredes de piedra y techado vegetal. Hay un tiempo para escuchar y otro para asimilar; un ritmo para recoger información y otro para entenderla¹³.

Me vi obligada a redibujar el escenario de muchos relatos de vida recogidos: ese lugar donde había sucedido tal o cual anécdota, ese espacio donde se nacía y se moría, era una choza. La casa a donde se regresaba tras una larga jornada de trabajo segando o lavando la ropa de los señoritos era una choza. El rincón donde se metían las gallinas, el techado donde se colgaban los chorizos si había matanza, el fogón donde se cocinaba y la banqueta de corcho donde sentarse para trenzar la palma o leer novelas, estaba en una choza.

13] Kontxa Fernández, que pasó su niñez en una chabola, recuerda que ella la llamaba «mi casa». Comenzó a escuchar la palabra «chabola» cuando se trasladó a un piso y participaba en el movimiento vecinal. Su testimonio es parte de mi libro «Con cuatro tablas y cuatro chapas. Vivir en barracas», editado en 2018.



Las chozas y las chabolas

Hacia el año 2012 inicié una investigación sobre los maestros ambulantes y las escuelas particulares en Tarifa. Hombres que recorrían los campos enseñando a leer y escribir, y mujeres que regentaban escuelitas en aldeas y pueblos. Dos modelos de enseñanza no formal que cubrían gran parte de la demanda educativa en el mundo rural hasta los años setenta. Buscaba respuestas a muchas preguntas: ¿Qué preparación tenían estos hombres y mujeres? ¿Por qué escogieron este modo de buscarse la vida? ¿Cómo enseñaban? ¿Qué recibían a cambio?¹⁴

Las entrevistas se sucedían en cadena. Todas las personas entrevistadas me dieron referencia de otras que también aprendieron sin escuela oficial. Muchas de ellas, motivadas por el reconocimiento a quienes les enseñaron a leer y escribir, hicieron averiguaciones por su cuenta y me acompañaron en algunas visitas. Esto me permitió ampliar mi red de contactos en el campo de Tarifa.

No exagero cuando afirmo que algunas entrevistas se convirtieron en auténticas sesiones de historia local y de antropología. Esto tiene su explicación: en esta parte de Andalucía los lazos familiares y de vecindad son muy estrechos y se hacen indispensables con la pobreza extrema y la dispersión geográfica. Los relatos orales y el repaso de biografías y genealogías cercanas son parte sustancial de las conversaciones entre la gente. Es una forma de relacionarse que ayuda a reforzar los lazos comunitarios, y permite autoreconocerse como grupo y construir historia propia.

La primavera de 2013 fue especialmente intensa para mí en el aspecto emocional. A primeros de marzo resolví separarme definitivamente de mi pareja. Dos semanas después estaba haciendo turnos con mi hermano Quique para acompañar a nuestro padre, ingresado en el Hospital Punta Europa de Algeciras por una infección de riñón extendida a varios órganos. Estaba afectado de Alzheimer, tenía diabetes, artrosis en la columna y rodillas, y recientemente se había partido varias vértebras. Su deterioro mental y físico descendía por una vertiginosa pendiente.

Por las mañanas solía tomarme un respiro caminando por el recinto del Hospital con la vista perdida en la Bahía de Algeciras y en Gibraltar. Un día, al emprender mi ansiado paseo recibí una llamada del médico Antonio Escolar, de Salud Pública de Cádiz, con quien había trabajado previamente.

14] Los maestros ambulantes y las escuelas particulares en el ámbito rural serán motivo de un futuro libro.



Antonio me propuso un pequeño gran encargo: recoger información sobre la vivienda en El Campo de Gibraltar hasta los años sesenta, en concreto sobre la vida cotidiana en las chozas y en las chabolas¹⁵. Quería conocer de primera mano cómo la gente cocinaba y se calentaba, cómo cuidaba su salud y cómo eliminaba los desechos.

Esta información le ayudaría a respaldar una investigación que tenía entre manos, «Los otros humos tóxicos de El Campo de Gibraltar». En ella defiende que las condiciones de vida en el contexto de subdesarrollo tienen un peso considerable en la sobremortalidad por cáncer detectada en la comarca en los años setenta. Y que no se ha dado suficiente valor a la contaminación del aire interior, aquella producida por los humos de la leña, el carbón y el petróleo usados para cocinar, calentar y alumbrarse en las infraviviendas¹⁶.

Mi cuerpo tiembla con cada nueva propuesta de investigación, dada mi alta autoexigencia y el miedo consecuente a no cubrirla, y a la excitación ante la oportunidad de adentrarme en una realidad social poco conocida. Este revuelo interior no hace sino impulsarme a dar pasos hacia adelante.

Para empezar repasé minuciosamente los testimonios que había recogido años atrás con motivo de mis talleres de Memoria Oral y de mi trabajo sobre la enseñanza no formal. Me alegré de que esta investigación inacabada se solapara con el encargo de Antonio, pues mis contactos y entrevistas podían complementarse: la persona que había aprendido con un maestro ambulante era también preguntada por su vivienda familiar y viceversa.

Cada nuevo relato ampliaba mi visión, hasta que entendí que buena parte de la población de Tarifa y de la comarca había vivido hasta los años setenta en aldeas y diseminados de chozas o en barriadas de chabolas. Habían pasado ocho años desde que llegué a Tarifa y empecé a entrevistar a sus habitantes cuando sumé a mi haber esta noción fundamental.

Los trabajos temporales y precarios que exigían desplazamientos periódicos no permitían pensar en una vivienda fija. La población con mínimos recursos no podía comprar suelo ni materiales para construir vivienda. La mayoría

15] Chabola viene del euskera *txabola*, que significa choza. En algunas regiones las dos palabras conservan un significado parecido. En este trabajo la chabola nombra a las viviendas de autoconstrucción con materiales de origen urbano y sintéticos, y la choza a la vivienda hecha con elementos naturales: piedras, tierra y plantas.

16] Forma de contaminación conocida técnicamente como *indoor air pollution*. Ver «Dictamen sobre El exceso de mortalidad y morbilidad detectado en varias investigaciones en El Campo de Gibraltar» (2013).



no tenía más opción que construir en suelo público y sin títulos de propiedad. A esto se añadía otra limitación: hasta los años setenta se controlaba estrechamente la construcción en mampostería en el área de interés militar que rodeaba la colonia de Gibraltar.

En áreas rurales, vías pecuarias, zonas costeras no urbanizadas y montes de propios construían chozas de piedra y techumbre vegetal. Algunas familias que trabajaban al servicio de grandes propietarios hacían su choza en la finca, otras construían en su pequeña parcela. Sebastián Álvarez Cabeza recoge esta realidad en un artículo sobre los trabajos forestales en los montes de Tarifa¹⁷:

Cristóbal Gutiérrez Camacho, nacido en 1947 en la finca de Los Tornos (Facinas), explica que su casa tenía «muros de piedra y techo de castañuela». La construyó su abuelo dentro de una finca que no era suya, gracias al guarda forestal. «Tú lo haces, que yo luego te pongo una multa y ya puedes vivir en ella», fueron sus palabras.

Pasado un tiempo su padre construyó otra choza a unos metros de distancia, donde nacieron Cristóbal y sus tres hermanos. En 1955 se trasladarían a la finca de la Arráez. Su padre ocuparía la casa del guarda y allí nacieron cuatro hermanos más.

La diversidad de personas y lugares mencionados en este libro dan buena cuenta de la amplia presencia de la choza hasta los años setenta. La lista de lugares de Tarifa donde se vivía en chozas abarca todo el término. Muchas personas se detienen a explicar que «no éramos sólo nosotros, todos vivíamos igual», o que «por aquí todo eran chozas». Veamos la aportación de Juan José Señor, criado en Las Higuerillas, cerca de Puertollano (Tarifa):

Yo y todos los de por aquí hemos vivido en chozas levantadas con piedra y tierra, y techadas con palmas sobre un emparrillado de acebuche y cañas¹⁸. Unos eran más curiosos y otros lo eran menos, en cuanto a los paramentos y las techumbres¹⁹.

17] Sebastián Álvarez Cabeza (2012). «Cristóbal Gutiérrez y los montes de Tarifa». Revista Aljaranda, número 86.

18] El acebuche (*Olea europaea variedad sylvestris*), árbol muy frecuente en la zona, es el olivo silvestre. La caña usada en esos techados probablemente es la especie *Arundo donax*.

19] Comunicación por correo electrónico el 26 de abril de 2013.



En muchos montes y valles de Tarifa la choza era la única construcción posible entre la gente pobre. La escuela o la tienda, si es que había, eran también de piedra y castañuela. Juan Atanasio, nacido en 1938, vivió en el monte de La Ahumada (Tarifa) hasta hace pocos años. Él recuerda a un vecino suyo llamado Pedro que, como todos los demás, vivía con su familia en una choza. Pedro regentaba un ventorrillo o tiendita en esa misma choza, y también allí un maestro ambulante daba clases a algunos niños y niñas de la zona.

Juan Quiñones, nacido en 1945 en Casares (Málaga), se crió en la finca de Majarambú (Castellar) y con siete años llegó junto a sus padres a la finca de La Almoraima. Juan recuerda que allí todo eran chozas salvo unas diez casas. La iglesia del lugar también era de piedra y techo vegetal, hasta que las propias familias construyeron una de obra:

En la Almoraima eran chozas todo. ¡Vivíamos como indios! Más o menos como los indios, en chozas. Y una iglesia había allí de tres chozos, hasta el año sesenta y tantos que hicimos otra de piedras. Yo tenía diecisiete años y estaba de cabrero. *Arrecogía* las piedras y me las traía. Cada uno puso lo que pudo: uno dio dinero, otro llevó cemento, el albañil puso su trabajo...

Juan me dio la siguiente foto de dos chozas en la finca de La Almoraima. Su disposición en paralelo y su reducido tamaño nos indican que con toda probabilidad las chozas eran de una sola familia. El encalado se ha aplicado

**Chozas en
La Almoraima.
Fotografía
aportada por
Juan Quiñones.**





directamente sobre la piedra. Juan desconoce la ubicación exacta y fecha de la foto. Afirma que su casa era «una choza igual que ésta», que el techo de la choza donde dormían era «de pasto; de brezo o junco» y el de la cocina de uralita.

«Barracas» o «*berracas*» es el nombre con el que se conoce a las chabolas en esta comarca. O mejor dicho, es la palabra que designa en la Bahía de Algeciras a cualquier vivienda construida con materiales a mano, sean tablas y chapas, o juncos, cañas y barro. Ésta es una de las conclusiones a las que llegué cruzando la información visual de Internet con la que me ofrecieron las personas que entrevisté en 2013 en mi investigación sobre la vivienda en la comarca²⁰.

La palabra barraca designa también a la vivienda tradicional en algunas zonas del Levante peninsular como el Delta del Ebro. Me llamó la atención su similitud con las barracas de juncos y cañas que pervivieron hasta los años



Mujeres y niños ante una choza o barraca de caña y junco en la Estación de San Roque. Nótese que la casa tiene dos puertas enfrentadas.



Calle del Río, en la Estación de San Roque. Chozas o barracas de junco, caña y barro con paredes encaladas.

20] Mi libro «Con cuatro tablas y cuatro chapas», editado en 2018, recoge las entrevistas realizadas para esa investigación.



ochenta en los arenales y vaguadas del municipio de San Roque (Estación de San Roque, Puente Mayorga y Campamento).

Las barracas cubrían por cientos y miles las cañadas, vaguadas y franjas costeras cercanas a zonas urbanas de la comarca. Es reveladora la información que da la comunidad cristiana de la parroquia de Santiago Apóstol de La Línea en su libro «Recuerdos y reflexiones. La Línea de la Concepción (1952-1964)». Y los datos aportados por el sociólogo Juan Maestre Alfonso en la obra «Hombre, tierra y dependencia en El Campo de Gibraltar» editada en 1968:

Un informe del Ayuntamiento de Algeciras decía que sólo en las vías pecuarias hay 900 barracas con unos 4.500 habitantes. En los montes de propios y en las vías pecuarias de Tarifa vivían cerca de 4.000 personas en penosas condiciones. Y el ochenta por ciento de las viviendas de San Enrique de Guadiaro y de Guadiaro estaban en plena cañada.

En mis últimos años en Tarifa aprendí a reconocer las ruinas de las casas y construcciones agroganaderas que permanecen aquí y allá por los montes. Aprendí también a leer el pasado en las nuevas viviendas del campo y de los barrios marginales; porque miles de casas han sido reformadas o reconstruidas conservando parte del diseño, estructura y materiales originarios de las chozas o de las barracas.

Sumando preguntas

Mi acerbo de preguntas se extendía a medida que lo hacía mi visión sobre esta realidad. Los resultados se hacían prometedores. Si las viviendas tradicionales de este lugar eran las chozas y si se trataba de la construcción más frecuente, tenía sentido averiguar cómo eran y cómo se edificaban. Y sobre todo era de vital importancia adentrarnos en la realidad de la gente que las habitaba: ¿cómo se vivía en las chozas? ¿cómo salían adelante las familias de aldeas y diseminados de chozas?

Hablé con otras personas que investigaban en estos montes cargados de historia y cultura. Un especialista en arqueología me aseguró que ya no existen vestigios de la vivienda tradicional y que sólo contados ancianos podrían detallar cómo se construía la choza. Esto no concordaba con lo que los habitantes del campo me revelaban con orgullo y clarividencia.



Observé que la palabra para señalar a los portadores de este saber solía ser «hombres» o «ancianos». Lo cierto es que todas las mujeres a quienes entrevisté (algo más de la mitad de mis informantes) demostraron conocer esta realidad. De hecho ellas habían participado en la construcción y mantenimiento de sus viviendas.

Sin duda el saber y las costumbres se transmiten a lo largo de décadas y siglos a través de la literatura oral. Cuando repasé el libro «Cantos populares españoles», editado en 1882, me impresionó encontrar un trabalenguas sobre una mujer que está reparando el techo vegetal de su choza:

María Chucena su choza techaba,
y un techador que por allí pasaba le dijo:
–María Chucena, ¿techas tu choza o techas la ajena?
–Ni techo mi choza ni techo la ajena,
que techo la choza de María Chucena²¹.

En las entrevistas salen a la luz decenas de palabras y expresiones poco conocidas entre otros hablantes del castellano, por lo que he añadido numerosas notas a pie. Además remarco las formas de nombrar lo relacionado con la choza, ya que señalan la diversidad cultural y lingüística debida al aislamiento y muestran la autonomía en el hacer.

No es de extrañar que muchas de esas palabras no estén en el diccionario de la Real Academia Española pues esta Academia camina a la zaga de la realidad social. Lo llamativo es que algunas tampoco aparecen en los vocabularios locales. Sobre todo hace falta ampliar la información lingüística sobre la vida en la casa, las creencias, las tradiciones, la crianza, los cuidados y otras responsabilidades consideradas socialmente propias de la mujer.

Mi segundo paso en el trabajo encargado por Antonio Escolar fue revisar bibliografía relacionada con la vivienda tradicional o vernácula en la comarca. Prácticamente todos los documentos sobre historia, arquitectura y urbanismo que hallé hablaban sólo de la vida de las clases medias y altas. Aquello me decepcionó profundamente.

Libros, artículos o cuadernillos; editados por administraciones, por colectivos locales o autoeditados... La sorpresa era la misma: describían y ofrecían fotografías, dibujos y planos de casonas, de chalés y sus jardines, de palacetes

21] Francisco Rodríguez Marín. Edita Francisco Álvarez y Cía, Sevilla.



y de cortijos de señoritos. A excepción de algunas referencias a casas modestas con muros de ladrillo o de piedra y con techo de teja, casi siempre situadas en la zona comercial, en el centro administrativo del pueblo o en las fincas.

Dicho de otro modo, en esta comarca los términos «arquitectura tradicional», «vivienda vernácula» y «urbanismo» no suelen asociarse a la vivienda llamada choza. La salvedad son ciertos documentos sobre Los Barrios, Castellar y Jimena.

En los textos de historia local en poblaciones de Cádiz como Vejer y Benalup la choza tiene más reconocimiento. También en los estudios referidos al Parque Nacional de Doñana, que incluyen desde los palacios y cortijos hasta los poblados de chozas.

En la base de datos en línea sobre el Patrimonio Inmueble de Andalucía sólo hallé siete registros de chozas: tres en la provincia de Málaga (Cañete la Real, Gaucín y Sierra de Yeguas), dos en Huelva (Encinasola y Valdelarco) y dos en Cádiz (Puerto Serrano y Vejer de la Frontera).

La información que recoge sobre El Campo de Gibraltar habla por sí sola de su gran riqueza arquitectónica y etnológica: existen 557 registros. Entre ellos, 157 están en el municipio Tarifa. Con esta cifra, Tarifa ocupa el lugar número 12 en Andalucía en cuanto a número de bienes inmuebles inscritos. Los bienes incluyen abrigos con pinturas rupestres, caminos, edificaciones, viviendas (entre ellas cortijos), yacimientos romanos y prerromanos, torres de vigilancia, molinos harineros hidráulicos, poblados de colonización, iglesias, etcétera. Los cortijos de Iruela y de El Acebuchal, donde trabajaban las familias de Ana y Adolfo Trujillo, están incluidos en este catálogo. También aparece uno de los molinos harineros de Puertollano.

Mientras repasaba cifras y nombres de esta base de datos no dejaba de preguntarme, ¿por qué en los estudios sobre esta olvidada comarca no suelen mencionarse las casas de la mayoría pobre? ¿Por qué interesa más la historia de los cortijos y de sus dueños, y no tanto la vida y pensamiento de la mayor parte de la población?



Roca en la Sierra de El Bujeo, Pico Luna (Algeciras, Cádiz).

1.

MIS ABUELOS HICIERON UNOS CHOZOS

NINA CAMPANO RÍOS Y FRANCISCA GARCÍA FERNÁNDEZ
EL PEDREGOSO Y FACINAS (TARIFA)

Conocí a Nina Campano y a Francisca García en el año 2006, durante la segunda edición de los talleres de Memoria Oral en Facinas. Se apuntaron otras dos alumnas: Paqui Domínguez y Paca González, de quienes hablaré más adelante. Francisca estudiaba en el Centro de Adultos de Facinas, donde hicimos la convocatoria. Nina no asistía al centro de Adultos. Ella y otras mujeres habían visto limitadas sus ansias de aprender por la presión de sus maridos²².

Una tarde recibí una llamada inesperada. Con una voz pausada y dulce que no excluía el equilibrio de mujer sabia, Nina me explicó que quería escribir sobre la vida de su madre, Josefa Ríos, porque su madre había sufrido mucho más, ya que su padre había sido asesinado al comenzar la guerra de 1936 a 1939 y su cuerpo no había aparecido.

De niñas, Francisca y Nina no pudieron ir a la escuela, entre otros motivos porque la escuela rural más cercana estaba a muchos kilómetros de las chozas

22] Sobre esta realidad el profesorado de los Centros de Adultos tiene mucho que contar.



Nina Campano Ríos en 2012, en Facinas.



Francisca García en Facinas, 2006.

donde vivían. Eso sí, ambas leen novelas y saben escribir, pues han aprendido por su cuenta. No son casos excepcionales. Se trata de una realidad frecuente aunque poco conocida, que nos habla de inquietudes y capacidades, de perseverancia y de superación.

Yo escribo relatos de vida sumando transcripciones de grabaciones y escritos autobiográficos. Por encima de todo conservo el estilo de contar, porque éste transmite la forma de pensar. Nina tenía anotados sus recuerdos de infancia en un cuaderno, así como gran cantidad de coplas escuchadas a sus mayores, pues es una amante de la literatura oral. He tenido la oportunidad de enseñar a leer y escribir a gente de lenguas y bagajes diversos, y he aprendido a leer formas de escritura de muchas personas autodidactas, pero los regueros de letras del cuaderno de Nina me enfrentaron a un difícil reto de interpretación. Hasta que descubrí que si los leía en voz alta y con la supervisión de Nina podía llegar a su lugar de partida, la oralidad.

Francisca, Nina, Paqui y Paca trabajaron a gusto en aquel taller. Unas escribían con más soltura. Otras se arreglaban mejor ante la grabadora. Yo me adapté a sus propuestas y ellas hicieron lo propio con las mías. Por segundo año consecutivo yo no dejaba de sorprenderme ante las posibilidades que se nos abrían cuando trabajábamos en el grupo con un ambiente de credibilidad y confianza.

Las familias de Nina y de Francisca no disponían de tierra propia y trabajaban para subsistir. Nina nació en 1937. Su madre estaba embarazada cuando desapareció su padre. Sus abuelos maternos eran carboneros como lo fue su padre y llegaron a los montes de Tarifa a principios del siglo XX:

Mateo y María, los padres de mi madre, vinieron de Jubrique (Málaga). Se dedicaban a recoger leña y hacer carbón. La gente de los pueblos de Málaga, Marbella y Fuengirola venían aquí a trabajar,



unos en el carbón y otros en la siega. Mis abuelos hicieron unos ranchos y unos chozos de brezo *a lo primero*²³. Se establecieron después en un llano grande de El Pedregoso que se llama El Horcajo. Hicieron una casita de piedra con el techo de castañuela. Mi madre vivió muchos años allí. Allí se casó y vivió con mi padre en una casita parecida a la de mis abuelos.

Acabada la guerra, la madre de Nina y sus tres hijas siguieron viviendo en una choza, esta vez cerca de Facinas. Esta choza no duraría muchos años porque un incendio la destruyó.

Los chozos de los que habla Nina eran una vivienda frecuente durante los trabajos de temporada en el monte. El chozo consistía en una sola estancia de base circular donde se cocinaba, se hacían tareas diversas y se dormía. Juan Montedeoca nació en 1926 y se crió en la dehesa de La Granja, a diez kilómetros del pueblo de Los Barrios. Allí conoció esta forma de construir y de vivir:

La mayoría de los hombres subían a lo alto de la sierra en octubre y hacían sus chozos allí. Se trataba de un chocito redondo al que le decían morisco. En el centro estaba la candela, a un lado la cama de brezo para él y la mujer, y en el otro lado dos o tres niños. Llevaban la mujer con ellos, que guisaba y así no perdían tiempo en eso. Ella no veía más que rocas en todas las direcciones y al marido con un *espioche* levantando cepas por todos los lados para hacer los hornos²⁴.

A finales de los años ochenta, en uno de sus recorridos por las sierras de Cádiz, Juanlu González fotografió unas chozas probablemente parecidas a las chozas mencionadas por Nina y Juan. Estaba cerca de la Venta de Ojén, a unos diez kilómetros de Facinas en el carril de tierra que se dirige a Los Barrios. Se trataba de dos chozas en piedra seca sin enlucir y habitadas: un pastor atendía a varios animales frente a éstas. No hay duda de que esta fotografía es un verdadero documento histórico.

23] *A lo primero* significa «al principio».

24] El testimonio de vida de Juan Montedeoca es parte de mi libro «Un rosal de flores chiquititas. Represión y supervivencia en Los Barrios», editado en 2011. Este texto aparece en la página 103.

Un espioche es una piocha, picota o azadilla, usada para cavar.



Vivienda de un pastor. Venta de Ojén. Años 80. La choza de planta rectangular sería la casa de las camas y la de planta circular la casa de la candela. En la segunda el humo sale a través del techado vegetal. Fotografía: Juanlu González Pérez.

Francisca, nacida en 1932, me explicó sobre su infancia y juventud en El Pedregoso:

Mi infancia y juventud no la he pasado ni bien ni mal del todo. He jugado mucho, he trabajado mucho. A los dos días de nacer mis padres me trasladaron a la choza donde vivían en la finca de El Pedregoso, cerca de la presa de Almodóvar, donde mi padre trabajaba de carbonero. Al poco tiempo mi padre pasó a ser empleado de esa finca.

Hemos sido siete hermanos y yo soy la cuarta. Todos nos hemos llevado bien, gracias a Dios. Un hermano mío dormía solo, mis tres hermanas dormían en una cama grande, que entonces nos parecía grande, y yo sola. He dormido en colchones de paja de cebada sobre unos bancos hechos de corcho y un cañizo que hacían de somier.

No teníamos agua en casa. Teníamos que calentar el agua en una olla y echarla en un baño. Ni servicio: de noche usábamos una lata y de día íbamos a los lentiscos²⁵. Gastábamos alpargata para todo, a los tres días se partía la suela y mientras servía la tela había que llevarla. ¡Los pinchos te daban unos pellizcos!

25] El lentisco (*Pistacia lentiscus*) es un arbusto de hoja perenne característico del bosque mediterráneo.

2.

LA CHOZA PARA DORMIR Y LA DE COCINAR

ANTONIA Y CURRO GIL GIL
PUERTOLLANO (TARIFA)

Mi padre falleció a primeros de abril de 2013 en el Hospital Punta Europa de Algeciras. Yo llevaba unas semanas sumergida en una vorágine de decisiones entorno a su acompañamiento y respecto a mi propia vida, aderezada por los inconvenientes propios de un traslado de piso. Los acontecimientos se agolpaban. Enrique dejó de respirar al tiempo que le vencía el sueño. Un sentimiento de serenidad me atravesaba los primeros días tras su muerte, sumado a cierto adormecimiento de emociones.

Al día siguiente de incinerar a mi padre mi hermana Natalia, mi hermano Félix y yo nos fuimos en coche a Puertollano. Acordamos la ruta sin mediar palabra. El valle de Puertollano y la garganta del Rayo eran uno de los sitios preferidos por mi padre para sus escapadas por el campo. Cuando nos traía aquí no faltaban la subida a la torre de vigilancia árabe de El Rayo ni la visita al molino harinero de Juan Gil. Además nos asomábamos al cortijillo de su hija María Gil, compartíamos con ella una agradable plática y le comprábamos una o dos *teleras* de *pan macho*²⁶.

26] El apelativo *macho* se refiere a la harina integral. En esta expresión lo masculino se relaciona con la fuerza. Algunos guisos locales que no llevan carne tienen también esta forma: el *puchero maricón* y las *patatas viudas*.



Molino harinero hidráulico de Puertollano (Tarifa). Interior y vista del canal que recoge las aguas del arroyo del Rayo y las conduce a la atarjea. Imágenes tomadas en 2009.



Antonia Gil y su hija Paqui Gil, junto a la chimenea de su casa en Puertollano. Abril de 2013.

Avancé en mi duelo adentrándome en la historia de las mujeres y hombres de Tarifa. Contemplar enclaves de cultura y belleza desbordantes y escuchar a sus habitantes me ayudaba a asentar emociones.

Quince días después Paqui Gil me llevó a Puertollano para presentarme a su madre, Antonia Gil, con la propuesta de entrevistarla. También estuvo presente Curro, un hermano de Antonia. Curro emigró a Cataluña en los años sesenta y regresó a Puertollano una vez jubilado. Los tres han nacido en Puertollano: Paqui en 1955, Antonia en 1927 y Curro en 1931. Los había conocido hacia 2010, en una visita con la escuela de mi hija al molino harinero de su vecino Juan Gil. En esa ocasión Paqui Gil nos hizo de guía, Antonia nos mostró cómo cocía el *pan macho* y Curro nos acompañó de paseo por el bosque.

Pero volvamos a aquel día de abril de 2013... Al tiempo que yo entrevistaba a su madre y a su tío, Paqui recogía leña y alimentaba el fuego de la chimenea.



Curro Gil en su casa de Puertollano. Abril de 2013.



Frente de la vivienda actual de Antonia Gil en Puertollano (Tarifa). El perfil de la fachada muestra los dos cuerpos de su vivienda, en paralelo: a la izquierda la antigua casa de las camas y a la derecha la antigua casa de la candela. El muro que las une acota el patio.



Patio de la casa de Antonia Gil.



También ordeñó las cabras de su madre (con ayuda de mi hija Nora y su nieta Ángela) y preparó nuestra merienda. Además participó en la conversación con interesantes sugerencias y recuerdos propios.

El relato de Antonia afirma las características de la vivienda tradicional en estos montes, con una característica distribución del espacio:

La casa donde nosotros nos hemos criado era una casa de castañuela y de palma, con las paredes de piedra y tierra²⁷. Así nos criamos. Eran dos casas independientes. En una nos quedábamos a dormir nosotros y la llamábamos la casa de las camas o la casa blanca.

Otra casita era «la *gañanía*» o la casa de la candela, que era algo más pequeña y también era de castañuela. Esa era la cocina, donde se hacía de comer en un *fogarín* y donde comíamos²⁸. Cuando venían maestros muchas noches se quedaban a dormir aquí en un catrecito, que le decían.

La casa de las camas con frecuencia era encalada, por eso Antonia y mucha gente de la zona la llaman «la casa blanca» o «la casita blanca». A veces se encalaba también la casa de la candela. El enlucido, con cal principalmente, no sustituye a la argamasa, pero protege de las corrientes y da un aspecto fresco y luminoso. Además su alta alcalinidad la hace antiséptica. Había costumbre de encalar, «blanquear» o «pintar» anualmente, pues la cal se deteriora con facilidad. Son las mujeres quienes solían encargarse de encalar la casa propia y las de otras familias: era una forma más de sumar ingresos.

La casa donde Antonia vive es la misma de su niñez, con ciertas reformas. Su fisionomía actual delata que en origen estaba formada por dos chozas en paralelo. Su hermano Curro recuerda con añoranza:

Los niños varones estábamos aparte porque teníamos un hato, que le decían: una casita pequeñilla junto a la casa de la candela, donde teníamos cada uno nuestra camita. Era una camita pequeñita; no es como hoy. Las camitas se hacían de cañizo, con unos palos o muletas, como les llamábamos. No les llamábamos, es que eran muletas. Y los colchones de sayo; de farfolla.

27] La palma o palmito (*Chamerops humilis*) es la única palmera autóctona en la Península ibérica. Con ella se hacía la cuerda para coser los haces de juncos.

28] *Fogarín* o fogaril es el hogar donde se cocinaba.



¡Tanta gente como se *criaban* así! Pero no aquí en Andalucía.
¡Por todos lados! Y yo me río, porque así éramos felices nosotros.
Los chavales nos quedábamos dormidos cantando.

He logrado reunir escasas imágenes de chozas habitadas en el momento de ser fotografiadas. En este trabajo muestro fotos de Los Barrios, Castellar, La Almoraima y, en el término de Tarifa, El Pedregoso, Casas de Porros y Las Canchorreras fechadas en la segunda mitad del siglo XX. Otras tres estaban habitadas en las últimas décadas y se ubican en El Realillo de Bolonia, en la Venta de Ojén y en Puertollano. Las he observado repetidas veces y me han ayudado a inspirarme y a recrear contextos de los sucesos descritos en las grabaciones sonoras. A medida que mi trabajo progresaba estas imágenes ganaban en información bajo mi escrutinio.

La choza fotografiada en Puertollano se sitúa en un lugar llamado El Conde, en la Dehesa Paredón, a pocos kilómetros de donde se criaron Antonia y Curro Gil. Se trata de una casa de unos quince metros cuadrados donde vivió siempre Andrés Manso Serrano, agricultor y cabrero. La choza de los padres de Curro y Antonia debió ser bastante similar a ésta. Las paredes son de piedra encalada y el techo de palma (palmito) y acebuche.

Tarifa Televisión entrevistó a Andrés Manso para sus informativos en el verano de 2008, cuando él tenía 84 años. La noticia describe la sencilla vida de Andrés en su choza. Andrés no disponía de electricidad y acababa de instalar un tubo de goma que le acercaba el agua. Vivía tranquilo y a pesar de su avanzada ceguera aún se dedicaba a cultivar hortalizas.

Me vienen a la memoria dos maestros ambulantes muy reconocidos en Puertollano y alrededores: Diego Lozano (apodado Diego el de los Canastos) y Francisco Salmerón. Curro fue la primera persona que me habló de ellos. Diego y Francisco, el primero mayor que el segundo, cada uno con un recorrido vital diferente, hicieron amistad en una prisión franquista. Habían estado comprometidos con los cambios sociales de la Segunda República. Y al cumplir su condena, ambos se dedicaron a alfabetizar y a enseñar *las cuatro reglas* a la gente de Puertollano²⁹.

29] Las cuatro reglas son las operaciones matemáticas básicas: suma, resta, multiplicación y división.



Arriba a la izquierda, Andrés Manso, durante la entrevista realizada por Tarifa Televisión. Arriba a la derecha, chozas de Andrés Manso. Abajo a la izquierda, cocina o fogón. Abajo a la derecha, camastro de palos de acebuche y estera de palmito. Fotos tomadas de la noticia elaborada por Tarifa Televisión en 2008, disponible en Youtube.

Aquí no había edificios que sirvieran de escuela rural, como era el caso de Casas de Porros, donde trabajó mi tía abuela Feliciano. Estos maestros espontáneos enseñaban a la luz de una vela o de un candil en las mismas chozas. A cambio la gente compartía con ellos el puchero diario. En ocasiones les pagaban con algunas monedas o con productos del campo. Si se hacía necesario, las mujeres les lavaban la ropa en alguna reguera o manantial cercanos. Y cuando su ruta así lo exigía se quedaban a dormir en la llamada *gañanía* o casa de la candela, como Antonia Gil explicó.

El trabajo de Diego el de los Canastos y de Francisco Salmerón representa una opción fuera de lo común, absolutamente marginal y radical. En los años cuarenta y cincuenta, cuando la represión franquista adquirió tintes de terror e impunidad inimaginables, ellos no ocultaron sus ideales



políticos. Y pudieron sobrevivir gracias al pan, techo y compañía de estas familias pobres y olvidadas a quienes alfabetizaban.

Curro me contó esto con mucha precaución en mi visita a Puertollano en 2010. Supuse que tenía dudas de mi opinión respecto a los ideales políticos de estos maestros. Su voz temblaba al poner nombre a los hechos. Y yo no dejaba de preguntarme cómo habría sido la infancia y juventud de Curro en las chozas de Puertollano, dado que estos maestros habían dejado una huella tan viva en su desgastado cuerpo.

3.

UNA CASITA PEQUEÑA CON UNA ENTRADA MUY CHICA

PAQUI Y MARI LUZ RUIZ ARAÚJO
LOS ALGARBES (TARIFA)

La distribución de la tierra en el término de Tarifa se asemeja a la de Andalucía en su conjunto. El muy nombrado latifundio: existen unas pocas propiedades muy extensas que históricamente no han sido explotadas para el beneficio de la mayoría pobre. Estas grandes fincas incluyen tierras que desde el siglo XV fueron robadas a los municipios. De ello dan fe muchos pleitos centenarios con los grandes propietarios, como los de los ayuntamientos de Tarifa y de Castellar de la Frontera.

Ismael Sánchez es autor de un estudio sobre la arquitectura vernácula de Extremadura. Él señala que las investigaciones suelen centrarse en los límites geográficos entre los diferentes modelos de viviendas y seleccionar ejemplos, y pasan por alto frente a la información clave que nos aportan las viviendas: la situación social de sus habitantes, las relaciones de producción, la propiedad de la tierra y su marco ecológico³⁰.

Los relatos de la gente muestran que las diferencias en la tenencia de la tierra que se habita y que se trabaja influyen en sus oportunidades para salir adelante. La propiedad de la tierra condiciona, entre otros, las dedicaciones y

30] Ver «Arquitectura vernácula de Extremadura II. Breve recorrido etnológico». Badajoz, 2011.



Paqui Ruiz. Los Algarbes, 2013.



Mari Luz Ruiz. Los Algarbes, 2013.

oficios posibles y la forma de construir la vivienda. El vínculo entre la realidad social que condiciona nuestra vida y la casa donde podemos vivir subyace en la afirmación de Ismael Sánchez.

En mayo de 2013 entrevisté a Paqui Ruiz Araújo y a su hermana Mari Luz. Su casa está en Los Algarbes, en la ensenada de Valdevaqueros, muy cerca de donde empezó su periplo como maestra rural mi tía abuela Feliciano. Paqui nació en 1952 y su hermana en 1944.

Por aquellas décadas, en lugares como Puertollano o Los Algarbes muchas familias tenían pequeñas tierras de su propiedad o arrendaban parcelas y en la temporada de la siega contrataban a temporeros o gañanes. Otras familias se asentaban en grandes fincas con permiso o sin él. Éste es el caso de las familias de Nina Campano y de Francisca García. O bien construían en tierras municipales, como es el caso de los poblados de la Sierra de la Plata.

Las chozas construidas para pasar una temporada en el monte eran pequeñas y de un sólo cuerpo. Las habitaban los hombres que trabajaban en *la corcha*, el carbón, la cal, la siega... Y a veces sus familias iban con ellos.

Si las perspectivas de supervivencia mejoraban se levantaban dos chocitas, una para dormir y otra para cocinar. A veces se daba más longitud a una de las chozas. Cuando un hijo o hija se casaba o si la prole aumentaba mucho, se consideraba la posibilidad de añadir chozas en paralelo o en ele.

La disposición de chozas en paralelo o en ele fueron dos soluciones también muy comunes en el Delta del Ebro. María Carme Queralt Tomás detalla que la barraca o vivienda tradicional en el Delta del Ebro era una construcción muy sencilla que admitía pocas variantes y por eso cuando se necesitaba ampliar el espacio se añadían construcciones³¹.

31] Ver su artículo «Las barracas del Delta del Ebro. Un modelo de hábitat tradicional» (1992).



Casi siempre el espacio entre las chozas se acotaba con muretes, lo que daba lugar a un patio donde se hacía parte de la vida cotidiana: coser, templar el agua al sol para bañar a los niños o ancianos, preparar herramientas, lavar ciertas ropas y útiles, arreglar los alimentos... Al vincular las diversas chozas o habitaciones el patio estructuraba la unidad de la vivienda.

Los dibujos a tinta y acuarelas de este trabajo son obra de Rafael Pulido Jurado. A mediados de 2014 di con su blog «Chozas de Córdoba, Andalucía» y leí sus artículos de investigación en arquitectura tradicional. Cuando le propuse su colaboración yo aún estaba moldeando este libro. Sus dibujos y acuarelas lo han enriquecido en contenido y estética y me han dado pistas sobre la construcción de las chozas.

Rafael escogió tres viviendas entre las fotografías de ruinas que le envié para dibujarlas. Se documentó y me preguntó previamente por referencias orales y escritas en cuanto a los materiales empleados y la forma de construir. Para ajustarse a las proporciones ubicó las casas con visores digitales de mapas y tomó sus medidas. Una vez valorada toda esta información, reconstruyó las chozas a acuarela y trazó planos de su planta.

Las chozas tienen de 3 a 4 metros de ancho. Los largos son más variables: entre 3,5 y 6 metros. Esto, me explica Rafael, viene determinado por la longitud de los palos disponibles para construir las armaduras de las cubiertas. Por ejemplo, la vivienda de La Canchorrera que pintó está formada por tres estancias: una tiene 5.54 metros de largo y 3.20 metros de ancho. Formando con ésta hay una pieza con dos habitaciones, una de 3.70 por 3.56 metros y otra de 3.70 por 4.35 metros. Estas medidas son similares a las de chozas rectangulares calculadas por Rafael en Sierra Morena (Córdoba).

Existen chozas de mayores dimensiones. Las hemos conocido en otras zonas de la Península ibérica como Doñana (Huelva) y Galicia y en otros países de Europa. ¿Por qué no las encontramos en Tarifa o en Córdoba? Rafael me explica que un mayor tamaño hubiera requerido otras técnicas de construcción. Yo me permito añadir que las perspectivas de vida no impulsaban a concebir viviendas amplias. Al mismo tiempo, su economía de autosustento requería poco espacio de almacén: tenían pequeños rebaños, se cultivaban humildes huertos con mínimas herramientas y apenas había excedente de alimentos.

En julio de 2017 Adolfo Trujillo regresó al poblado de chozas donde pasó su infancia. Apoyado en uno de los muros de su casa Adolfo reflexionó en voz alta, «es que esto ahora se ve más chico... ¡Cuando yo vivía aquí parece que era más grande!». Niñas y niños, mujeres y hombres, habían de compartir un limitado espacio para dormir, comer, asearse, relajarse, trabajar, conversar...



Estrecha y delicada convivencia que exigía muchas habilidades enmarcadas en los valores de su tiempo: respeto, obediencia, discreción, flexibilidad, reparto de tareas, apoyos...

En este ambiente también estaban presentes animales: gatos, perros, gallinas, pavos y otras aves. Varias mujeres entrevistadas detallan que por la noche metían las gallinas y pavos dentro de la casa de las camas. Los dejaban en una estera o bien dentro de una espuerta, bajo la cama o en un rincón.

Paqui y Mari Luz me explicaron que las frituras se preparaban en una choza diferente a la cocina donde se hacía el puchero diario, porque generaban más humos. En la casa de las camas dormía la familia y, si habían de pernoctar gañanes o temporeros, lo hacían en la casa de la candela. Y que los hombres usaban una de las chozas en ciertos momentos de su ocio, para fumar y conversar con otros hombres. Esto nos indica que cada choza tenía un uso asignado y que este uso podía cambiarse si había necesidad, con ciertos criterios.

Un chozo de piedra y barrón

De niñas vivimos en casa de mi tía. Su casa eran dos piezas, cada una con su puerta, separadas por el patio. Todo el mundo vivía igual. Una pieza era una cocina pequeña con una hornilla en una esquina para cocinar con carbón. Esta cocinita la usaba mi madre cuando hacía el puchero. El carbón que necesitábamos era de acebuche. Lo hacía en el monte un tío mío.

Había un patio en medio. Y al otro lado una habitación o dormitorio más grande para dormir y comer que tenía dos camas, una mesa, una cómoda, un ropero... un montón de cosas. A ésta la llamábamos «el rancho». Este chozo tendría unos nueve metros cuadrados. Las paredes eran de piedra, el techo de junco de la playa o barrón y los suelos de losa de Tarifa³². Las puertas no eran como las de ahora: eran de madera y estaban siempre abiertas.

Más arriba había otra cocina, la casa de la candela, donde se hacían las comidas con leña: tomates fritos con leña que estaban riquísimos, machacándolos mi madre en una sartén muy grande. El café también me acuerdo que lo hacían allí.

32] El barrón (*Ammophila arenaria*) es un junquillo característico de las dunas litorales. La losa de Tarifa es una arenisca muy apreciada para suelos y mampostería. Han existido diversas canteras de esta piedra en el término municipal.



La casa de la candela no tenía suelo. Era un chozo de piedra redondo con techo de barrón. Y con una entrada muy chica, que te tenías que agachar para entrar. No tenía puerta. La candela estaba en el centro y mi madre ponía un asiento para cocinar. Cuando se cocinaba el humo salía por todos los lados. ¡Te picaban los ojos...!³³

Allí cerca del fuego también iban a fumar y a charlar los vecinos. O iba la familia en invierno a estar un rato con mi padre. Mi padre se metía allí a echar un cigarro y entonces iba mi tío. En verano era afuera donde se reunían. Y por las tardes se iban a la sombra, donde está el horno.

Todos los años mi padre techaba, o sea, arreglaba el techo de las casas: encima de lo viejo iba poniendo capas de vegetal. Usaba una cuerda de palma que se llamaba *toniza*. Con una aguja grande y larga de metal que enganchaba en una caña, metía la cuerda en la aguja, pinchaba en el techo y lo iba atando a lo antiguo. Un hombre lo empujaba hacia abajo y otro lo sacaba hacia afuera por arriba. Esto se hacía antes de que vinieran las lluvias³⁴.

Allí comían y dormían los gañanes

La casa de mi abuela tenía una cocina grande donde se hacía el pan, la *gañanía*. Y aparte otro dormitorio, separado por el patio.

A la gente que trabajaba en el campo, los labradores y los *segaores* que venían en el tiempo de la cosecha, les decíamos los gañanes. Muchos venían de fuera y en esa casa era donde comían y dormían. Por eso la llamaban la *gañanía*.

Cuando se ayudaban unos a otros en la familia también comían ahí siempre. Yo me acuerdo de los salmorejos que hacían. Al tomate le echabas agua caliente, le echabas pan... No se hacía molido como ahora sino majado.

Como mi abuela tenía muchísimo carácter, dormir con ella era una diversión. ¡Nos encantaba! Nos quedábamos con una prima mía y nos

33] Mucha gente recuerda esas dos cuestiones: que la puerta era tan baja que habían de agacharse para entrar, y que amanecían con la nariz negra por el humo de la cocina, del candil o del quinqué.

34] En casi todas las localidades de la comarca se superan los 1.100 milímetros cúbicos de precipitación anual, con temporales intensos. Las lluvias se concentran más en el periodo de octubre a abril.



reíamos muchísimo; las cosas de las chavalillas. Ella tenía dos camas y una de nosotras dos dormía en el suelo.

De la casa de mi tía nos vinimos a esta casa donde vivimos ahora, que era de mi madre. Era de piedra encalada y el techado también era de barrón, como la de mi tía. Sólo algunas cocinas eran pintadas, de color rojizo con *calamocha*³⁵ y también de color albero.

Cuando mi padre era mayor llegó un momento en que no podía ir solo a la playa a por el junco. Entonces se quitó el techo vegetal, se dejó como cielo raso y se enlosó. Recuerdo que ese mismo año escuchamos que habían llegado a la Luna³⁶.

Yo prefiero la luz antes que el agua

En los años setenta y algo ya había luz eléctrica en nuestra casa. Que yo estaba loquita de contenta, porque hasta entonces la tele la veíamos con batería. El agua llegó mucho después y no me importó tanto tenerla, pero ver la tele con luz sí que fue todo un lujo. Yo prefiero la luz antes que el agua porque con la luz te distraes tú más, en un caso.

Había una fuente que le decían la fuente de El León, que se usaba para lavar. Y para beber traíamos de un manantial de la playa: El Cañuelo, que era un agua buenísima.

Cuando mi madre se ponía a encalar, porque antes se daba cal, ¡pintura no había! me mandaba a por agua ¡y no relataba yo nada! Porque tiene guasa venir tú con dos cubos desde ahí abajo.

Mi madre tenía una cantarera aquí con cuatro cántaros. A mí me gustaba que cuando me montaba en la burra yo la pegaba con los pies y la burra salía corriendo. ¡No me ha tirado a mí veces la burra!

La gente de aquí abajo éramos diferentes a la gente de otros campos. Quizás porque al estar cerca de la playa y de la carretera podíamos tener contacto con otras gentes. Y ellos estaban más aislados, metidos en el monte. La gente del campo entonces estaba mal vista. Se reían de nosotras porque éramos *camperas*.

35] La tierra o arena calamocha es arcillosa y de color rojizo.

36] Fue en 1969.



Había una en Tarifa que me decía, «¡Campera!». Y yo le decía, «¡Digo! ¡Pues yo prefiero ser *campera* antes que ser marinera!»³⁷. Las mujeres iban a la fábrica de pescado y venían con los delantales que oían a pescado... Eran trabajadoras igual que otra cualquiera pero en aquellas fechas estaban mal vistas.

Paqui y Mari Luz usan la palabra «chozo» para llamar a todas las viviendas, tanto a la casa de las camas o rancho como a la casa de la candela. Otras personas denominan «chozo» a la choza de piedra con base circular, que puede estar acompañada de otra choza de base rectangular donde se pernocta.

En general quienes habitaron las casas de piedra llaman «techo» a la parte superior, confeccionada solamente con una estructura de cañas, palos o ramas a la que se cosían haces de plantas. Hay excepciones: Pepa Sarmiento dice que el techo era «de choza» y Antonia Cote explica que la parte de arriba de su choza era «de techo».

Las hermanas Ruiz hablan del barrón, junco frecuente en las dunas aldañas a Los Algarbes. En cada zona usaban para la techumbre de la choza plantas que se criaban cerca; plantas de tallos u hojas fibrosas, resistentes y flexibles al mismo tiempo. Nina vivió en chozas con techo de castañuela tanto en la finca de El Pedregoso como en la aldea de Facinas. El techo de la casa de Antonia Gil y su hermano Curro en el valle de Puertollano era de palma y de castañuela. Pepa Sarmiento y Quica Rojas conocieron techados «de ramas» cuando vivían en los montes; y de «junco del río» en el pueblo de Los Barrios.

La castañuela se recogía en la Laguna de La Janda que hasta los años sesenta fue uno de los humedales más importantes y extensos de la Península ibérica. A partir del siglo XIX decenas de humedales fueron desecados para eliminar la malaria y promover la agricultura de regadío. Las aguas de La Janda fueron canalizadas y se arrancó su vegetación característica. En consecuencia se redujo el uso ganadero de La Janda (cría de res retinta y brava) y se intensificó su explotación agrícola.

37] En el término de Tarifa a los habitantes del campo mucha gente aún les consideraba *camperos* o catetos y les asigna un estatus inferior a los habitantes del núcleo de Tarifa, que vivían de la mar.

4.

HABITACIONES TRANSPARENTES Y ZAPATOS DE BARRO

FRANCISCO SERRANO GÓMEZ
LOS BARRIOS Y ALGECIRAS

Hacia 2008 coordiné un taller de Memoria Oral con ancianos de Los Barrios. En estos talleres, al tiempo que hacemos encuentros grupales y entrevistas individuales rastreo escritos con memorias personales para conocer cómo ha vivido otra gente del lugar. Esta tarea es complicada cuando se trata de documentos mecanografiados o manuscritos autoeditados y poco difundidos. La sociedad no valora la palabra de la gente pobre y menos aún si además de pobres son mujeres. Así que no es extraño que los escritos autobiográficos de estas personas sean poco reconocidos y que las propias personas que escriben sobre su vida apenas den importancia a la difusión de su obra.

Al revisar memorias personales comprobé que los relatos que desvelaban vivencias de la guerra de 1936-1939 y la dictadura posterior eran motivo de controversia. A veces eran cuestionados por la vecindad y otras censurados. Tuve que invertir imaginación y perseverancia en sortear escollos para dar con algunos documentos, de modo que cada nuevo texto localizado representaba un gran logro en mi personal lucha contra el silencio.

Las pesquisas exigían confidencias que por fortuna a veces me introdujeron en nuevas amistades. Conocí así a Francisco Serrano Gómez, militante



anarquista nacido en Los Barrios en 1913³⁸. Francisco se exilió en Francia al acabar la guerra y participó en la Segunda Guerra Mundial como resistente en el maquis francés. Él escribió sobre su infancia y juventud de modo fresco e irónico. Creo que su exilio le permitió observar en la distancia su historia y sus convicciones le ayudaron a dignificar su experiencia con firmeza. Quienes



Francisco Serrano en Algeciras. Año 2010.

vivieron una intensa represión durante décadas en el exilio interior tuvieron que seguir otros caminos.

Francisco escribió sus memorias en francés, la lengua del país que le acogió y que reconocía su vivencia, la de sus amistades y vecinos. La posterior versión en castellano se titula «Diario de un aburrido» y fue editada en 2007 en Burdeos, donde vivió hasta entrado el siglo XXI. Tras varias búsquedas y correos a destinatarias desconocidas, localicé a Francisco gracias a la bibliotecaria de su barrio en Burdeos.

Mantuve correspondencia escrita con Francisco durante varios años. En 2010 pudimos conocernos en persona, aprovechando que él viajaba a Algeciras para pasar unos días con su hermana. Cuando has buscado con ansia las memorias de una persona mayor, después has podido leer su historia y por fin has intercambiado impresiones con ella, si además consigues conocerla en persona este momento se vuelve sumamente emocionante. La foto de Francisco fue tomada esa noche en Algeciras a la salida de un café.

El testimonio de Francisco, referido a Los Barrios y Algeciras, junto con las aportaciones de varias mujeres de La Línea, añadieron fundamento a mi reflexión sobre la relación entre la precariedad de la vida y de la vivienda. La vida en el tiempo y lugar donde le tocó nacer a Francisco se hacía día a día. Para la mayoría de los adultos la principal preocupación al despertar era conseguir alimento para los ancianos y niños del grupo familiar. La cuestión era sobrevivir.

En este contexto, la casa se piensa como un cobijo donde guarecerse y calentarse, donde cocinar si llueve, y donde pasar la noche. Un refugio que habrá que abandonar cuando la enfermedad, la falta de trabajo, la sequía, la guerra

38] Francisco falleció en 2015 en Madrid.



o la persecución política obliguen a trasladarse. A desplazarse de nuevo, como ya ha sucedido varias veces en la propia vida o en la historia familiar. La casa es un espacio donde tener seguridad de forma transitoria, como la vida humana. Y como la propia vida, la casa perdura a través de la memoria.

En cada momento se construye la vivienda en donde se puede y con los materiales disponibles en los alrededores. La choza donde Paqui Ramet vivió durante diez años, entre 1968 (cuando nació) y 1978, la hizo su padre con tablones de un aserradero cercano, que compró por nueve mil pesetas cuando se casó. Esto fue hacia 1945, pues Paqui fue la hija menor. El suelo era de cemento, a diferencia de otras chozas, donde era terrizo. Y el techo «de pasto». Tenía dos dormitorios. La cocina, con paredes de madera, techo de uralita y una hornilla de carbón, estaba aparte. En el suelo del acceso a la choza pusieron conchas recogidas de los propios arenales donde se asentaba la aldea.

He aquí una fotografía de la choza de Paqui tomada a principios de los años setenta, con motivo de la entrega a su padre de un reconocimiento por su cuidada construcción:



Choza de la familia de Paqui Ramet Gómez en La Almoraima. Imagen tomada de la prensa del momento, aportada por Paqui Ramet.



Francisco da los siguientes detalles sobre las viviendas donde pasó su infancia:

En aquellos tiempos éramos seis hermanos, los padres y la abuela, bajo el mismo techo. Nuestro domicilio era una choza cubierta de juncos, redonda como las de los indios del Perú. Tenía dos habitaciones transparentes, el suelo era de tierra y cuando llovía teníamos zapatos de barro. No había agua caliente, ni váter ni luz eléctrica. La puerta de la choza siempre estaba abierta.

Francisco recuerda que una noche, en el año 1923, un cerdo se acercó a la choza familiar. No podían desaprovechar la oportunidad: lo mataron, lo despiezaron y lo metieron en tinajas con sal.

Estuvimos comiendo guisos de carne con patatas durante varios días. Aquel rico alimento hizo desaparecer el color amarillo de nuestra cara y los dolores de estómago.

Otras personas entrevistadas aluden a la relación entre la alimentación y la enfermedad en niveles muy elementales con la misma mirada.

Pocos días después de comerse el cerdo, un vecino delató a la familia, por lo que detuvieron a su padre. Poco después fueron expulsados del pueblo. Caminaron tres días hasta llegar a Algeciras y se refugiaron bajo el Puente del Matadero, sobre un cauce seco. Una familia gitana de ocho hijos les ofreció compartir su *caserón*.

Nos facilitaron dos habitaciones y algunas mantas. A veces, las dos familias nos reuníamos bajo la luz de un candil de carburo.

Más adelante su padre consiguió autorización para construir una barraca:

Nuestro nuevo refugio tenía tres habitaciones y cocina en el patio. En materia de comodidades estábamos mejor pero financieramente seguíamos igual que antes, comiendo gazpacho o, mejor dicho, migas con agua caliente, algunas gotas de aceite y zumo de naranja amarga.

El gazpacho que la familia de Francisco tomaba no es una excepción. Miguel Villatoro describe el gazpacho *sol y sombra* de Espejo (Córdoba) como «una



mezcla de aceite, vinagre, sal y agua. El aceite sube y lo demás queda a su sombra»³⁹. El gazpacho, que hoy en día se toma como aperitivo o entrante, era la comida principal entre los trabajadores de los cortijos.

En 1928 el padre de Francisco se acercó al Centro Republicano de Algeciras, donde le apoyaron para instalarse en una barraca en la barriada Hotel Garrido. Curioso nombre para una barriada de centenares de chabolas donde convivían payos y gitanos pobres.

39] Ver testimonio completo en mi libro «Un rosal de flores chiquititas. Represión y supervivencia en Los Barrios (Cádiz)».

5.

CADA AÑO UNA NUEVA CHOZA

PEPA SARMIENTO CALVO Y FRANCISCA ROJAS OLMO
BARRIADA DE EL JUNQUILLO (LA LÍNEA)

El 4 de junio de 2013 me presenté en el Centro Social La Catedral de la barriada linense de El Junquillo. En los años cincuenta y sesenta, coincidiendo con el Plan de Desarrollo y el cierre de la Verja de Gibraltar, miles de familias que vivían en barracas en La Línea fueron realojadas en viviendas de protección oficial construidas con mínimo gasto. Las barriadas de El Junquillo y de La Atunara fueron las más emblemáticas.

Imposible poner punto final a la marginalidad con un realojo. Poco esfuerzo se dedicó al mantenimiento de los edificios, vías y espacios de encuentro. Tampoco al saneamiento. ¡Y qué decir de las oportunidades laborales y formativas! El aspecto actual de estas barriadas es reflejo de esta cruda historia, y la crisis de los últimos tiempos no ha hecho sino empeorar la situación. Las barriadas de El Junquillo y La Atunara se incluyen entre los espacios urbanos más vulnerables de Andalucía, por segregación y por riesgo de exclusión⁴⁰.

40] He tomado la información de dos documentos disponibles en Internet: «La pobreza en Andalucía», de Francisco José Torres y Juan Francisco Ojeda (Universidad Pablo de Olavide, 2004) y «Análisis urbanístico de barrios vulnerables en España por distritos» (Ministerio de Fomento e Instituto Juan de Herrera, 2010).



Yo había conocido esta barriada hacia 2010, con motivo del taller «Mirar al pasado para explicar el presente» que realicé en La Línea. Fue mi primer trabajo con Antonio Escolar. Participaron quince personas en dos grupos de trabajo, uno en el Centro La Cátedra de El Junquillo y otro en el Centro de Día Padre Pandelo. Esta experiencia fue singular, como la propia historia de la región transfronteriza donde vivieron sus protagonistas. Sus impactantes relatos de vida se recogen en mi libro «Camino de Gibraltar. Dependencia y sustento en La Línea y Gibraltar», editado junto con la investigación de Antonio Escolar⁴¹.

La directora del Centro La Cátedra en la barriada de El Junquillo se llamaba Maribel Cátedra. Escribo en pasado porque este centro se cerró recientemente, en el contexto de los terribles recortes sociales que afectan a esta comarca desde 2007. Cuatro años después de aquel taller la confianza con Maribel Cátedra seguía en pie. Una vez le expliqué sobre mi investigación consultó su fichero de alumnas y teléfono en mano animó a participar a algunas. En menos de media hora yo ya estaba reunida con seis mujeres en la salita contigua a su despacho.

Acudieron a la cita Pepa Rojas, nacida en Los Barrios en 1943, Ángeles Henares, nacida en La Línea en 1943, Mercedes Campos, nacida en La Línea en 1942, Hortensia Gil, nacida en Ceuta en 1936, Pepa Sarmiento, nacida en Los Barrios en 1935 y Francisca Rojas (Quica), nacida en Alcalá de los Gazules en 1943. Les propuse que hicieran un pequeño recorrido por su infancia y juventud y les pedí después aclaraciones sobre las casas donde habían vivido.

Me llamaron especialmente la atención los testimonios de Pepa Sarmiento y de Quica Rojas. Sus familias sobrevivían en zonas montañosas de la provincia en las décadas treinta a cincuenta. Cuando la situación se hizo insostenible se desplazaron a la franja arenosa de La Línea, una población fundamentalmente urbana y obrera. Su vivienda dejó de ser una choza construida entre roquedos y bosque para convertirse en una barraca sobre la arena. Pasaban de la subsistencia en el medio rural tradicional a la supervivencia en el medio urbano, o bien se trasladaban de una barriada de barracas a otra.

Miles de familias de la comarca y provincias andaluzas tomaron similar decisión en aquellas décadas. Sus familiares y conocidos decían que en

41] Se titula «Sobremortalidad por cáncer en El Campo de Gibraltar. El medio social, la piedra clave». Ambos libros pueden solicitarse a los autores y tienen acceso libre en Internet.



Gibraltar había trabajo sirviendo o en la construcción, que era posible construirse una barraca con materiales desechados en la colonia y que las sobras de los destacamentos militares permitían comer por lo menos una vez al día.

Presento a continuación sus relatos adaptados.

Pepa Sarmiento

Los Barrios

El humo salía por la puerta

Me llamo Pepa Sarmiento y nací en 1935 en Los Barrios. Vivíamos en un lugar llamado El Lazareto, por afuera del pueblo. Entonces eran pocas casas; no como ahora. Nuestra casa era una sola habitación. Lo de arriba era de *choza*⁴² y lo demás era de piedra. Donde estábamos todos vivíamos igual: en chozas. Ya esa casa no existe.

El techo era de unos juncos que crecían cerca, en La Angostura, como llamábamos a esa parte del río Palmones. El agua que cae a ese techo escurre y no cala para adentro de la casa. Cuando el techado se ponía un poco mal mi padre y los vecinos le echaban otro encima. En Los Barrios se ayudaban uno a otro.

Se cocinaba en un lado y en otro dormíamos con un colchón en el suelo. No había chimenea; el humo salía por la puerta.

Recuerdo que había dos puertas, una enfrente de la otra: entrábamos por un lado y salíamos por el otro. Y como éramos chicos siempre teníamos la puerta abierta. Teníamos un trozo de mampostería y ahí poníamos el carbón para hacer de comer.

Como yo era la mayor, mi madre me levantaba temprano para ir por el agua. Bueno, el mayor era mi hermano, ¡pero mi madre no iba



Pepa Sarmiento. La Línea, 2013.

42] Pepa dice *de choza* para aludir al techo de material vegetal.



Viviendas en Los Barrios. Años cincuenta a sesenta. Fuente: web Los Barrios.

a levantar a mi hermano! Me levantaba a mí⁴³. Teníamos que andar bastante y ese pozo tenía muy poquita agua. Poco a poco llenábamos un cántaro, un cubo... y volvíamos a la casa.

Cada año hacían una nueva choza

Antes de cumplir yo los diez años murió mi madre. Entonces mi padre todos los inviernos nos llevaba a los cuatro hermanos con él a un campo cerca de Facinas. Allí hacía carbón con otros trabajadores de Los Barrios⁴⁴. Éramos cuatro o cinco familias y cada año podía estar gente diferente. Así estuvimos muchos años; para la casa, para el campo... Volvíamos a Los Barrios cada quince días y hacíamos la compra. Para venir teníamos que esperar a que subieran unos camiones que nos montaban detrás.

Desde el campo ese teníamos que ir a comprar pan caminando campo a través hasta Facinas. Con unas *teleras* grandes de dos kilos o dos kilos y medio teníamos casi para una semana. Nosotros... ¡yo qué sé! Parece que

43] Con esta aclaración, Pepa rompe la trampa lingüística del discurso sexista y muestra su desacuerdo con que el transporte del agua estuviese reservado a las chicas.

44] Actualmente de Los Barrios a Facinas por caminos hay una distancia de 30,3 kilómetros.



hemos sido salvajes. Íbamos andando para todos los sitios. Y no se podía una detener en las ventas porque no teníamos dinero para comprar⁴⁵.

En ese campo también dormíamos en una choza. Todo era de ramas. ¡Ahí no había paredes ni nada! Y al otro año hacían una nueva, porque como no estaba cuidado se ponía malamente. Primero hacían el redondel de piedras y luego le ponían el techo de ramas⁴⁶. Mi padre lo hacía con nuestra ayuda. ¡No veas tú lo que éramos! Le ayudábamos a todo.

En un palo que *entravesaba* la choza por el techo mi padre ponía un alambre y le hacía un gancho de donde colgábamos el caldero para ir haciendo la comida. E íbamos metiendo palos para alimentar el fuego, que quedaba en el centro de la choza. De noche por regla general se apagaba. Dormíamos alrededor del fuego, casi siempre en el suelo. O hacían un camastro con unos troncos como patas, unos palos y ramas de lentisco. ¡Y se dormía estupendamente!

Éramos niños y en ese tiempo nos íbamos con mi padre a todos los sitios. Nos íbamos al carbón con él y le ayudábamos a poner las matas esas. Por arriba los troncos, luego lo cubren con unas ramas y después le echan arena para que los troncos se cocieran y eso era el carbón. Cada uno hacíamos lo que podíamos.

Cuando regresaba mi padre y traía esa ropa negra del carbón yo era la que lavaba la ropa. Allí en el campo también la lavaba él, ¡pero para poder dejar esa ropa limpia...! Los calcetines venían rotos y a mí me tocaba coserles unas plantillas. ¡Eso era para pasarlo! Pero como no había otra cosa no se echaba de menos nada.

Después del carbón, cuando acababan las lluvias mi padre iba a *las corchas*. Todavía mi hermano va a *las corchas*⁴⁷. A los niños nos dejaba en la casa de Los Barrios y venía cada quince días. Más no podía venir. Nosotros nos arreglábamos.

Yo estuve allí hasta 1954. Con diecinueve años me vine a La Línea.

45] Con esta reflexión Pepa señala lo que ella considera como límites de la dignidad humana.

46] La choza de base circular que Pepa describe es similar a lo que Nina llama chozo, y en Los Barrios suele llamarse morisco.

47] Se conoce como «la corcha», «las corchas» o «saca de las corchas» al descorche de los alcornoques. Se realiza en verano y es una tarea muy especializada: un golpe seco de hacha debe cortar la corteza sin dañar el árbol. El corcho se renueva en unos nueve años y en este periodo mínimo el árbol no es descorchado.



Quica Rojas Alcalá de los Gazules



Francisca Rojas Olmo
(Quica). *La Línea*, 2013.

Estábamos solos en el monte

Me dicen Quica pero me llamo Francisca y nací en 1943 en Alcalá de los Gazules. Yo no vivía en Alcalá, vivía en el campo, en un monte llamado El Picacho. Ahora es muy conocido porque va mucha gente de acampada.

Nosotros nos hemos criado sin madre. Mi madre murió cuando yo era muy chiquitita; tendría yo trece o catorce meses. Mi padre nos ha seguido criando a los tres hermanos y donde él iba a trabajar teníamos que ir nosotros.

Mi padre hacía carbón y hacía cal. La piedra de la cal estaba en un sitio y la madera para el carbón en otro. Dependiendo del trabajo que le encargaran en el pueblo tenía que ir a diferentes sitios. Normalmente estábamos nosotros solos en el monte, aunque recuerdo que algunas veces había hombres con él trabajando.

Mi casa era una choza de piedra por las paredes y techo de rama, que yo creo que sería lentisco. En un camastro de lentisco colocado sobre unos palos nos acostábamos. Y nos tapábamos con chaquetas o con el hato de las bestias. En cada sitio donde vivíamos había plantas o piedras distintas para hacer la choza. Unas veces era cuadrada y otras veces era en redondo.

En esa época había todavía muchos *bandoleros* metidos en la sierra. Yo recuerdo *de haber visto* a la Guardia Civil que llegaban a la casa y preguntaban por mi padre. «Mi padre está trabajando haciendo carbón», o «está haciendo cal». Lo que le tocara.

Un día cogieron a mi padre la Guardia Civil y le dijeron, «Juan, vete de aquí, porque cualquier día nosotros vemos a uno caminando y lo vamos a matar creyendo que eres uno de ellos. Y tus niños, ¿qué va a pasar con ellos? O viene un guardia nuevo que no te conoce, te mete un tiro y te



mata». Por eso mi padre se vino corriendo para La Línea. ¡Se me ponen los vellos de punta cuando lo recuerdo!⁴⁸

Seis o siete años tenía yo cuando nos vinimos andando hasta La Línea⁴⁹. Mi padre ya tenía un hermano aquí en La Línea. Buscábamos una vida mejor porque eso no era vida para tres niños y un hombre solo. Yo venía subida en el borriquillo porque era la más chica. Hicimos noche en una casa en el campo: en el hato del burro me acostó mi padre y yo recuerdo que miraba para arriba y veía las estrellas. No conservaba el techo aquella casa.

El hermano de mi padre tenía una *berraquita* pero tenía muchos hijos. Durante el día comíamos con mi tía y de noche tenía mi padre que *jacer* unas camas para nosotros en la calle. Echaba una manta encima de la arena y nos tapábamos con otra manta. Dormíamos en la calle, ¡pero por lo menos dormíamos tranquilos! Eso es lo que había.

En cada obra nos hacía una chocita

Esto fue en el verano. Cuando empezaron los fríos y las lluvias ya mi padre había hecho otra *berraquita* un poquito más para arriba. Allí estaríamos nosotros dos o tres años. Ya después nos fuimos a vivir junto a una calera⁵⁰ y mi padre estuvo unos pocos de años haciendo cal allí. Quedaban en aquel lugar unas paredes de una habitacioncita de obra, mi padre le puso unos palos y unas matas para techarla y allí nos metimos.

Ya mi padre empezó a trabajar en albañilería, donde estuvo el resto de su vida. Cada vez que iba a trabajar en una nueva vivienda lo primero de todo hacía una chocita de tablas o lo que fuera en medio del terreno y ahí nos metíamos. Yo tendría diez, doce años como mucho.

Recuerdo que en 1953 fue la primera vez que yo tuve conciencia de lo que era 1953. Porque hasta entonces yo veía los números: uno, nueve

48] Los maquis o guerrilleros antifranquistas tuvieron fuerte presencia en la zona. Se les llamó bandoleros para criminalizarlos. También se usó el eufemismo «los de la sierra». El mensaje que transmitieron al padre de Quica era más una amenaza que una sugerencia, pues la presencia de trabajadores en los montes más aislados, de difícil control por la Guardia Civil, abría la posibilidad de cobertura a estos grupos.

49] Desde El Picacho a La Línea caminando hay aproximadamente 80 kilómetros.

50] Calera o calero es el horno donde se cuece la piedra caliza para obtener cal (óxido de calcio).



La Atunara (La Línea) en los años sesenta. Al fondo, Gibraltar.

cinco, tres, pero no tenía conciencia de que eran una fecha. Recuerdo que escribí en un portón «1953» y pensé: «estamos en el año 1953». ¡Me acuerdo como si lo hubiera hecho ahora mismo!

Cuando mi padre estuvo trabajando al final de la calle San Pedro una señora que vivía enfrente *me recogió* a mí. Estuve por lo menos dos años viviendo con ella⁵¹.

Hasta que mi padre compró un terrenito en un callejón y ya hizo una *berraquita* en la calle Pedreras, donde estuvimos viviendo una pila de años. Las casas que daban a la calle eran de mampostería y las que quedaban dentro del patio eran *berracas*. Dos habitaciones tenía. En una comíamos, que la cocina estaba a un ladito y era muy chiquitita, y en la otra dormíamos.

Los desechos los tirábamos al Huerto de Julio, que le llamaban. Luz no teníamos. A lo mejor había un poste cerca, pero el trayecto hasta la casa había que pagarlo y... ¡Ni pensarlo! Cocinábamos con una hornilla de carbón.

Yo tenía muchas amigas. Como no conocíamos otra cosa, no la echábamos de menos. Pero eran años muy malos. ¡Hoy *tuviéramos* que volver a eso se nos caería el mundo! Yo he vivido muy mal porque me ha faltado lo principal de una casa que es una mujer. Aunque hubiéramos *pasado* bastante⁵² si hubiera tenido a mi madre mi padre no nos *hubiera* metido en esa chocita que él hacía cada vez que estaba en una obra.

51] En este contexto *recoger* significa adoptar o acoger.

52] Aquí el verbo *pasar* adquiere el significado de pasarlo mal o sufrir.

6. **AQUÍ ERAN POBRES TODOS**

JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ
LA CANCHORRERA

Paqui Ruiz y Antonia Gil me explicaron que a partir de los años sesenta el techado vegetal de las viviendas fue sustituyéndose por uralita, y en ocasiones por teja o por cielo raso. Si mejoraban sus perspectivas de ingresos y vida quizás se permitían ciertos arreglos en la vivienda: enlucir los muros, añadir suelo de losa donde antes había tierra...

Veamos qué cambios sufrió la casa de un tío de Paqui Ruiz, que en origen estaba formada por dos chozas. Las imágenes fueron tomadas en 2013 y en ese momento no estaba habitada:

**Acceso al patio que
comunica las dos
chozas.**





La sustitución de la techumbre vegetal por uralita sólo suponía ciertas mejoras. Juan Atanasio, vecino del monte de La Ahumada (Tarifa), recuerda cómo eran las casas de la zona:

Las casitas de antes eran de piedra y con techado de palma o de castañuela. Aquello no se mojaba, era muy fresco en el verano y en el invierno era muy calentito. Pero en esos tiempos era como una cuadra, ¡y los suelos de losa aquellos...! Porque no había dinero para nada.

En los sesenta se empezó a usar uralita porque era más cómodo, ¡pero aquello se calentaba en el verano que no veas! Ya



Casa de la candela, con techo de cielo raso. A ambos lados de la puerta hay dos bancos de mampostería. Pueden verse dos conducciones de electricidad a la altura superior de la puerta.



Casa de las camas, con techo de uralita. Sobre la puerta hay una sencillo alero y una conducción de electricidad.



la teja fue más reciente. Y todavía quedan por ahí muchas casas de uralita.

En los pueblos, aldeas y diseminados, las chozas convivían con casas de ladrillo o de piedra, con techo de teja o de uralita. Aquí y allá, un cortijo grande o un palacete, característicos en una comarca donde unos pocos grandes propietarios se enriquecían a costa de la mayor parte de la población. Una imagen que dejaba claro a quién había que dirigirse para conseguir trabajo o lograr favores concretos en caso de emergencia.

En los años sesenta y setenta muchas chozas formaban parte de aldeas o estaban cerca de éstas. Las aldeas empezaron a dotarse de calles y las comunicaciones rodadas y el transporte público mejoraron tímidamente. Quizás disponían de más fuentes y canalizaciones de agua y lentamente se iba



Detalle del patio enlosado y de la casa de las camas.



conformando un precario sistema de saneamiento. Ciertas familias tendrían acceso a la luz eléctrica y el agua en sus propias casas. Sitúo las palabras «cier-tos» o «algunas» de forma sopesada porque hoy en día algunas familias no disponen de estos bienes básicos y algunos poblados hoy deshabitados no tuvieron siquiera comunicaciones.

En mi libro «Memoria de Juan Quero, labrador, pastor y escritor» Juan enumera las cortijadas, cortijos, diseminados y poblados de la Sierra de la Plata en los que su maestro, Sebastián Muñoz, «vendía saber»⁵³. Sebastián no tenía estudios de Magisterio y tampoco recibía salario fijo. Trabajó en los años veinte y treinta enseñando a las niñas y niños de la Sierra de la Plata, al igual que Diego Lozano y Francisco Salmerón lo harían en Puertollano entre los años cuarenta y cincuenta.

El recorrido de este maestro comenzaba en la aldea de La Canchorrera, donde vivía con su familia en una choza. Pasaba por el cortijo de La Campana y la cortijada de El Almarchal para seguir en dirección al cortijo de El Moro y subía después a Ahijadero... Pero mejor sigamos de la mano de Juan Quero:

... y bajando por la pedregosa y estrecha vereda que va desde la cabreriza hasta el cortijo de Aguaenmedio. De Aguaenmedio pasaba al Peñón del Gato, donde había dos familias numerosas; de allí pasaba a Ranchiles, de Ranchiles al Molino de Carrizales, de Carrizales al Rancho de Las Canas, de Las Canas al Realillo, del Realillo hasta el Hoyo Catalino, donde vivían Francisco Ruiz y Dolores Pacheco, con los que pernoctaba.

A la mañana siguiente seguía vendiendo saber por el cortijo de La Gloria, a los dos vecinos que vivían al pie de la Laja de las Salgas (o de las Zargas), a los jóvenes de Los Boquetillos, a los del Cerro de la Rosa Grande y a los de El Puntal del Alamillo, donde vivían por aquellos años quince o dieciséis familias. Desde El Puntal bajaba hasta el mismo Alamillo, y de allí a El Acebuchal y de nuevo a La Canchorrera⁵⁴.

53] Una cortijada es un pequeño núcleo de viviendas. Un cortijo es una construcción rústica con vivienda y espacios de uso agrícola y ganadero. Puede referirse al cortijo señorial de una gran finca o a la vivienda agrícola de una familia propietaria o arrendataria de una pequeña finca. En este segundo caso a veces se dice cortijillo. Un caserío es una casa o un cortijo pequeño y un diseminado son varias viviendas fuera de un núcleo de población.

54] Páginas 33 y 34.



El relato de Juan dibuja una sierra repleta de vida y actividad humana. Además describe un hecho peculiar: tres lugares mencionados no son cortijillos o diseminados de unas pocas viviendas, sino poblados de chozas donde vivían entre quince y treinta familias. Estos lugares se habían habitado desde el siglo XIX como poco, y serían despoblados a finales del siglo XX. Se trata de La Canchorrera (donde vivía Sebastián), Los Boquetillos y El Puntal, también llamado El Puntal del Alamillo.

Unos años después de incluir esta cita en mi libro con las memorias de Juan volví a leer los nombres de estos lugares. Fue en el blog D Caminata, donde se ilustra una ruta que pasa por estos poblados. Esta entrada del blog me abrió más preguntas. ¿Cómo se sustentaban sus habitantes? ¿qué relación tenían con la gente de los diseminados cercanos? ¿sabía el Ayuntamiento de su existencia y necesidades? ¿por qué se despoblaron estos lugares?

Un sábado de mayo de 2013 mi amiga Mabel y yo nos presentamos en la aldea de El Almarchal. Conocí a Mabel a través de mi padre: ambos participaban en la Asociación Pro Derechos Humanos de Tarifa, que desde los años noventa apoyaba a las personas que llegan en patera desde Marruecos a las costas tarifeñas. Mabel me acompañó en muchas salidas por el campo en busca de



Tres poblados de chozas en la Sierra de la Plata (de color verde oscuro, por la vegetación arbórea): La Canchorrera, Los Boquetillos y El Puntal. Se indican cuatro puntos de referencia: la aldea de Facinas, el diseminado de Las Cumbres, la cima y yacimiento de La Silla del Papa y la población de El Almarchal.



personas que hubieran aprendido con maestros ambulantes. En esta ocasión apenas conseguimos información sobre maestros o alumnos, porque la escasa población de la aldea estaba festejando la comunión de varios niños y niñas.

En una pequeña edificación de cielo raso que servía de centro cultural se habían congregado familiares y amistades que residían en poblaciones circundantes. Entre ellos estaba Serranito, alcalde de El Almarchal, a quien le hablé de mi investigaciones. Serranito nos presentó a José Manuel Fernández, encargado de la vigilancia del ganado bravío que da valor a la finca de La Canchorrera, que aceptó acompañarnos a las ruinas del poblado del mismo nombre, donde él se crió.

Un soleado día con fuerte viento de Poniente mi hermana Natalia y yo nos reunimos con José Manuel junto a la cancela de la finca. Por aquellas semanas yo estaba sopesando la posibilidad de retornar a Bilbao. Los paseos y conversaciones con lugareños en estos montes tomaban colores y destellos intensos, señal interna de despedida. Pero aún me costaba dar forma a la decisión y verbalizarla.

Natalia filmó la entrevista e hizo las fotos mientras que yo manejaba la grabadora de sonido. La fuerte luz daba demasiados contrastes a las fotografías y el viento provocaba interferencias en la recepción del sonido pero no quisimos aplazar el encuentro. Ella y yo sabíamos que nuestro tiempo en Tarifa estaba finalizando y que quizás no tendríamos más ocasión de visitar este lugar de la mano de uno de sus habitantes.

En el año 2010 Wenceslao Segura, maestro e investigador que reside en Tarifa, había publicado en el boletín informativo Puerta de Jerez un breve artículo sobre el poblado de La Canchorrera. Aunque el artículo no lleva su firma me permito citarle como autor porque conversé con él sobre su escrito. Wenceslao anota que en 1878 había censadas aquí 110 personas. La mayoría de los hombres figuran inscritos como jornaleros, más algún cabrero y un barbero. No hay información en el censo sobre la dedicación laboral de las mujeres.

Wenceslao explica que algunas viviendas tienen corrales para pequeños animales, que hay ventanas con dinteles de madera y algunos suelos de solería, tanto de las viviendas como de los patios, y que en algún patio y frente de la vivienda hay bancos de mampostería. Cuestiones en que no reparé lo suficiente en mi visita, pues centré mi esfuerzo en entrevistar y grabar a José Manuel.

Mientras caminábamos entre las ruinas yo preguntaba a José Manuel por la vida en el poblado y por la construcción de las chozas. Hacia los años sesenta vivían aquí casi doscientas personas: veintiséis familias contadas, de las que José Manuel repasó en voz alta apodos, nombres y apellidos. Las pacientes respuestas de José Manuel desdibujaban la aldea que muchas personas



imaginarían, dada su población: no había iglesia ni ermita, no tenían escuela y ningún médico pasaba por allí periódicamente.

¿Caballos o burros para cargar y desplazarse? Un privilegio. ¿Casas con chimenea? En la mayoría de las chozas donde se cocinaba y donde se calentaban con fuego o carbón no había chimenea. Mucha gente del campo entrevistada recuerda que amanecían con los mocos negros por el humo de la candela y que las paredes de la cocina se ennegrecían por los humos. En algunos lugares a esta estancia se le llama «la casita negra» o «la casita de los *jumos*».

En algunos grupos todas las chozas están enlucidas y en otros sólo la casa de las camas. La cocina y el horno adosado de la casa de Paco Quintana parecen encalados sólo por los lados cortos y la de la casa de Pepe Serrano está a piedra viva. En cada uno de los poblados de la Sierra de la Plata encontré esta diversidad de muros. Los chozos más aislados, fotografiados en la Sierra de Toriles y en la Venta de Ojén, no fueron encalados.

El poblado de La Canchorrera estuvo habitado por más tiempo que los otros dos, quizás porque está dentro de una finca privada y tiene mejores comunicaciones con cortijos y aldeas cercanas. Los otros dos poblados de la Sierra de la Plata, que se ubican en tierras municipales. Algunas casas sufrieron discretas reformas: en la serie de fotos que sigue al testimonio de José Manuel se observan algunos restos de tejas y de uralita.

De cualquier modo los tres poblados tuvieron el mismo destino: nunca llegaron a disponer de saneamiento, electricidad o servicios básicos y por lo tanto se despoblaron en el tiempo de la mecanización de la agricultura y la emigración.



José Manuel Fernández en La Canchorrera. Junio de 2013.

Las piedras se colocaban en seco

Yo nací aquí en 1956. Mis abuelos no eran de aquí. Mi padre tampoco pero se ha llevado mucho tiempo aquí. Nuestra casa actual la compramos tal como está a una cuñada de mi madre.

Aquí hay veintiséis casas de familia aproximadamente. Antes, tú sabes, las casas eran de seis, siete y ocho personas. Para los muros de las casas primeramente las piedras se colocaban en seco una encima de la



otra. Ya después era con barro o con barro y cal, que hacía las veces de cemento. El techado era de castañuela. En los años sesenta hacia setenta empecé a ver cambiar los techados de las casas, quitar la castañuela y poner la uralita.

En mi casa la chimenea no la he conocido. La mayoría de las casas no tenían chimenea aunque recuerdo que la de mi abuela sí tenía. La casa de la candela tenía un *fogarín* y el humo se quedaba por dentro de la casa o salía por donde encontraba un hueco. Algunas casas tenían el horno para el pan adosado pero la mayoría de los hornos estaban separados de las chozas.

En el invierno era suficiente con el agua del pozo que está en la entrada de La Canchorrera. En el verano, que había más vecinos, faltaba agua. Había que ir a pie a una fuente de El Acebuchal que se llamaba Mirapie o a la fuente de Gaitán, que está por la otra parte. Cosas de mucha agua no se podían cultivar.

La mayoría no tenía caballo ni burro

La mayoría de la gente no tenía caballo ni burro sino que iban y venían andando y con las cosas a cuestras. Médico no había. Cada uno se arreglaba como podía y si no había que ir a Facinas. Iglesia no había, ni ermita. Aquí en una casa hicimos nosotros la comunión: vino el párroco y nos dio la comunión.

Estaba la tienda de Mari Luz, la del panadero, otra tienda más y los *recoveros* que venían de Facinas: Juan Quero, Aguilar... Ellos traían fruta y otros comestibles. El pescado lo traían otros vendedores ambulantes desde Zahara o de Bolonia.

El terreno es del dueño de la finca, un Trujillo que vive en Zahara y que tiene otras fincas: Los Asientos, El Novillero... Él viene a veces a una casa que tiene aquí, la compró a uno del poblado y la ha arreglado. La finca abarca desde El Portillo de La Cañá para arriba hasta La Silla del Papa.

Aquí eran pobres todos. No trabajaban en esta finca. Tenía su casa aquí pero iban a trabajar en los cortijos donde les daban trabajo: en El Acebuchal, en El Moro, Iruela, El Almarchal, El Retín o el de los Trujillo. Unos de ganaderos, otros arando o sembrando; eso es lo que había. Y las mujeres sirviendo y lavando.

Calles no había aquí, ni salidas de aguas ni nada. Pero en los años sesenta, cuando yo era chico, el Ayuntamiento dijo que había que numerar



las casas y le pusieron un número a cada una.

Cuando aquí ya no había trabajo todos emigraron. En los años sesenta, *sesentialgo* empezaron a *dirse*. Se fueron a Valencia, Barcelona, Tarragona, Suiza, Alemania... por todos los sitios.

Hasta el 97 vivió alguna gente aquí. A partir de que se fueron para abajo mis padres y la familia de Juan se quedó esto vacío. Después de casarme, cuando mi hija mayor tenía cinco o seis años ya nosotros vivíamos por Zahara, porque los niños tenían que ir al colegio. Como el trabajo lo tengo aquí yo seguí viniendo.

A veces alguna gente que se ha criado aquí vuelve y les apena ver su casa de aquella manera. Nadie ha regresado a reconstruir la casa ni para veranear, porque no es el mismo nivel de vida estar en el pueblo que aquí sin luz ni carretera ni agua. Bueno, hay agua pero hay que traerla a mano y si vas a lavar tienes que lavar a mano.



Pepe Serrano frente a la casa de su familia en La Canchorrera. Tomada de la web Facinas.

Muchos niños aprendimos con Francisco

Yo, lo poquito que aprendí fue con un maestro ambulante: Francisco García Gavira. Muchos chicos de la edad mía aprendimos con él. Él era de Jerez y dicen que había sido guardia civil. No tenía familia aquí. Él cobraba algo y cada noche que estaba aquí le daba de comer un vecino de los que sus hijos recibían clase. Este hombre vivía en el cortijo de El Moro y tenía una casita allí, que le cedió el dueño para que enseñara a los niños de la zona.

Le tocaba venir y dar clase en La Canchorrera un día sí y otro no. El día que iba desde su casa en el cortijo de El Moro al cortijo de La Campana daba clases allí por la mañana y venía aquí por la tarde. Él enseñaba a



Paco Quintana y su sobrino. Tras de ellos, una vivienda. La Canchorrera, 1956. Imagen tomada de la web Facinas.

partir del mediodía a los más jóvenes, y por las tardes o las noches al que estaba trabajando. Después de la clase se quedaba a dormir en casa de algún vecino y al otro día se iba al Moro. Daba clases allí y al otro día para arriba de nuevo.

Como aquí *habíamos* más niños, hasta aquí venían para recibir clases los niños de afuera. Podríamos decir que éste era el pueblo principal. Venían niños del cortijo de El Acebuchal, del poblado de El Puntal, de El Realillo, de El Almarchal y toda esa zona.

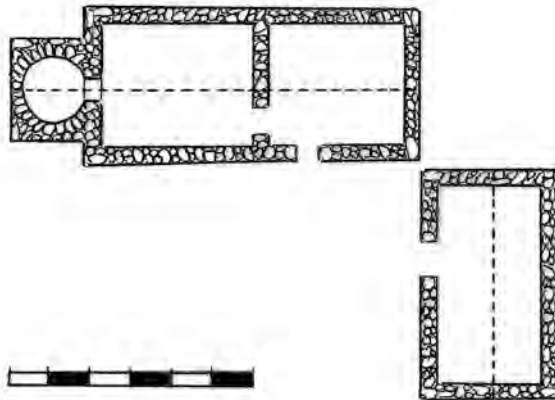
Yo estaría con este maestro cuando tenía doce o trece años: en el año 69 ó 70. En esos años ya había escuela rural en La Zarzuela y en El Almarchal, pero no se podía ir hasta allí porque teníamos que trabajar.

En la web de Facinas encontré una foto de una vivienda de La Canchorrera fechada en 1956. En primer plano un hombre y un niño posan en una moto. Detrás de ellos hay dos casitas con paredes de piedra y techado vegetal que forman una ele. La casa de la candela se identifica fácilmente por la chimenea y por el horno adosado: es más pequeña y tiene techo de teja.



Vivienda en La Canchorrera. Acuarela de Rafael Pulido.

Planta de la vivienda anterior. Escala gráfica en metros.



Tiene la misma distribución que la vivienda fotografiada en La Canchorrera que Rafa escogió para dibujar.

Las acuarelas nos hablan de un modo diferente a las piedras. Las certeras pinceladas reconstruyen la vivienda y devuelven la vida a las casas y a sus habitantes, mientras que los colores acuosos difuminan la rudeza de ese tiempo. Las piedras nos muestran lo que ha sobrevivido a los vientos y lluvias, al peso del tiempo y del olvido.



Imágenes del poblado de La Canchorrera



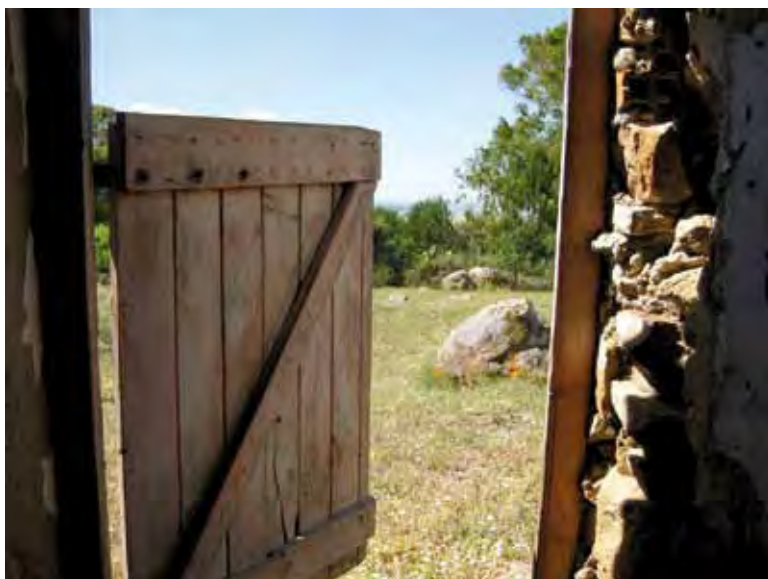
Vista aérea del poblado de La Canchorrera. El acceso rodado está al oeste.



Acceso rodado a la finca de La Canchorrera, y cancela a la izquierda. Se observa al fondo el monte denominado Silla del Papa.



Pequeña vivienda, vista desde un lateral. Tras de ella hay una higuera tumbada por el viento de Levante. Esta vivienda se cedió para que diera clases al maestro ambulante Francisco García Gavira.



Puerta de madera de la vivienda, vista desde el interior.



Restos de dos viviendas. Palmitos, lentiscos y acebuches pueblan este terreno. El bajo porte del matorral y el clareo de la zona herbácea indican la presencia de ganado rumiante.



Dos chozas formando ángulo recto entre sí. Una de las dos ha sido remozada. En primer plano, ramajes de eucalipto.



Vivienda formada por varias estancias. El corral, la antena y la conservación de algunos tejados nos indican que está en uso. Las dos más grandes, que no han sido reconstruidas, forman ángulo recto entre sí y tienen inserción de tejado a dos aguas. La pequeña casita que se observa en primer plano, con tejado de teja a dos aguas, es un horno de pan adosado a la casa de la candela.



Campos sembrados en dirección oeste, desde La Canchorrera. En primer plano, alcauciles o alcachofas silvestres en flor y acebuches arbustivos.



Dos viviendas, cada una de dos cuerpos.



A la derecha de las anteriores: vivienda familiar con tres chozas formando un rectángulo. A diferencia de las dos laterales, la del centro conserva la puerta y ventanas de madera, fue enlucida y tuvo techo de teja. Junto a la vivienda crecen frondosos eucaliptos. Tras de ella, en el límite este del poblado, se alza una gran peña.



La anterior vivienda desde atrás. En primer plano, juncos que indican la cercanía de aguas freáticas. Al fondo, aerogeneradores.



Continuando hacia la derecha: línea de viviendas, cada una formada por dos o más estancias.





Vivienda con techado de uralita.



Grupo de viviendas. Las marcas en la hierba indican el acceso rodado al poblado.



Tumbas antropomorfas en las cercanías del poblado de La Canchorrera.

7.

UNA CASA PARA VIVIR EL RESTO DE TU VIDA

ANTONIA COTE RODRÍGUEZ
EL REALILLO DE BOLONIA (TARIFA)

Conocí a Ana Pereda en las reuniones del 15M de Tarifa que convocábamos en el Paseo de La Alameda. Nacida en los años sesenta en un pueblo de Burgos, Ana vive en una casa que compró hace pocos años, a poca distancia de la ermita de La Gloria. Cuando le hablé de mi trabajo en torno a la vivienda tradicional en la comarca Ana se ofreció a presentarme a Antonia Cote Rodríguez, que vivía ladera abajo, en El Realillo de Bolonia.

Antonia nació en El Realillo en 1941. Su madre es de El Pulido y su padre de Punta Camarinal, dos diseminados cercanos. Ella es la segunda de tres hermanos. El terreno donde vive actualmente era propiedad de un anciano que murió en el «asilo de Tarifa», como se denomina aún a la Residencia de Ancianos San José⁵⁵. Los padres de este hombre habían construido su casa con piedra y barro, me detalla Antonia. Ella alquiló esa casa durante cuarenta y cinco años. Primero al dueño y después a las monjas que gestionaban el asilo donde pasó su último tiempo, pues ellas heredaron la choza.

55] Hoy en día es la Residencia San José, a cargo de las religiosas de la Inmaculada Concepción. Previamente fue asilo y hospital, por lo que mucha gente lo llama «Hospital de las monjas».



Antonia Cote en su casa de El Realillo de Bolonia, en 2013.

Hace algo más de diez años Antonia pidió permiso a las monjas para reformarla «porque verdaderamente se venía abajo». «Aquello es de ustedes. Arreglaremos las escrituras», le dijo la madre provincial para referirse a su cesión. «Lo único que te pido como condición», añadió, «es que tus hijos te hagan una casa para poder vivir el resto de tu vida». Antonia no podía esperar mejores condiciones para recibir la vivienda.

Hacia el año 2000 Antonia arregló su choza. La convirtió en una casa de mampostería manteniendo un sólo espacio sin más tabique que el del aseo. Era la única opción de reforma si quería ajustarse a la normativa del Parque Natural del Estrecho, donde se enclava El Realillo. Según se entra la encimera de la cocina está a la derecha. Al fondo, la mesa de comedor y sus seis sillas junto a dos mecedoras. Una cama y su correspondiente mesilla quedan a la izquierda, y el pequeño baño en el mismo lateral.

Antonia me explicó cómo era su choza en origen:

Esto eran chozas todavía en el año 2000. Las nuestras y otras de la zona. A un lado de la cocina estaba el horno, que tuvo tejas desde el principio. Como el horno del pan estaba adosado a continuación de la cocina, comunicaban por dentro.

La cocina era *de techo*⁵⁶ con un filo de tejas. La llamábamos la *gañanía*. Esta cocina y muchas de por aquí tenían su chimenea. Guisábamos unas veces con carbón y otras con leña. El carbón lo hacíamos nosotros mismos.

Y al lado había una habitación, la casa de las camas, que era donde nosotros dormíamos. El techo era de palma, porque tampoco dejaban *de coger* barrón en la playa.

El butano llegó hacia el setenta y ocho. Y para alumbrarnos, un quinqué de gas (petróleo). O la candileja con aceite, que fue antes que el quinqué.

56] Con techado vegetal.



Mientras Antonia describía su casa desplegó un papel con un dibujo de su casa a acuarela y me lo mostró con orgullo. Se lo había regalado su autor: «un extranjero que pasó por aquí». Los pliegues amenazan con quebrar el papel y la humedad ha decolorado las pinceladas, pero este dibujo no deja de ser un testimonio insustituible sobre la vivienda tradicional.



Dibujo de la casa de Antonia Cote, realizado antes del año 2000.

Ana Pereda y su compañero han arreglado su casa conservando su estructura original, que era similar a la de Antonia Cote: un cuerpo de base trapezoidal y techado vegetal que hacía de cocina. En su interior la boca del horno para hacer el pan, que tenía techo de teja y estaba adosado a la cocina. La casa de las camas, de base rectangular, estaba frente al primero.

Antonia me dio indicaciones para llegar al poblado de Los Boquetillos, pues no hay señales en los carriles ni en los mapas.

8.

AQUELLO QUE NO QUERÍAMOS PERDER

LUZ RUIZ PACHECO
LA GLORIA (BOLONIA, TARIFA)

Luz Ruiz Pacheco nació en La Gloria en 1929. Hablé con ella un domingo de febrero de 2013 en la Residencia de Ancianos San José de Tarifa, donde vivía. Me llamó la atención la corrección con que Luz se expresaba. En una comarca donde la mayoría de la gente tuvo escasa formación y trabajo estable, la diversidad de formas de hablar de la gente tiene mucho que ver con sus diferentes oportunidades. Trabajar como taxista o en un hotel, arrendar la choza contigua a tu vivienda, vivir cerca de una playa turística o haber emigrado ofrece buenas posibilidades de acercamiento a otras vidas y saberes.

Trabajos, viajes, conversaciones, lecturas... ¿Y qué decir de la influencia de la radio? Varias mujeres que vivieron en montes de Tarifa me aseguraron que de jóvenes escuchaban mucho la radio ya que no podían salir a pasear por la noche. Eran conscientes de que esto les había dado cultura y capacidad para expresarse. Juan Quero coincide en esta interpretación:

En los años treinta, cuando vino la radio, sabía más la gente que estaba sola en una choza aislada, porque no hacían nada más que escuchar la radio. La gente de campo se volvió muy espabilada.



Luz Ruiz. Tarifa, 2013.

Cuanto más aislados estaban más informados. Y también con la radio las muchachas aprendieron a hablar fino y conocieron cosas nuevas⁵⁷.

Lucrecia Marín, nacida en 1939 en el valle de Puertollano (Tarifa), se desplazó a vivir al núcleo de Tarifa siendo adulta y constató esta realidad en los años cincuenta y sesenta:

Antes se prefería que aprendieran los hombres más que las mujeres. Yo me pegaba a ellos para aprender. Por eso cuando vino un maestro ambulante a enseñarnos yo ya sabía escribir algo. En Puertollano no creas, que las niñas se interesaban mucho. Casi todas sabían. Las hermanas de mi padre leían muy bien; daba gloria escucharlas leer. De noche cogían una novela, una de ellas leía y otras escuchaban.

Yo veo a mujeres del pueblo con la edad mía... tenían escuela y asistieron pero no saben nada. Yo creo que la gente de campo ponía más interés en aprender porque no tenían otras distracciones. Entonces la radio enseñaba mucho. Se escuchaban novelas y de todo. Yo tendría doce o trece años cuando tuvimos radio en mi casa.

Durante la entrevista Luz mostró preocupación por lo que ella llamaba sus «nervios». En varios momentos de la conversación rompió a llorar: recordaba a una hermana suya fallecida recientemente.

Luz ama la tierra y la casa donde se crió, al igual que Antonia Cote y otras personas de su tiempo. Pero Luz no pudo conservar la vivienda y la tierra donde se había fraguado su identidad y esto le sigue pesando con mucho dolor. Así lo explica ella:

Yo nací en 1929. Éramos once hermanos, cinco hembras y seis varones. Yo era la más chica. Nosotros vivíamos en La Gloria. Mi madre era nacida allí. Se crió sin madre, porque murió cuando ella

57] Tomado de mi libro «Memoria de Juan Quero», pág 53.



nació. Mi padre vino muy chico de la provincia de Granada, con sus padres y tres hermanos. Yo escuché que su padre era *segaor*.

Mis padres se dedicaban a la labranza y a los animales. Había una huerta donde sembraban de todito. La tierra y el cortijo de San José la arrendábamos por poco dinero. Tenía una presa con un grifo para coger agua. Había cabras, cerdos y vacas. Nosotras ayudábamos en lo que hacía falta, con las vacas, recoger la leña para *amasar* y para la candela, lavar... de todo⁵⁸.

Mis padres sabían leer y escribir un poquillo. Sebastián Muñoz era muy buen maestro. A mi hermana la que está en Barcelona le enseñó muy bien. La que murió ahora y yo aprendimos un poquillo con él cuando yo tenía siete años, antes de la guerra. Yo escribía, leía y hacía cuentas.

Yo me acuerdo cuando la guerra, cuatro hermanos míos se fueron y tres volvieron. Uno de ellos se mató acabado de venir de la guerra. Venía a caballo de ver a la novia, era de noche, se quedó dormido en el caballo y al pasar por debajo de un acebuche se dio contra él. Mi hermano el mayor salió a buscarle y por la dehesa de El Acebuchal se encontró al caballo y a su hermano.

Ya la tierra y el cortijo lo han vendido. A un hermano mío *lo hicieron de firmar* como que no teníamos derecho sobre la tierra por los años que llevaba arrendada. Cada uno estaba en su sitio, en Barcelona y en otros lados, pasó el tiempo y no pudimos hacer nada. No tuvimos derecho a comprar una parte ni el dueño nos dio *un golpe* de dinero siquiera. Nos engañaron. Hace poco he estado allí. ¡Me dio una sofocación de ver aquello que no queríamos perder...!

58] La palabra *amasar* se usa referida a todas las etapas de la elaboración del pan: cernido, amasado, fermentado y horneado.

9.

NOSOTRAS VIVÍAMOS APARTADAS

MANOLI Y PEPI PACHECO ESPAÑA
LOS BOQUETILLOS Y LA GLORIA (BOLONIA, TARIFA)

Tras una entrevista sobre los maestros ambulantes en la Sierra de la Plata me dieron la referencia de dos hermanas que habían vivido en esta zona: Pepi y Manoli, de apellidos Pacheco España. En agosto de 2012 me presenté en la tienda de confecciones de Pepi en la barriada de La Huerta del Rey de Tarifa y le hablé de mi investigación.

Manoli y Pepi nacieron en el poblado de Los Boquetillos. Manoli es la mayor y nació en 1956. Pepi, la menor, nació en 1965. Tienen otros hermanos.

No era fácil llegar a muchos diseminados y poblados del término a finales del siglo XX, a no ser que estuvieran de camino a un cortijo, una batería o destacamento militar, un aerogenerador o un hotel. Cuando las tierras que habitaban se volvían de interés para la industria militar, la industria eólica o la turística, se construían nuevos accesos de los que se beneficiaban vecinas y vecinos.

Hoy en día hay lugares habitados a los que no llega la carretera. Y no es extraño que el carril de tierra y piedra quede intransitable tras las lluvias del invierno. Un aspecto del subdesarrollo de la comarca que marcó la vida de muchas personas, entre ellas la de Manoli y Pepi.



Al principio de la entrevista las dos hermanas hablaron a una sola voz:

Nuestros padres habían nacido en Los Boquetillos. Tenían una tierra de labor que mi padre sembraba de habas, garbanzos, etcétera y nosotros le ayudábamos.

A partir de los años sesenta, con el bum de la Playa de los Alemanes en Zahara de los Atunes, la gente empezó a abrir un poco los ojos. Nuestro padre, que hasta entonces le llegaba muy justo para mantenernos, empezó a trabajar ahí de peón de albañil. Se hacía en el burro diez kilómetros de ida de madrugada y diez de vuelta por la tarde⁵⁹.

En Los Boquetillos había siete vecinos en esas fechas. La gente había empezado a emigrar en los sesenta. Hacia el año setenta, cuando mis padres se vieron solos, se trasladaron a La Gloria.

Mi hermana Manoli se casó en el 75 y tuvo que sacar la ropa de casa en un burro. En el 76 hicieron una pista de barro que llegaba desde estos caseríos a Bolonia. En el invierno con las lluvias la pista se anegaba. Desde Bolonia hasta El Molino sí llegaba antes la pista, no sé por qué. Y en el tramo anterior, desde Punta Camarinal a Bolonia, como había una batería militar también había pista. Pero nosotras vivíamos apartadas.

Cuando pregunté a Manoli y a Pepi por sus estudios y por las oportunidades educativas durante su infancia y juventud sus miradas se diferenciaron.

Los maestros y maestras ambulantes que en esas décadas vivían y trabajaban por los diseminados y poblados de chozas de Bolonia y la Sierra de la Plata eran Curro El Pequeño, Dolores Ruiz y José Tejada Navarrete. Las impresiones de Manoli sobre ellos son parecidas a las de José Manuel Fernández y otras personas que aprendieron con ellos. Ella los recuerda con mucho afecto y subraya que aunque no tenían formación de Magisterio ni salario fijo desbordaban motivación por enseñar a la gente del campo:

Allí en Los Boquetillos vivía un hombre que trabajaba como maestro ambulante a quien llamábamos Curro el Maestro o Curro el

59] Los campesinos de la zona que trabajaron en la construcción de los chalets de la Playa de los Alemanes tuvieron mejores ingresos y cierto contacto con los nuevos pobladores. Redujeron así su dependencia de los grandes cortijos, donde trabajaban en condiciones de semiesclavitud.



Pequeño. Por algún motivo nosotras no aprendimos con él. Ahora vive en Algeciras y tendrá la edad de nuestro padre.

Cerca de nuestra casa estaba la ermita de La Gloria, donde muy de vez en cuando se hacía alguna celebración. Una vez vino el obispo y nos confirmó a todas en grupo. El local se cedió a los vecinos para usarlo como escuela rural por iniciativa del obispado. Nos daba clases Dolores Ruiz Jiménez, una vecina nuestra de unos veinte años. Yo asistí a clase unos ocho meses.

Dejé de ir cuando hice la primera comunión, con nueve años. Entonces mi padre me regaló la Enciclopedia de Tercer Grado. La de Primer Grado la había estudiado con la maestra Dolores Ruiz, la del Segundo Grado me la salté y la del Tercero la hice por mi cuenta porque me gustaba mucho leer.

Un maestro de campo llamado José Tejada Navarrete iba a El Chaparral, un cortijo grande de un señorito a varios kilómetros. Daba clase a los hijos de los trabajadores del cortijo. Mi hermano iba hasta ese cortijo caminando una distancia muy grande sólo para recibir clases de Navarrete. Recuerdo que mi padre siempre nos contaba que este maestro también aceptaba a los alumnos que no podían pagarle.

Pepi, por su parte, empezó a estudiar cuando llegó a Tarifa:

Mi padre nació en 1924 y también aprendió con Navarrete. Iba a su casa cuando podía y le enseñaba. Eso era lo que había. También mi madre, que se crió en El Chaparral, sabía leer y escribir. Yo la escuché hablar de un maestro de campo. Ambos se arreglaban para leer documentos y mi hermana, que era muy lista, les ayudaba.

Salí de La Gloria con catorce años y me vine a vivir a Tarifa con mi hermana Manoli, que ya tenía un hijo. Hice el graduado de adultos por las tardes en el Colegio Cervantes. Después podía haber estudiado Formación Profesional pero no hice más. Catorce años es una edad...

Cuando yo era pequeña ya existía la Escuela Hogar en Tarifa⁶⁰. Mucho niños de La Gloria que tenían mi edad fueron a estudiar

60] Internado para las niñas y niños que vivían en zonas aisladas del campo donde no había escuelas rurales.



allí, entre ellos algunos primos míos. Los padres los llevaban en caballo o en burro hasta San José del Valle, por donde pasaba un autobús público camino de Tarifa. Y de vuelta igual. Cada dos semanas volvían donde su familia para el fin de semana. Allí no había teléfono, así que durante esas dos semanas no tenían comunicación con la familia.

Mi madre no quiso que fuéramos a esta escuela porque le daba mucha pena y no quería que nos separásemos de ella. Yo se lo reproché muchas veces a mi madre, porque me hubiera gustado estudiar más y tener otras oportunidades. Cuando me casé y tuve hijos entendí su decisión.

10.

PROTEGIDOS POR LA ROCA ARENISCA

VISITA AL POBLADO DE LOS BOQUETILLOS

En julio de 2013 fui en busca del poblado de Los Boquetillos con una amiga. Dejamos el coche aparcado en un rellano frente al caserío de La Gloria, y al cruzar un puentecillo di un traspie y caí al suelo. En el hospital de Algeciras me confirmaron que me había roto un ligamento y me escayolaron la pierna, de modo que el poblado pasó a un segundo plano. En unas semanas me desplazaría con mi hija para vivir de nuevo en Bilbao.

Madrid, San Salvador, Bilbao, Alonsotegi, Tarifa, de nuevo Bilbao... Las decisiones que he tomado en mi vida me han exigido muchos traslados. He soltado lastre en cada uno de ellos: muebles, ropas y libros que pasaron a ser utilizados por amigas o se sumaron a fondos públicos. Los libros que más amo siguen conmigo, entre ellos las memorias personales autoeditadas localizadas en mercadillos de segunda mano. En esta ocasión viajaron con nosotras varias cajas de cartón llenas de artículos, libretas con anotaciones, ficheros, fotografías y dibujos relacionados con mis investigaciones en Tarifa.

El tiempo parece transcurrir demasiado lento cuando no sucede lo esperado y aparenta volar cuando rememoramos un acontecimiento celebrado. En agosto de 2014 fui por unas semanas a Tarifa. Mis amigos Ana Gomar y Antonio Ruiz, investigadores sobre la arqueología de la comarca nobles e incansables, me acompañaron al cortijo de La Gloria. Caminar por la pista que había estado a punto de tomar hacía poco más de un año me resultó emocionante.



Tras dos o tres kilómetros de carril vimos algunas ruinas a nuestra izquierda. Un frondoso algarrobo cargado de vainas señalaba la subida hacia las viviendas por una difusa senda. La ausencia de acceso rodado al poblado es una muestra más del aislamiento en que vivieron sus habitantes. La misma realidad que encontraríamos en El Puntal, pues el carril sólo llega hasta la cancela de la finca con ese nombre.

El poblado estaba protegido de la implacable insolación vespertina por un muro natural de roca arenisca situado al noroeste. La mayoría de las viviendas están en dos franjas paralelas a éste. Cuando las rocas cambian su orientación y el cordal de la Sierra de la Plata pierde altura acaba la aldea.

En general las casas y los hornos están orientados hacia el noroeste, de modo que evitan el azote frontal del Poniente y del Levante, los dos vientos predominantes en esta zona.

Unas viviendas tienen dos piezas, otras tienen tres o cuatro y algunas una sola. Algunas chozas tienen el doble de longitud: la puerta da acceso a una



Vista del poblado de Los Boquetillos desde el carril que parte de La Gloria hacia la finca de El Puntal.



Vista aérea del poblado de Los Boquetillos. Al noroeste la franja rocosa y al sureste el camino rodado o carril que comunica los caseríos de La Gloria con la finca de El Puntal. Tomada de Google Earth.

habitación que conecta con otra. Es el caso de la vivienda a la que hemos llamado «séptima», que Rafael Pulido reprodujo a acuarela. Se trata de una choza alargada de 9.60 por 3.75 metros dividida en dos habitaciones conectadas, una de 5.90 por 3.75 metros y otra de 3.70 por 3.75 metros.

En algunas chozas hay pequeñas alhacenas: cubículos de 15 a 30 centímetros de lado con una losa plana a modo de repisa, empotrados en el propio espesor del muro. Algunas paredes tienen restos de argamasa.

Hay senderos entre los grupos de casas, algunos con muros de contención en la terraza natural. Alrededor de cada vivienda hay restos de cercados en piedra seca con trazados de formas diversas, que constituirían corrales y lindes de huertos.

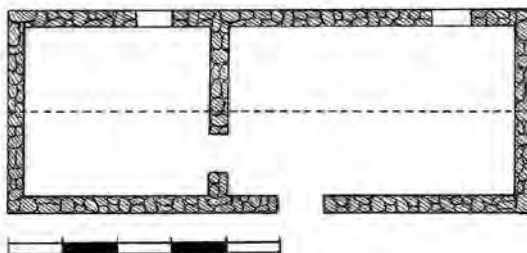
Detrás de dos viviendas, semiocultos por la maleza, hallamos pequeños pocillos a pie de tierra revestidos de piedra. Y dos hornos de piedra contruidos aparte de la vivienda.

En la serie de imágenes del recorrido por este poblado, junto a las fotografías de cada horno aparecen los dibujos de su planta, alzado y sección. Rafael Pulido los dibujó como si los estuviera construyendo él mismo...



Vivienda en Los Boquetillos. Acuarela de Rafael Pulido.

Planta de la vivienda anterior. Escala gráfica en metros.



... Visualizando previamente matices y detalles, situándome en la lógica de aquellas personas que los hicieron, tracé líneas que daban forma a cada piedra, de abajo a arriba; imaginando su leve cimentación, seleccionando y trabando la piedra tosca con barro, realizando el encaje de sus cúpulas semiesféricas y sus enfoscados.

Paseando por los montes y valles de la comarca es frecuente encontrar frutales asilvestrados que señalan un poblamiento reciente del lugar. Cerca de una de las chozas, por ejemplo, sobrevive un pequeño naranjo cargado de naranjas y tumbado por el viento. La forma y ubicación de los



cactus llamados chumberas (*Opuntia ficus-indica*) nos indican que en su tiempo fueron cuidados. Cuanto menos aportaría sombra y alimento a personas y animales. Los higos chumbos eran muy apreciados en la zona y aún se cosechan.

De vuelta al cortijo de La Gloria entablé conversación con uno de sus habitantes, que estaba tomando el fresco en la puerta. Le pregunté por qué creía que se habían abandonado éste y otros poblados. Él sugirió que la repoblación con eucalipto marcó un antes y un después, ya que la demanda de agua por estos árboles redujo los manantiales y arroyos. Además no se permitía el pastoreo de los pequeños rebaños de cabras porque podían ramonear los plantones de eucalipto.

Otras poblaciones cercanas a estos poblados como los diseminados de La Gloria y El Realillo siguieron habitados. En cualquier caso estaban en pequeñas propiedades privadas, a diferencia de los poblados de Los Boquetillos y El Puntal, asentados en tierras municipales.

Unos días después busqué a Pepi Pacheco para compartir mis impresiones sobre esta visita. Pepi me explicó que lo que interpretamos como pocillos son fuentes o manantiales: su madre lavaba ahí en ocasiones y otras en un charco o pequeño remanso de agua.

También me contó que cuando ella era pequeña su madre, con treinta y pocos años, contrajo el sarampión. Esto le provocó parálisis en las piernas y la sacaron del poblado de Los Boquetillos de urgencia por el carril que va a la finca de El Puntal. Pepi recuerda que ese carril se convertía en pista en las cercanías de la finca y llegaba hasta Facinas.

En cada conversación se abrían paso nuevas imágenes, nuevos recuerdos. Pepi añadió que su padre llevaba las vacas a pastar a la finca de La Canchorrera, que linda por el oeste y noroeste con el poblado de Los Boquetillos. Como allí había toros bravos, si su padre se retrasaba su madre se preocupaba mucho, temiendo que le hubieran atacado los toros. Más allá de la anécdota estos hechos muestran la desprotección de quienes no tenían tierra propia donde pastorear sus pequeños rebaños de subsistencia. Las rocas, silenciosos y resistentes elementos naturales, les protegían del viento y la lluvia, pero la vida de aquellas familias tenía menos valor que la del preciado ganado bravo.



Imágenes del poblado de Los Boquetillos



Primera vivienda visible desde el carril de La Gloria: la casa de las camas y la casa de la candela. La cocina, que conserva la viga combrera, es de menor altura. Hay dos pequeñas alhacenas en una de las paredes laterales. Acebuches y lentiscos rodean la vivienda.



Casa de las camas de la primera vivienda. Puede observarse la construcción en doble hilera del muro. Al fondo, un cresterío rocoso.



Cocina de la primera vivienda. (1) Detalle de la viga transversal y de alhacenas en una de las paredes. (2) Pared opuesta. A la derecha se ve un lentisco y al fondo un pinar sobre arenas.



Alacena de la segunda vivienda. En primer plano, ramas de lentisco.



Manantial cercano a la segunda vivienda, acondicionado en forma de pocillo para facilitar la recogida del agua.



Tercera vivienda.



Dos vistas de la cuarta vivienda. (1) Vista exterior. Detrás se observa la pared rocosa. En primer plano a la derecha, un palmito. (2) Vista en sentido opuesto.



Horno comunitario derruido en plano medio y, tras de éste, quinta vivienda.

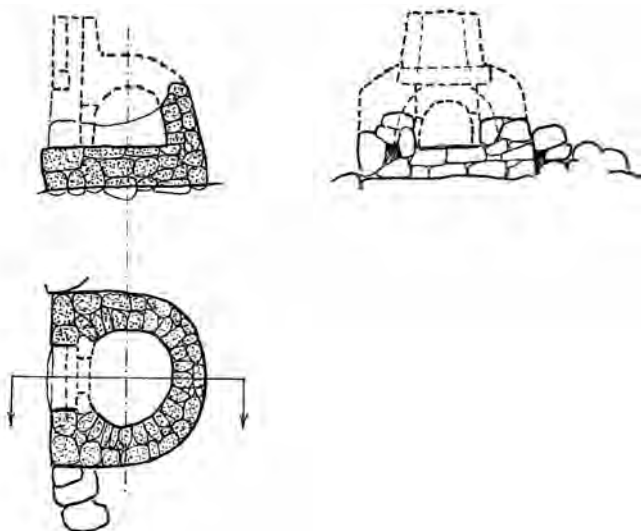


Dos perspectivas del horno comunitario cercano a la quinta vivienda.



**Reconstrucción del
horno (alzado, perfil y
planta) conservando
sus proporciones.**

**Dibujo de
Rafael Pulido.**



Cocina de la sexta vivienda, con alhacenas.



Vivienda séptima: dos chozas con muros revestidos.



Dos piezas de la vivienda octava.



Vivienda novena al fondo. En primer plano, troncos secos de una gran chumbera.



Viviendas décima y undécima. La del fondo tiene dos cuerpos en paralelo.



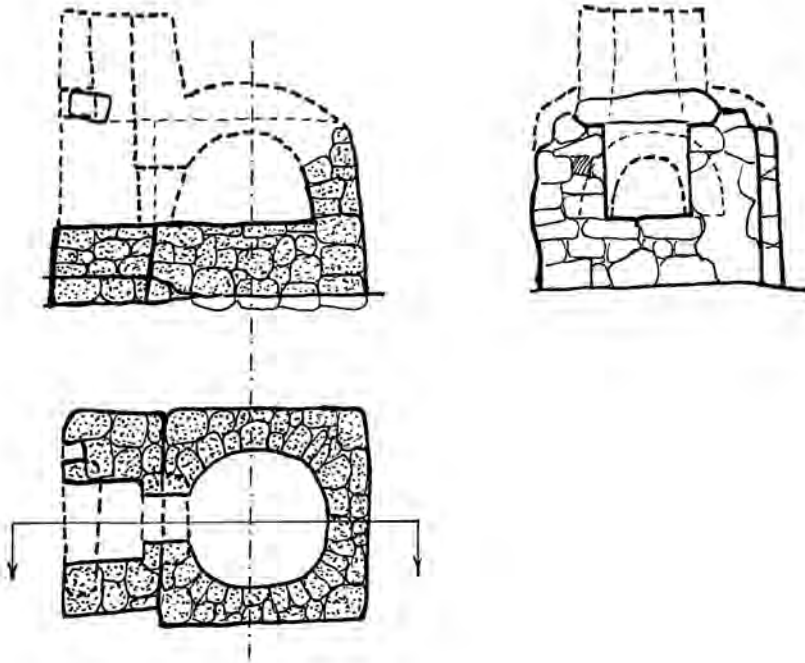
Vivienda duodécima. Las paredes son más rojizas y parecen menos erosionadas y colonizadas por líquenes. Junto a la casa sobrevive un naranjo, modelado con rigor por el viento.



Décimo tercera vivienda. A su vera crecen un pino y varios acebuches.



Gran horno comunitario de piedra, cercano a la vivienda anterior. Se conserva en mejor estado que los anteriores hornos. Sus paredes parecen haber ha sido enlucidas hace pocas décadas.



Reconstrucción del horno (alzado, perfil y planta) conservando sus proporciones. Dibujo de Rafael Pulido.

11.

NUESTRA VIDA ERAN LOS CORTIJOS

ANA Y ADOLFO TRUJILLO PELAYO
EL PUNTAL DEL ALAMILLO

Pocos días después de nuestra visita a Los Boquetillos tuve la excelente oportunidad de hacer una larga entrevista a dos personas que habían vivido en el poblado de El Puntal. Volvamos unos años atrás para situar los acontecimientos. El 9 de febrero de 2011 yo había recibido un correo que decía así:

Buenos días. Soy Miriam Trujillo Rodríguez. Antes que nada agradezco que mi padre haya retomado el gusto por la lectura. Más que el gusto, el hábito que nunca ha tenido por falta de tiempo, de ganas, porque apenas estudió y no tenía la costumbre... Mi padre, Adolfo Trujillo Pelayo, es nacido en un monte conocido como El Puntal, muy cerca del cortijo de Iruela y de Facinas, que evidentemente es el lugar de nacimiento oficial. Desde que en su última visita a Cádiz le dejaron un libro tuyo anda superentretenido e interesado, ¡lo relee como si fuera una revista!

Miriam se refería a mi libro «Memoria de Juan Quero». Me pidió que se lo enviase a una dirección postal en Cerdanyola del Vallès (Cataluña), junto con



otro trabajo donde recojo testimonios de mujeres de Facinas y Tarifa: «Hambre, gracias a Dios, nunca pasamos». Y se despidió agradeciéndome «recoger tanta sabiduría y experiencias». En mi respuesta le hablaba de la satisfacción que como escritora me producía ese despertar de interés en su padre.

Este nuevo contacto supuso un enorme avance en mi acercamiento a la vida cotidiana de la gente en los poblados de chozas. Tres años después, impresionada por la visita a Los Boquetillos, escribí a Miriam para saber si el azar conjugaba mi verano en Tarifa con la estancia de sus padres. Efectivamente en esas fechas Adolfo Trujillo y Charo Rodríguez estaban pasando unos días en la pedanía de Pelayo (Algeciras). Se alojaban en casa de Ana Trujillo, hermana de Adolfo que también había vivido en El Puntal.

Ana Gomar se ofreció a acompañarme a la casa de Ana Trujillo. Nos propusimos hacer una entrevista abierta en profundidad: adentrarnos en su recorrido biográfico con preguntas abiertas y sugerencias. En un recorrido de vida la casa siempre tiene su protagonismo, simplemente porque es el espacio donde cocinamos y comemos, donde recibimos y somos acogidas, donde convivimos, descansamos y nos recuperamos, donde hacemos parte de los trabajos que nos aportan dinero o bienes para vivir... La historia de las viviendas nos lleva a la historia de las personas, y la historia de nuestra vida es también la historia de nuestra casa.

La entrevista abierta también permite sacar a la luz vacíos de información y desmontar nuestra mirada sobre la vida e historia de las mujeres. He constatado cómo las mujeres sacaban adelante a sus familias con jornadas múltiples e interminables, las niñas y niños participaban en trabajos como el carboneo y la recolección de palmito y de poleo (considerados exclusivos de los hombres) y supe que robar era una forma de sobrevivir digna, frecuente y necesaria.

Ana, Charo y Adolfo tuvieron la amabilidad y paciencia de contestar a todas las preguntas que Ana Gomar y yo quisimos hacerles. Señalaron los acontecimientos de su biografía desde sus prioridades y filtros de memoria, con el mérito de resistir varias horas de calorina sentados ante la cámara de vídeo. Con cada pregunta nuestra uno iniciaba la respuesta y los otros dos subrayaban, completaban o corregían, siempre con respeto y confianza.

Creo que los tres disfrutaron tanto como nosotras de esta precipitada cita. Estaban encantados de rememorar su infancia y juventud, y sin duda se sentían agasajados por nuestra muestra de interés.

Como mujer y como hombre, Ana y Adolfo han vivido realidades de comunicación y relación muy diferentes. Adolfo vivió en Cataluña desde finales de los años sesenta mientras que su hermana Ana siguió residiendo en la



comarca una vez salió de El Puntal. Además se llevan muchos años. Por eso sus hablas son muy diferentes. El relato adaptado conserva cada una de las voces, de modo que la lectura nos sitúa ante su propio diálogo.



Charo Rodríguez, Adolfo Trujillo y Ana Trujillo durante la entrevista. Barriada de Pelayo (Algeciras). Foto: Ana Gomar.

La participación de Charo

Charo, la madre de Miriam, nació en una casa de Pelayo (Algeciras). Miriam me aclaró:

Mi madre (Rosario Rodríguez Martínez, Charo para los amigos) con seis años se trasladó a vivir a una casa cerca de mi tía Ana, una casa de Pelayo pequeña de dos habitaciones y con un gran huerto. Tenía escrituras de la casa y actualmente vive en ella una pareja de ingleses.

Mis abuelos maternos tenían tierras, un cortijo en Pelayo con animales y gente trabajando. No vivían nada mal comparado con



la historia de mi padre y mi tía. Mi abuelo materno, Juan Rodríguez (conocido como Juan Sabona) cuidaba el cortijo y las tierras, y mi abuela materna era ama de casa. Mi madre tiene dos hermanos, una hermana menor y un hermano mayor.

Ella conoció primero a mi *tita* Ana (eran vecinas) y a raíz de ella conoció a mi padre. Mi padre llevaba ya unos años en Barcelona e iba a visitar a mi tía Ana para vacaciones y otras fiestas.

Durante la infancia y juventud de Charo muchas familias sobrevivían trabajando en huertos de las fincas que rodeaban la ciudad de Algeciras, camino de Los Barrios y de San Roque. Parte de las cosechas cubrían la alta demanda de verduras de la población civil y de los destacamentos militares en la cercana colonia de Gibraltar. Una gran mayoría de mujeres trabajaba además sirviendo para familias ricas, en el estraperlo o el contrabando y en la industria del sexo.

Los hombres también se buscaban la vida en el contrabando y trabajaron en la construcción de fortificaciones militares y viviendas, y en los puertos de Algeciras, La Línea y Gibraltar. Un ambiente semiurbano obrero y marginal parecido al que conocieron Pepa Sarmiento y Quica Rojas a su llegada a La Línea.



Miriam y Raquel Trujillo Rodríguez junto a Charo Rodríguez y Adolfo Trujillo. Tomada en Zaragoza el 9 de enero de 2016.

Charo añadió un interesante contrapunto a la entrevista, dado su diferente origen social. Además sugirió a Ana y a Adolfo temas y ejemplos que enriquecieron la entrevista. Su carácter afable también colaboró: ella se reía al escuchar a su marido y su cuñada hablar sobre las penosas condiciones de vida en El Puntal.

A decir verdad, los tres recurrían a las ironías y las hipérbolas para espantar el dolor por lo vivido y para celebrar que ese tiempo injusto se acabó. A un mismo tiempo sus discursos transmiten afecto por los espacios y momentos vividos. Las huellas del dolor y la nostalgia, ambas en pugna o en convivencia, son claves en las vidas de estas familias en poblados de chozas aislados.



Tras la entrevista en Pelayo enviamos a Miriam las fotografías y grabaciones. Desde entonces nos hemos mantenido en contacto por correo electrónico. Ella me mandó fotos de su historia familiar y datos biográficos de su madre, su padre y su tía, que sumé a mi trabajo. Además me pidió añadir estas reflexiones personales:

La verdad que estoy descubriendo cosas de la infancia y juventud de mi padre y mi tía que desconocía. A veces parecen no querer hablar mucho del tema. En los audios que escuché de tu visita a Pelayo comprobé que no manifestaban abiertamente que habían pasado hambre, cuando yo se lo he escuchado decir muchas veces. Parece que les de pena reconocerlo delante de alguien extraño.

Mi padre, según mi tía, colaboró siempre que pudo en las tareas del hogar. Dada la edad de mi padre y la zona de la que venía, con un machismo muy latente, francamente me sorprende que siempre haya tenido las ideas muy claras en lo que al funcionamiento de la familia y las tareas del hogar se refiere. Quizás la necesidad forjó su personalidad.

Mi tita Ana ha trabajado mucho en toda su vida. Siempre para señoritos de la zona que no fueron especialmente generosos ni atentos con sus trabajadores. Como tantas otras mujeres tuvo una infancia muy dura. Se ha dado siempre mucho a los demás. Primero a su madre, luego a sus hermanos y después a sus hijos y a su marido. Me resulta sorprendente que no se queje o recuerde con rencor ciertas etapas de su pasado. Al contrario, tiene un carácter fácil para asumir lo sucedido y para dar gracias por lo recibido.



ANA Y ADOLFO TRUJILLO PELAYO

Entrevista en profundidad

CONTENIDOS

Guardando cerdos, cabras y vacas
Y barrer, y traer agua y lavar
La pared de piedra y encima la castañuela
Un horno para tres o cuatro vecinos
Entró la enfermedad y se la llevó
Nacimos en una choza
Un maestro venía a dar clases
No querían que supiéramos mucho
Las mujeres éramos esclavas
Estábamos aislados



Guardando cerdos, cabras y vacas

ADOLFO⁶¹:

Me llamo Adolfo Trujillo Pelayo. Nací el 9 de mayo de 1943 y soy el cuarto de cinco hermanos. Mi hermana Ana, que nació en 1935, es la mayor. Le siguen Francisco y María. Luego nací yo y la última mi hermana Juana, que nació en 1945.

Empecé a guardar animales cuando tenía nueve años. *A lo primero* cuidaba los cerdos de Francisco Guerrero, del cortijo de El Alamillo. Y después cabras, vacas... De todo. Esto era los trescientos sesenta y cinco días del año sin fiestas ni nada, porque el que trabaja con animales no puede permitírselo. Por la noche llegaba de estar con los animales y ayudaba trayendo leña, cazando algo para comer y limpiando. No es que hubiera hambre pero tampoco sobraba; había lo justo. Animalillos todos tenían: cabras, gallinas y algún cochino.

El poco tiempo que quedaba para jugar, jugaba con piedras, con aros que tirábamos por las pendientes, al escondite, a la correa y poco más. De escuela nada. Por la noche íbamos donde un vecino que no sabía mucho y que nos daba un poquillo de lección para sumar y poner el nombre.

A los catorce o quince ya estaba arando con una yunta de bueyes; bueno, la yunta era de vacas y mulos. Sembraba trigo, habas, garbanzos... Trabajaba para el cortijo de El Alamillo primero y después en el cortijo de El Acebuchal y en el cortijo Iruela.

Malo, malo, no te ponías. No sé si daba la casualidad o Dios no lo permitía. Fiebre sí teníamos pero de seguida te curabas. Y si te hacías daño con algo te curaban allí mismo. Una vez *me se* clavó en el dedo gordo una puya de chumbo y con hoja de *marva* cocida en agua me curaron⁶².

ANA:

Lo que más te ponían era un tomatito chico: se partía, se calentaba, lo ponías en el grano o lo que fuera y lo amarrabas con... con vendas no; con un trapito blanco. El tomate maduraba el grano, lo ablandaba hasta que sacaba la raíz, la parte mala.

El Viernes Santo subíamos a La Silla del Papa nosotros a coger la tila, que llamamos a la flor del *majoletto*. Y *rompepiedras* cogíamos también para curarnos,

61] El nombre que precede a cada grupo de párrafos indica quién habla.

62] El chumbo es el fruto del cactus llamado chumbera (*Opuntia ficus-indica*), que tiene finas espinas o puyas. *Marva* es la malva (*Malva sp.*).



una hierbita muy chiquitita que tiene una flor azulita. Eso lo hervían, lo colaban y se lo tomaban para el riñón⁶³. Era muy malo el camino porque había muchos pinos. Cogíamos unos manojos de esas hierbas y merendábamos o almorzábamos lo que lleváramos. Allí hay como un sillón de piedra y por eso siempre le han dicho La Silla del Papa, y todos iban a sentarse ese día allí.

En El Puntal había acebuche. Y alcornoque o *chaparro*, el de la bellota⁶⁴. Pino también, pero menos. Y *lantisco*, que es más bajo. *Carlitos* había muchos. Álamo también. Nosotros teníamos uno grande allí en mi casa delante del horno pero ya el tronco se cayó⁶⁵.

ANA:

Y para lavarme, en un baño de aquellos de aluminio. Primero me lavaba por arriba la mitad del cuerpo y *aluego* la otra parte del cuerpo *adentro* del baño.

Teníamos un huerto con patatas, tomates, pimientos y poco más. Para regar teníamos que traer el agua de una fuente. ¡Y tú no puedes regar mucho trayendo cántaros de agua! Había un arroyo bastante lejos y ese arroyo en mayo, adiós. Por eso sembrábamos poca cosa. La fuente estaba cerquita. El agua iba saliendo y no duraba allí ni un momento porque todas las vecinas iban a por agua. *Los* metíamos⁶⁶ dentro de la fuente en dos piedras que había para apoyarnos y con un jarrito llenábamos el cántaro.

ADOLFO:

Te llevabas un trapito blanco por si había bichitos en el agua, lo ponías en la boca del cántaro como si fuera un colador y la pasabas con un jarrito.

También se hacían pozos. Hacían un boquete y después lo iban cubriendo con piedra en forma de anillo, hasta arriba. ¡Digo! Dos o tres hombres cavando allí abajo y otro con un cubo o con espuelas de tierra para fuera. Hasta que encontraban la vena, o sea que veían que ya salía el agua.

63] El *majoletto* es el majuelo blanco o majuelo (*Chrataegus monogyna*), a cuya flor llamaban tila. Rompepiedra es *Lepidium latifolium*.

64] El alcornoque (*Quercus suber*) es también llamado chaparro.

65] *Lantisco* es el lentisco, ya citado. *Carlitos*, también llamados *garlitos*, *calitos*, *ucalitos* o *acalitos*, son eucaliptos (*Eucalyptus sp.*). Los álamos podrían ser ejemplares de álamo negro o negrillo (*Ulmus minor*).

66] Ana sustituye el pronombre *nos* por la partícula *los*.



Y barrer, y traer agua y lavar

ANA:

Yo me llamo Ana Trujillo Pelayo y nací en el 35, el día 5 de octubre, en El Puntal. Me casé con Antonio Benítez después de morir *la mama*, en el 59. Seguimos viviendo en El Puntal y en 1960 nos fuimos para Huerta Regino en Algeciras. La boda fue sencilla, nos casamos en Facinas y hubo pocos invitados. Algunos de mis hermanos no pudieron venir: unos porque no tenían ropa adecuada que ponerse y otros porque estaban trabajando. Mi hermano Adolfo no estuvo. La comida de la boda fue una gallina, que resultó bastante dura.

Boda de Ana Trujillo y Antonio Benítez en 1959, en la iglesia de la Divina Pastora de Facinas.



De chica *gastaba cuidado* de mis hermanos porque mi madre tenía que ir todos los días a Facinas a recoger el pan de la ración, como le decían. Y barrer, y traer agua y lavar. Recuerdo que barría con una escobita chica los patios que había. ¡Hacía todo lo que podía!

Mi padre nació en 1903 en un cortijo que le decían Las Cumbres, donde vivían mi abuelo, Adolfo Trujillo Escribano, y Ana Toledo, la abuela paterna. Fueron diez hermanos. Un hermano de mi padre empezó a comprar las tierras de este cortijo. Como mi padre vivía en El Puntal y no podía acudir el hermano las fue vendiendo todas, ¿sabes tú? ¡Nosotros podíamos tener tierras y que mi gente *bieran* sembrado allí!⁶⁷

67] Ana dice *bieran* por hubieran.



Francisco Trujillo Toledo (1901-1978), padre de Ana y de Adolfo Trujillo. Foto realizada en Tarifa hacia el año 1970.

Tres años estuvo mi padre en Melilla en la guerra. Era de la quinta del 27. Y hasta los tres años no vino él a la casa porque no le dieron permiso. Él decía que cuando regresó ya no conocía cómo llegar. Después fue a El Puntal a casarse con mi madre y allí se hicieron una casita. Esto fue poco antes de la guerra civil.

Desde que se casó mi padre trabajaba en los cortijos donde había una *peoná* y ya está⁶⁸. Cuando *se metía de llover*, que se llevaba meses lloviendo, no había trabajo ninguno.

A los cortijos fui yo a limpiar, a ayudar y a lavar. Al cortijo de El Acebuchal y al de Iruela⁶⁹. Pero muy poco tiempo, porque tenía que atender a mis padres y a mis hermanos, con el apoyo de mi abuela, Aurora Triviño. Ella había nacido en El Almarchal y era la madre de mi madre. Se había casado con Francisco Pelayo, que también era de El Almarchal, y habían tenido seis hijos.

No te pagaban casi nada. Y cuando se hacía matanza íbamos a ayudar pero dinero no te daban. Mi hermana María, que tenía cinco años menos que yo, con ocho años empezó a trabajar en el cortijo Iruela.

Allí *ancá* mi tía a la lotería jugábamos mucho⁷⁰. A las cartas yo no jugaba porque las cartas a mí no me han gustado nunca. Y ya *por último*, que la cosa fue a mejor, se hacían fiestas y nos reuníamos, bailábamos el *chacarrá* y se hacían carreras de cintas⁷¹.

La pared de piedra y encima la castañuela

ADOLFO:

Los terrenos donde vivíamos eran del Ayuntamiento. Cada uno se hacía su casa y no había que pedir permiso a nadie. Mi abuelo materno tuvo cinco hembras y

68] Una *peoná* o peonada es la obra o trabajo que un peón o jornalero hace en un día.

69] Caminando desde El Puntal, el cortijo o finca de Iruela está antes de llegar a Tahivilla, y el cortijo de El Acebuchal está antes de llegar al poblado de La Canchorrera.

70] *Ancá* significa «en casa de».

71] El *chacarrá* es el fandango campero o fandango tarifeño. Tiene relación con los verdiales malagueños.



todas hicieron la casa donde él. Se casaba a lo mejor un hijo y hacía otra casa cerquita. O sea, otra choza. Él tenía papeles de su casa, lo que pasa es que se fue dejando todo. Nosotros no teníamos papeles; no es como ahora que todo se escritura.

Casi todas las casas tenían dos partes separadas: la cocina, que era grande, y otra casa más aparte para dormir, separadas por un patio en medio con techo de parra. A la casa de cocinar se le llamaba la *gañanía* y a la de dormir le llamábamos la casa blanca. Si esa casa era algo grande, por medio le hacían un tabique de cañizo de caña o le ponían unas cortinitas para sacar una alcoba. En este lado había dos camas y en el otro lado otras dos. Y la *escupidera* siempre debajo la cama⁷².

En un rincón de la cocina se hacía de comer. En una esquina había un cuadro que le llamábamos el *fogarín*, donde se hacía fuego de leña para calentarte y para hacer alguna que otra comida. Aparte había un poyete con una hornilla de carbón que tenía un cuadradito para hacer el puchero y para calentar la plancha con carbón.

ANA:

Chimenea no teníamos. Había un tubo del corcho que se cogía cuando descorchan los *chaparros*, era parecido a la chimenea. Lo sacábamos por un lado para que no hubiera mucho humo.

ADOLFO:

Todo el mundo hacía casas. Como las casas eran de aquella manera, no tenían que pensar que si aplomo, que si... Y se hacían con la ayuda de los vecinos. Siempre había algunos que sabían mejor. ¡Allí había dos o tres que ponían ladrillos y todo!

La pared de la casa tenía una altura de metro y medio más o menos, de piedra y a veces con barro del campo mismo. Y techada iba con maderas de acebuche. De vértice a vértice iba como una viga. Después se ponían maderas de acebuche en paralelo a la caída del techado y cañas una, otra... atravesadas. Y ya encima iba la castañuela cosida con una aguja larga parecida a un estoque, con cuerda de *toniza* que hacíamos nosotros mismos. Castañuela de La Janda, que la tenías que coger a escondidas, ¡porque venía el guarda y te la quitaba! Cuando te dejaba llevarla era por lástima⁷³.

72] *Escupidera* es el orinal.

73] Antonia Cote dijo que techaba su choza con palma porque no les dejaban coger barrón en la playa.



ANA:

En la castañuela se metían las culebras. Mi hermana a veces no entraba en la casa por temor a las culebras. Las alpargatas viejas que ya estaban rotas, ¿tú sabes para qué las usábamos? Las prendíamos y las culebras se van con ese olor. Los zapatos que no servían, ¡ya ves cómo estarían los zapatos! les metíamos fuego. ¡Digo si se iban!

Cuando encendíamos la candela dentro de la casa a veces llegaban las llamas muy arriba y nos daba mucho miedo que alguna chispa cayera en la castañuela. ¡Allí se hubiera quemado todo! De noche poníamos una palangana vieja así boca abajo encima de la candela, por si quedara una chispilla de brasa y con el viento saltara. Como había mucho viento de Levante...

ADOLFO:

A Chan se le quemó el pajar. Y también a Juana Bejarano de El Acebuchal. Teníamos suerte de que no pasara más.

Nina Campano, que nació en 1937, escuchó muchas veces el relato sobre el incendio de su casa, que era de piedra y castañuela. Fue hacia 1940, cuando ella tenía cuatro años:

Un día de verano mi madre se encontraba sola en su casa con sus niñas y vino un fuego que iba arrasándolo todo. El fuego se les había escapado a los prisioneros que estaban haciendo la carretera de Facinas a Puertollano⁷⁴. Mis hermanas lloraban pidiéndola que cogiera la foto de mi padre, porque sentían como si se fuera a quemar él⁷⁵. Mi madre metió la foto y la máquina de coser en un horno de pan que había allí.

Mi madre y mi hermana Juana llevaban las cabras y mi hermana María me cogió a mí en brazos. Ella dice que cada vez que llegaba a una pendiente me soltaba y yo salía rodando.

74] Se refiere a Batallones de Trabajadores, formados por presos republicanos que hicieron trabajos forzados en los primeros años de la dictadura franquista. También llamados campos de concentración. En el término de Tarifa hubo varios Batallones de Trabajadores que construyeron una red de carreteras y pistas para facilitar el acceso del personal militar y material bélico en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y del conflicto con Gibraltar.

75] Recordemos que al padre de Nina se lo llevaron detenido al empezar la guerra de 1936-1939 y nunca apareció.



El fuego destruyó todo a su paso, incluida la casa de mi madre. Cuando regresamos al lugar no había más que ceniza y piedras. Mi madre tuvo que empezar de cero con las tres chiquillas, con la ayuda de sus hermanos, que nunca la dejaron sola.

Un horno para tres o cuatro vecinos

ANA:

Nosotros teníamos un horno para hacer pan. Mi abuelo sembraba trigo. Iba mi padre al molino de Facinas casi de noche, molía una fanega de trigo o media y con eso hacíamos el pan. Como todo el mundo estaba igual de mal a la mejor venía uno a tu casa, «Ay, déjame una *telera* de dos kilos» (*telera* le decían entonces a ese pan). Al otro día eras tú la que necesitaba pan y quedábamos todos en paz. Y todo esto a escondidas, ¡porque como te cogieran...!⁷⁶

En El Puntal había tres o cuatro hornos: Inés tenía y Torres también. Un horno a lo mejor era para tres, cuatro o cinco familias, las más cercanas. El que no tenía horno, si el vecino tenía no había problema: «Yo voy a *amasar* hoy». La leña la tenía que llevar cada familia que lo usaba. En el verano siempre había que tener dos o tres cubos de agua por alrededor del horno. Si saltaba una chispa, como las casas eran de castañuela, ¡te quedabas sin casa!

Mi madre *amasaba*. Cuando se puso mala no podía hacer fuerza con el brazo y entonces *amasaba* yo. Lo tocaba con la mano y si sonaba a hueco es que ya estaba listo para echarlo al horno. De esa masa guardábamos un poquito para otra vez que *amasábamos*; eso era la levadura. Todo eso lo hacíamos las mujeres. Menos cargar la leña; la leña la traían ellos.

En el horno ponían una argolla por arriba y a veces colgaban una olla pequeña con una cadena y cocían alguna cosa. Cada vez que hacíamos el pan si había tocino del puchero hacíamos tortas de cardas para almorzar. Añadíamos el tocino a la masa y lo *amasábamos* muy bien hasta que la masa se ponía muy suavita. Después le dabas forma de torta muy *estiraíta*, le hacíamos unos pellizquitos y le echábamos *una poquita* azúcar. Cuando se sacaba el pan del horno se metían esas tortas.

76] El pan se hacía a escondidas por el racionamiento. Entre 1939 y 1954 se estableció en España el control de la producción y venta de harina, pan, azúcar, aceite y otros productos básicos.



ADOLFO:

En las cenizas que quedaban en la brasa ponían boniatos a cocer, que estaban buenísimos⁷⁷. Y tortas de aceite también hacíamos. A la harina le echábamos aceite, azúcar y canela, hacíamos ls tortas y las poníamos sobre una palma del campo para que no se pegara la ceniza ni el carbón en el horno.

ANA:

El horno creo que está allí todavía. Es hecho de piedra, redondo y muy grande, por eso cabía mucho pan. Se hacía con ladrillos duros de *piedra jabaluna*, una piedra que no saltaba con el calor⁷⁸. Empezaban a poner las piedras de puntita por abajo, hacían la forma redonda y cerraban arriba. Como mezcla se usaba una tierra *colorá* muy buena que cogíamos allí mismo. Le llamaban *calamocha*.

Echaban por encima del horno mucha tierra hasta cubrirlo todo para que aguantara bien la calor. Y como la tierra se colaba por los agujeros entre las piedras y nunca quedaba bien ajustado, le poníamos encima una torta de una hierba que le decían *mastranto*. Esa planta sujetaba la tierra y aguantaba mucho la calor. Así no salía ardiendo el horno⁷⁹.

Los animales se subían en lo alto del horno para jugar. Los perros, los gatos, los corderos, los chivos... Y el horno se iba estropeando. Cuando se veía que por algún lado le faltaban piedras había que arreglarlo.

Yo amasaba en un *lebrillo* redondo⁸⁰ que teníamos puesto en una esquina, en un poyete hecho con piedras y *calamocha*. Una vez se encendía la candela dentro del horno se dejaba consumir. Cuando los ladrillos se veían blancos por dentro es que ya estaba caliente para meter el pan. Por los *laítos* de la puerta de hierro metíamos cosas para que no se fuera la calor. Y a la *mijita*⁸¹ de echar el pan

77] El boniato o batata (*Convolvulus batatas*) es un tubérculo que agradece el sol y no soporta las heladas, por lo que se cultiva más en el sur que en el norte y centro de la Península ibérica. Se ha considerado alimento de pobres y se ha consumido mucho en épocas de escasez.

78] La *piedra jabaluna* es un tipo de arenisca silíceo dura y refractaria que al mojarse toma el color oscuro de la piel del jabalí. Es también llamada losa de Tarifa.

79] El *mastranto* (*Mentha suaveolens*) es una planta similar a la hierbabuena. Crece en suelos húmedos y tiene hojas y tallos muy pilosos. Su gran contenido hídrico evita que prenda con facilidad.

80] Un *lebrillo* es una fuente o artesa grande de cerámica.

81] Una *mijita* es un poquito.



abríamos esa puerta un poquito porque si estaba demasiado caliente al pan le salían pompas.

Casi siempre teníamos gallinas. Dentro de la *gañanía*, en el rincón del fondo tenía el gallinero donde dormían. Si las dejabas fuera por la noche, se las llevaba el perro o los *bichos montunos*⁸²; ¡cuando no se las llevaba el gitano! Tú hacías un gallinero para las gallinas y también lo hacías con piedras, pues piedras había para dar y tomar.

Entró la enfermedad y se la llevó

ANA:

Mi madre, cuando era muy joven nos dejó a todos. Tuvo en un pecho un cáncer y murió con cincuenta y seis años. Los cinco hermanos eramos chicos y yo era la mayor. *Pasamos* mucho. Teníamos que comprar la medicina que fuera porque ella no podía aguantar el dolor. Entonces no había *seguro*⁸³. A ella la habían operado en Algeciras hacia 1954 y la habían quitado un pecho pero a los pocos años recayó. Entró la enfermedad y se la llevó.

ADOLFO:

Doce o trece años tenía yo. Recuerdo que trabajaba en ese tiempo guardando unos cochinos. Unas cabrillas teníamos, que nos daban mucha leche y hacíamos quesitos; catorce cabrillas que las tuvimos que vender para pagar la operación.



Juana Pelayo Triviño (1903-1958), madre de Ana y Adolfo Trujillo Pelayo, nacida en El Almarchal. Foto tomada en 1934 en Facinas, antes de casarse.

82] *Bicho montuno* es un animal silvestre.

83] Se refiere a la Seguridad Social.



ANA:

Llevamos a mi madre a Cádiz y allí estuvimos veintitantos días ella y yo. Una conocida me buscó una casa donde trabajar porque yo no podía pagar una pensión. Estaba de sirvienta en la casa y por las tardes cuando tenía libre me iba con mi madre.

Ya el médico me dijo que en el hospital no podían hacer nada y que en casa estaría más tranquila. Llegamos en el autobús al Puerto de Facinas, a unos cuatro kilómetros de El Puntal. Yo la tenía a ella agarrada a mi vera, ¡porque no podía estar de pie! Y mandé recado con un vecino a mi padre. Bajó mi padre con una burra, una almohada y una *jamuga*, que es como una silla de madera para montar sobre la bestia. Así la llevamos para El Puntal.

Y allí en la casa murió ella. Mi hermana Juana tendría ocho o nueve años. A esa la he criado yo, se puede decir. Mi abuela estaba muy mayor la pobre y había que estar al cuidado de ella, *se fuera* a caer. No podía ayudarme pero me daba *compaña*.

ADOLFO:

Yo me acuerdo cuando murió la mama. Era septiembre y Curro el nuestro estaba ya arando. Al llegar vio gente fuera de la casa, entró y colgó allí la *capachilla* donde llevaba el *costo*⁸⁴. Y yo venga a llorar en una camilla en el rincón. Me dieron un huevo duro una vecina. ¡Me cocieron un huevo duro!

CHARO:

¡Te dieron un alimento!

ADOLFO:

La caja la habían encargado en Facinas. Y para traerla⁸⁵ a ella al cementerio de Facinas la caja se ponía *atravesá* en la bestia. Como hay tanto árbol no puedes coger por una *verea* de aquellas. Árbol aquí, árbol allí... ¿Qué hacemos? Yo no me explico por qué la poníamos *atravesá*. ¿Sería por algún misterio? Por tradición sería⁸⁶.

84] *Capacha* o *capachilla* es una espuerta de palma tejida, y *costo* es la comida que se llevaba al trabajo.

85] En ocasiones se usa el verbo traer por llevar.

86] En su intento por entender, Adolfo menciona el atraso (falta de desarrollo), el misterio (inaccesible a la razón y objeto de fe) y la tradición (doctrina o costumbre).



ANA:

Pasaba el entierro camino del cementerio y otros que estaban trabajando en el campo a quinientos metros se quitaban la gorra y bajaban la cabeza. Entonces nada más que iban los hombres; las mujeres no iban al entierro ninguna. Cuando estaba enterrada ya sí podías tu ir a llevarle un ramo de flores. Y en el duelo y cuando le hacíamos la misa sí estaban todos.

CHARO:

En Algeciras tampoco iban las mujeres al entierro. La sacaban de la casa los hombres, las mujeres salían a la puerta a despedirla y ya se metían para adentro.

Nacimos en una choza

ANA:

Podría haber ciento y pico de personas en El Puntal. Quince o veinte casas y en cada casa un promedio de siete u ocho personas, algunas diez. ¡Entonces en la familia había tantos! Mi abuela, la madre de mi madre, *recogió* muchos niños en El Puntal. Las mujeres mayores daban a luz en las chozas⁸⁷.

Los cinco hermanos Trujillo Pelayo en la casa de María Trujillo. De izquierda a derecha: Curro, Juana, María, Ana y Adolfo. Facinas, 1998.



87] *Recoger* aquí significa atender en el parto. Quica usó esta palabra en su acepción de acoger o tener en acogida.



ADOLFO:

Yo nací allí en El Puntal, en las chozas. Allí me *recogieron*. Y María y Juan. Todos nacimos allí. Cualquiera de las viejas metía mano y con agua...

ANA:

En Facinas había comadronas. Luisa la Comadrona y María Castilla, que *recogía* a los niños de Facinas y del campo. Eran aficionadas, no habían estudiado eso. Allí en Facinas nacieron dos de mis hijos: Francisco (uno de los mellizos) y mi Juan. Y en el hospital de Tarifa los otros tres: Isabel, Antonio y Calixto. La primera vez que di a luz me fui en casa de los padres de mi cuñada en Facinas.

La comadrona sabía atenderte si venía bien el niño. Mientras pasabas los dolores ella nada más que decía, «ya está aquí, ya está aquí». «¿Ya está aquí?». ¡Y yo no sabía que traía dos niños! Me puse en dos o tres días hinchados los pies y todo, porque *me entró albúmina*. Tuvo que ir mi marido a Tarifa por Manuel Cobos, el médico privado. Cobos me sacó al niño y la placenta. Me puse muy mala porque estuve lo menos tres días sangrando.

Me vivió uno de los mellizos nada más. Al otro *le entró la cetona*⁸⁸ cuando entró en la cuarentena. El médico estaba en Cádiz y vino muy tarde, y el practicante que había no le quería poner nada al ser tan chico. Yo tendría unos veintidós años. Un año después nació mi hijo Juan Antonio.

Se mataba una gallina cuando nacía el niño. Los días que la mujer estaba en cama le daban caldo bastante. Cuando se mataba la gallina por dos o tres días tenías que ponerla de comer. Como no tenías luz ni tenías nevera no podías guardar un caldo porque se ponía agrio. Allí había muy buenos vecinos. Nos llevábamos todos muy bien y si te hacía falta... La gallina la dejaban para la que tenía el niño y lo que hubiera de más también era para ella.

ADOLFO:

Si había un huevo o dos, para la que estaba para parir o la que estaba enferma. Si había un plátano, lo mismo.

ANA:

Los niños se llevaban a la iglesia de Facinas para bautizarlos. Iba el padrino y alguien más pero los padres no iban. Yo no fui a ningún bautizo a *echarles el agua*.

88] Altos niveles de albúmina en la sangre pueden ser síntoma de preeclampsia, una complicación del embarazo. Al bebé le subieron los niveles de cetona por una deficiencia en la regulación de la glucosa en sangre.



CHARO:

Y para apuntarlos cuando pasaba alguien a lo lejos le daban una voz: «¡Oye, apúntame al niño, que ya ha nacido!». Y le decía el otro a voces, «¿Qué?», «¡Que me apuntes al chiquillo!». Lo apuntaba en otra fecha o lo ponía como niño porque de lejos no se enteraba, ¡y *ahora* era una niña! ¡Y luego la avisaban para hacer el servicio militar!

ANA:

Tú vas al Juzgado de Tarifa a sacar un papel ¡y qué pocos niños hay bien apuntados! Adolfo nació el día tres y tiene apuntado el nueve y mi hijo el mayor nació el día nueve de diciembre y figura el dieciséis. Además, ¿sabes lo que pasaba? Que el que apuntaba a los niños en Facinas no iba a Tarifa sino cuando tenía varios asuntos. Y como no lo anotara en el momento que tú le dijeras cuando llegaba al Juzgado ya no lo recordaba: «bueno, ponle tal día» o «ponle tal nombre».

Un maestro venía a dar clases

ANA:

A nosotros nos pillaba muy lejos la escuela de Facinas. ¡Era más de una hora caminando! En nuestro tiempo era un camino muy malísimo y, si estaba *lloviendo*, ¿cómo íbamos? Cuando han puesto los molinos han hecho allí muchos carriles *que* entran coches. Desde Las Cumbres hay una pista por donde van unos autobuses chicos por los niños para llevarlos a Tarifa al colegio. Los niños del campo no se quedan ya sin escuela ninguno.

A Las Cumbres iba un maestro de campo y mi abuelo le pagaba. Eran once hijos. Primero daba lección a los hermanos y después a mis tías. Con ellos estaba más tiempo y con mis tías estaba un poquito menos. Se preocupaban por que aprendieran los niños porque no querían perder el contacto con ellos cuando se iban al servicio militar. ¡Pero las mujeres entonces parece que no habíamos nacido!

CHARO:

Con que el hombre tenía que saber y la mujer no. ¡Qué atraso! ¡Cuando oigo esas cosas me pongo negra!

ADOLFO:

El maestro de Los Boquetillos era Curro el Pequeño. Se llamaba Francisco Rodríguez Jiménez. Curro venía también a dar clases a El Puntal. Algunos le daban



cuatro o cinco duros pero ya aquello era un dinero. El que no tenía ni un duro le daba una docena de huevos, le daba un queso...

En El Puntal vivió un maestro. Se llamaba Iluminado Rodríguez y sabía mucho. Dos hijos tenía, una chica que se llamaba Iluminada y otro. Él vivía con Iluminada y el marido, que era ganadero. Cuando ellos vinieron a vivir a El Puntal ya el hombre era muy mayor. Era de aquellos viejos que todo el día se lo llevaba en una cueva en una *laja* un poquillo más para allá, haciendo *toniza*. Se encendía su candela y no se mojaba en la *laja* aquella⁸⁹. A él le gustaba estar así.

ANA:

Mi padre sabía muy bien de cuentas y cuando comprábamos lo apuntaba todo. Él no leía y madre tampoco. Mi abuelo paterno sí sabía y lo mismo mi abuela por parte de mi padre. Por parte de mi madre no sabían nada. En mi casa fuimos cinco y ninguno aprendió con un maestro. Mi madre siempre le decía a mi padre que *los* pusiera a nosotros en una pizarra nombres y cosas para aprender. De noche *los* alumbrábamos con un quinqué con *gas* y como se acabara el *gas* tú ya no podías escribir⁹⁰.

ADOLFO:

Para alumbrarnos estaba también el candil o piquerita donde ponían una *torcía* con aceite. Y los gatos, que estaban *esmayaos*, ¡todas las noches se comían la *torcía* del candil!⁹¹

ANA:

Teníamos un farolito con cristalitos parecido a las farolas aquellas antiguas para que la llamita no se apague con el viento. Si había males o pasaba algo íbamos con eso en la mano a avisar a quien fuera: «Ve a *lo de* esta». ¡Sin el quinqué tú no podías andar, de piedras que había y de oscuro que estaba!⁹²

ADOLFO:

Yo aprendí a escribir mirando a los demás. Y con un vecino, Antonio Silva, que iba un ratillo por la noche a mi casa con una cartilla. A los veintidós años hice

89] *Laja* es una roca grande y plana.

90] En la zona se llama *gas* al petróleo destilado o queroseno.

91] *Torcía* es la mecha del candil. *Esmayao* significa muy débil o muerto de hambre.

92] «*Lo de*» se refiere al comercio o la casa de alguien. La expresión «*lo de ésta*» equivale a «la casa de ésta».



el servicio militar. Por la tarde venían dos maestros que los ponían los mismos militares: uno para los analfabetos y otro para el que sabía algo más. Y con un poco de interés que yo ponía, no es que sepa pero me definiendo.

El servicio militar duraba trece meses. Fui poco a la casa porque no tenía dinero. Al acabar volví y me puse a trabajar de nuevo en los cortijos para ahorrar y poder irme a Cataluña. Allí ya vivía mi hermano mayor. El 3 de febrero de 1967 me fui a trabajar a Cerdanyola del Vallés, un pueblo cercano a Barcelona. Al llegar me alojé en una pensión y empecé a trabajar en la obra de una zanja. Poco después me metí a trabajar en una fábrica haciendo tubos de escape para la SEAT.

Una vez al año visitaba a mi familia en Cádiz. En una de estas visitas conocí a mi mujer, Charo. En el año 1976 nos casamos en Algeciras y vino a vivir a Barcelona conmigo. En el año 1977 nació mi primera hija, Raquel. En 1981 nació la segunda, Miriam. Las dos estudian en la Universidad y yo estoy muy orgulloso de ellas.



De izquierda a derecha, Miguel Casas, Adolfo Trujillo y Adolfo Toledo (primo de Adolfo Trujillo).

No querían que supiéramos mucho

ANA:

Los padres no podían pagar pero tampoco se pusieron a buscar por nosotros. A Facinas no nos dejaban ir ni un día que estaba bueno siquiera. Les parecía que eso no *los* iba a hacer falta, ¿tú sabes? No querían que supiéramos mucho.

Yo escuchaba a mi padre de un maestro llamado Castillo muy famoso en Facinas. De noche iban muchísimas personas a dar clase con él. Y enseñó a casi todos los que salieron de guardas⁹³. Castillo arreglaba a todo el mundo

93] Se refiere a guardias civiles. Para la gente más pobre del medio rural este trabajo era una de las pocas opciones de abandonar los trabajos duros del campo en condiciones caciquiles y asegurar una mínima estabilidad económica para su familia.



Ana Trujillo y Antonio Benítez con sus cinco hijos.

lo papeles. A uno que tenía ya tenía edad de jubilarse pero no tenía cotizado bastante, Castillo se liaba y el hombre conseguía cobrar. ¡Digo! *Estuvieran* muy apurados iban en busca de él. El hombre no ponía precio pero la gente siempre le daba algo. Los puntos que les daban por los niños a mi padre se los arregló él⁹⁴.

Nosotros desde 1960 vivíamos en Getares en una finca donde mi marido trabajaba de hortelano. Allí en 1962 nació la tercera hija, Isabel. Y mi hijo Antonio en 1963. Yo se lo dije a mi marido: «*cuantito* los niños tengan la edad de entrar a la escuela me voy de aquí». Y así fue. En 1967 vine a Pelayo y nació el pequeño.

Y de todo lo que *se ha pasado* el disgusto que tengo es de no ir a la escuela. Ponen una escuela aquí en Pelayo para los mayores. Tres o cuatro meses llevaría yo estudiando y *ahora* a mi marido le cortaron una pierna y me tuve que venir. Doce años que ha estado malo y no lo podía dejar porque no podía ir al cuarto de baño sólo. Año y medio no hace todavía que faltó. Ya quitaron la escuela porque iba muy poca gente pero ese disgusto me quedó a mí. Yo he firmado muy mal y mi nuera va conmigo siempre para arreglar cosas.

94] Se trata de Antonio del Castillo Altenburg, que nació en La Línea (Cádiz) hacia 1907. La estabilidad económica de sus padres le permitió una buena educación. Trabajó como maestro de campo en varios lugares del término de Tarifa entre los años cuarenta y sesenta.



ADOLFO:

Entonces el que sabía no tenía interés en que aprendiéramos. En los cortijos no querían que aprendieras. Le decían al padre, «¿qué edad tiene el chiquillo?». «Seis años». «Traetelo hombre, para que cuide los cochinos». Y respondía el padre, «es que tiene que estudiar». «¡Ná... déjate de aprender ni aprender! Déjate de escuelas. ¡Que trabaje el niño!».

ANA:

En el tiempo de la siega iba el *recovero* por allí en un caballo vendiendo. Y te clavaba. Si tú tenías huevos se los dabas o si tenías un chivo lo vendías, y con eso comprabas para comer. Café, azúcar, arroz, chocolate, carne de membrillo, higos pasados... Otra cosa no llevaban de comida. Había otro *recovero* que llevaba tabaco.

Como la mayoría éramos analfabetos él iba apuntando y cuando volvía a los quince días le decía la gente, «toma lo que te debo y bórrame de ahí». Y a lo mejor te lo dejaba apuntado. Por eso siempre le debías. Nosotros decíamos, «cuando cobremos lo de la siega podremos pagarle». Estabas dos meses segando y lo que sacabas era para el *recovero*.

Todos los días iba alguien a Facinas. Allí leían el periódico y venían diciendo, «ha pasado esto», «oye, que se ha muerto éste». Las cartas llegaban a *lo de Antonio Ruiz*, que tenía una tienda en Facinas, y cuando pasaba alguien de El Puntal se las traía para los vecinos.

En la guerra había muchas madres que todos los días esperaban carta de los hijos. Mientras que no recibieran carta estaban *desperás*. Los primeros días de guerra la familia mía de Tarifa se fue al campo porque decían que *los moros* venían. Se fueron casi todo Tarifa a las casas de su familia en el campo porque estaban asustados⁹⁵.

Paca, la madre de mi yerno, vivía en Los Barrios pero estaba sirviendo en Algeciras con el alcalde. Se metió dentro de un montón de habas en el almacén. ¡Como era tan chiquitilla...! Decía ella, «todos buscando por todos los lados y yo

95] En los primeros días de la guerra de 1936-1939 con la ocupación de Tarifa por las tropas de regulares procedentes de Marruecos (llamados «los moros»), parte de la población que vivía en el núcleo de Tarifa o en las aldeas huyó a los montes. Fueron acogidos por sus familiares y conocidos en chozas y cortijillos. Cientos de ellos emprendieron desde allí monte a través camino del frente o del exilio. Los demás retornaron a Tarifa semanas después. Ana Trujillo tenía entonces un año. Probablemente se trata de un relato oral familiar escuchado desde pequeña.



Ana Trujillo y Antonio Benítez. Antonio tiene en su brazos un nieto.

no salí hasta que no los vi». ¡Eso es para escucharle a ella!⁹⁶

En nuestro tiempo una vecina nuestra, una muchacha llamada Micaela, sabía un poquillo leer y les leía a las abuelas las cartas. Les daba dos o tres repasos pero se las leía. La Micaela sabía leer y leía *poco bien* pero escribir no sabía, ¡mira qué misterio! Iluminada la hija de Iluminado es la que escribía las cartas.

Las mujeres éramos esclavas

ANA:

Hoy en día mucha ropa se compra hecha pero entonces no tenías más remedio que hacer la ropa. Se hacían las camisas y los pantalones aquellos de mil rallas. Tú comprabas la tela en Facinas *en lo de* los Villanueva, pero *ahora* la tenías que hacer. Yo cuando era joven cosía; unas veces para atrás y otras para *alante*, pero cosía. Yo le he hecho a Adolfo ropa y a mi hermana la chica le he hecho los vestiditos.

Si tenías un vestidito o dos, lo tenías reservado por si pasaba algo: un duelo, una boda o para la feria de Facinas. Y en la feria se metía una *levantera* muy grandísima y el vestido se nos ponía en la cabeza. Y como entonces las mujeres no llevaban los pantalones... ¡Mira qué tontería! ¿Por qué sería? ¡Con lo bien que se está con los pantalones!

ADOLFO:

Entonces veías una mujer con los pantalones y decías que era un macho. O veías un hombre tendiendo ropa o barriendo y pensabas: «¡Ese es maricón!». ¡Qué atraso teníamos!

96] En julio de 1936 cuando Algeciras fue ocupada por tropas franquistas el alcalde era Salvador Montesinos Díez, miembro del partido Unión Republicana y masón. Fue asesinado pocos días después.



ANA:

Hoy los hombres ayudan a las mujeres. Porque si la mujer está trabajando y llega a casa y la comida no está hecha y están los platos sucios y le tiene que dar al niño... De joven yo pensaba que la mujer era para su casa y ya está. Ahora no. ¡Una *ha sido* tonta también! Porque yo *ha tenido* cinco hijos y él era muy trabajador pero *ahora*, de ayudar a los niños, en la casa o con una ropa tendida, no quería. Yo le daba a mi marido el niño chico liado en una toca para que le diera el biberón y cuando terminaba de darle la toca estaba en el suelo y el niño por un milagro no estaba en el suelo también.

Antes, yo qué sé... ¡Las mujeres antes éramos esclavas! Yo le escuchaba a mi abuela de uno que venía borracho casi todas las noches. Estaba la mujer todo el día trajinando ya la una y media o a las dos venía el marido con un amigo y le decía a la mujer, «¡Levántate y guísame una gallina!». Ya a esa hora estaba ella acostada con los niños...

«¿Guísame una gallina?». ¡Que la candela estaría ya hasta apagada! Calentar agua para pelar esa gallina, durísima que estaría, porque las gallinas ya eran viejas todas las que tenían. Y venga a atizar el fuego hasta que aquello estaba preparado. Entonces se lo ponía allí, se lo comían riéndose ellos y la mujer se acostaba llorando.

CHARO:

Mi abuelo venía borracho con una mujer y mi abuela tenía que salirse de la cama para que se metiera él con la fulana. Él tuvo dos hijos aparte y los crió mi abuela. Llevan los apellidos de la madre biológica.

ANA:

Había noviazgo de cinco, seis o siete años; tiempo para conocer al marido. Como entonces ella lo podía plantar él se portaba muy bien. Pero después de casarse, él cogía el mando. Y si había problemas la mujer pensaba, «¿cómo me vuelvo con los niños a casa de mi madre si ella no tiene para vivir?». Por eso aguantaba más. Las mujeres han *pasado* mucho.

Estábamos aislados

ADOLFO:

Desde El Puntal para El Alamillo hay un caminito de dos kilómetros que se llega en veinte minutos. A partir de El Alamillo hay camino más llano hasta Facinas. A



Los Boquetillos una media hora. Y el cortijo de El Acebuchal también está algo cerca. Si tú querías un papel tenías que venir a Facinas y si era más importante el asunto vete a Tarifa, que son varias horas de camino.

ANA:

Teníamos más relación con la gente de Los Boquetillos, de La Canchorrera, de El Alamillo y Facinas. Con la gente que estaba para el otro lado, para La Gloria, El Realillo, Molino de Carrizales y Bolonia no nos veíamos, porque no había carril.

Lo nuestro era una punta de terreno entre varios cortijos. Estábamos aislados. El Puntal lindaba con una finca de don Carlos Núñez el del cortijo Iruela, que tenía muchas tierras desde Retín hacía aquí. La linde estaba a cien metros y si pasaban las cabras para allá te llegaba la denuncia. Y en el otro lado de El Puntal otra finca; el último dueño que conocimos fue Trujillín. Y lo mismo nos pasaba ahí con las cabras. Los de El Acebuchal eran López Cuervo: don Serafín y su primo don José.

Yo me acuerdo que venía cobrando por los animales un guarda de Facinas con su correa, guarda jurado le decían. El que tenía una bestia la tenía que declarar. Mi abuelo tenía una burra por la que pagaba; muy poco, pero pagaba. Yo guardo esos papeles donde decía el nombre de la burra, el pelo que tenía... Si te la robaban con eso podías buscarla. Los gitanos se las llevaban de noche y las vendían en los mercadillos y a los mercadillos iban los mayores a buscar su bestia. Las reconocían enseguida.

También se pagaba por las casitas que había, con un papel como la contribución. Nuestras casas no tenían número ni calle. «El Puntal del Alamillo, Facinas, Cádiz» era la dirección que se ponía en las cartas. El Ayuntamiento no te arreglaba nada. Allí sólo venían del Ayuntamiento cuando *te se escapaba* la cabra: entonces tenías al guarda detrás denunciando. Es lo único que teníamos porque no le daban al pobre nada.

ADOLFO:

Sobre el 70 ó 71 vine de vacaciones a Tarifa y estuve en El Puntal, donde aún vivían tres o cuatro. Uno de los últimos que vivió allí fue Manuel Rodríguez el de Inés. Y Lola López la de Los Tornos y Antonio Silva. Estaban también Torres, y Antonia y Juan, sus hijos. A los dos o tres años todos esos ya se pasaron a Facinas. Se fueron seguido porque no había trabajo ni había nada. ¡El Puntal era de lo más pobre que había!

La vida nuestra eran los cortijos. En cada cortijo trabajaban veinticinco hombres o más, porque todo se hacía a mano: segar a mano, trillar con las yeguas o con las bestias a mano. Y los cortijos fueron para atrás. En el 75 o por ahí se fue acabando todo. ¿Quién quedó en los cortijos? A lo mejor el guarda o el vaquero.



Adolfo Trujillo en la casa de la candela de su familia, en el poblado de El Puntal. En segundo plano se ve a Antonio Casas Gómez, marido de María Trujillo, hermana de Adolfo. Imagen tomada de un vídeo realizado por Roberto Moreno Benítez, sobrino de Adolfo, el 30 de julio de 2017.



Casa de las camas de los padres de Adolfo y Ana Trujillo, en El Puntal, poblado donde se criaron. Imagen tomada de un vídeo realizado por Roberto Moreno Benítez, sobrino de Adolfo, el 30 de julio de 2017.



Porque ya con los tractores y otras máquinas iba un trabajador nada más. No sembraban ya tanto, nada más los girasoles de las pipas, y cuando se acababa la siembra ya no había trabajo en los cortijos.

ANA:

Los señoritos arrendaban la finca y así le sacaban más dinero. Yo pongo la tierra y tú pones los animales. Tú me dejas el dinerito aquí y yo no me tengo que calentar la cabeza. Y el pobre se iba para su casa sin un kilito de pan y sin nada. Casi hasta llegar a *Tivilla* (Tahivilla) tienen vacas bravas los Núñez. Porque eso les gana a ellos más dinero que tener gente trabajando.

ADOLFO:

Por eso todo el mundo emigró. La mayoría de la gente de El Puntal marchó para Facinas y para Marbella. Y ahí por Los Pastores (Algeciras) hay muchos de Los Boquetillos. De La Canchorrera se fue casi toda la gente para Vila Seca, cerca de Tarragona. Se iba uno y llamaba al otro.

Yo voy casi siempre a El Puntal cuando vengo de vacaciones. Entro en la casa y... Me puse una vez en donde la alhacena y digo, «aquí estaba la alhacena». Me hice una foto en el rinconcito con mi hermana María. ¡Ya tú ves! En la parte del *caserón*⁹⁷ donde estaba la cama digo, «aquí es donde dormíamos».

Y me fui a las piedras aquellas donde poníamos la estera que sacábamos del gallinero para que se secase al sol. Por la noche la sacudías y... ¡Ohú, qué vida!

97] Adolfo dice *caserón* para referirse a la casa de las camas.

12.

RESISTIR PARA SALIR ADELANTE

PASEO POR EL PUNTAL DEL ALAMILLO

Para las navidades de 2014 me había propuesto renovar las viejas puertas y ventanas de mi piso en la barriada de *La Riá* (Tarifa)⁹⁸. Mejoras muy necesarias cuando el viento se hace presente a diario, y que facilitarían su alquiler. La primera semana de 2015 dormí por última vez en este piso. Guardo un nítido recuerdo del frío de aquellas noches de enero, pues las habitaciones no tenían puertas y los tabiques recién enyesados rezumaban una desagradable humedad.

Aprovechando que mi hermano Félix me podía llevar en coche el primer día de enero fuimos a conocer El Puntal. Amaneció soleado con un suave viento de Poniente. Rebasados unos trescientos metros del acceso a Los Boquetillos, una vez que el carril de La Gloria gira y se eleva suavemente vimos en perspectiva las hileras de casas que conforman ese poblado.

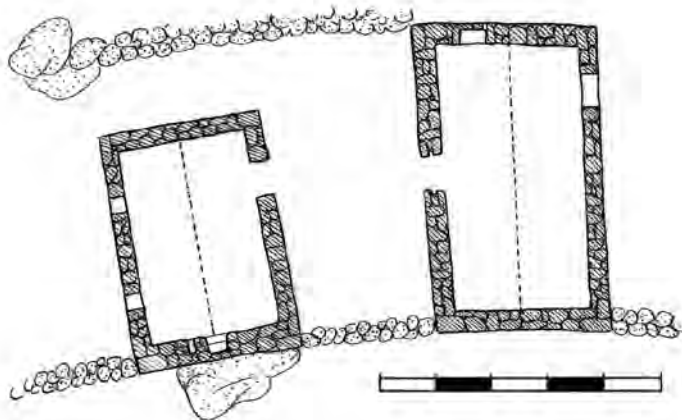
Y al entrar en la última curva del carril, justo donde el horizonte se abre hacia la sierra de Salavieja apareció a nuestra vista en toda su extensión el poblado de El Puntal. El lugar se había dibujado en mi mente a partir de vidas reales contadas y de fotos en Internet. Un poblado de chozas marginado mientras estaba habitado cuyo destino sería el olvido una vez que faltaron sus habitantes.

98] Se llama oficialmente Barriada Trece de enero. Lleva el apodo de *La Riá* porque dio cabida a gente afectada por las inundaciones de 1970.



Vivienda en El Puntal. Acuarela de Rafael Pulido.

Planta de la vivienda anterior.
Escala gráfica en metros.





Desde allí mismo se divisan la aldea de Facinas, la fértil campiña y los molinos de viento que robaron el silencio a la noche. Esos molinos que impulsaron nuevos accesos a zonas aisladas pero que no mejoraron sensiblemente la vida de la gente.

Nos impresionaron profundamente las imágenes en perspectiva de estos dos poblados, como humildes maquetas que afirmaban su identidad como poblaciones con una historia que merece ser recuperada y dignificada.

Pensé que muchas construcciones rurales han resistido al paso del tiempo debido al mismo subdesarrollo que marcó la vida de la gente. La modesta parcela de tierra y roca donde se asentaban no les pertenecía. Estaban demasiado aisladas para especular y construir nueva vivienda, como sí sucedió en otras sierras sureñas. Y no llegaron a tener agua canalizada ni electricidad, así que al retornar de la emigración sus habitantes no pudieron hacerse una casa de mampostería.

Recorrimos el lugar observando ruinas, senderos, rocas, plantas... En cada parada contrastábamos nuestras interpretaciones: ¿un corral o los restos de una vivienda? ¿un pocillo o quizás una fuente? ¿un horno derruido o piedras amontonadas? ¿muros que fueran aprovechados para el uso ganadero?

Una de las primeras viviendas nos llamó la atención por su chimenea, dado que la mayoría de las chozas en esta zona no tienen, a no ser que exista un horno adosado a la casa de la candela. Rafael Pulido escogió esta casa singular para pintarla con acuarela. El dormitorio mide 5.50 por 3.00 metros y la casa de la candela 4.20 por 3.00 metros. Ésta segunda tiene dos ventanucos pequeños y altos. El dormitorio no tiene ventanas.

En otras casas las ventanas son también escasas y pequeñas, si existen. Servían para aportar algo de luz a la habitación, pues la ventilación se hacía a través de la cubierta vegetal.

Nuestra vista basculaba entre las rocas y muros a nuestros pies y los montes en la distancia, coronados por un cielo que aparentaba igualar las oportunidades de la gente. El porte y las tonalidades permitían distinguir entre sí los bosquetes de alcornocos, acebuches y lentiscos, árboles que admiro por su resistencia y su capacidad para sostener vida.

Mi mente repasó los nombres de los tres poblados cuyos habitantes habían rondado en mi inquietud durante años. La Canchorrera alude a los canchos o rocas características de la zona. Los Boquetillos se refiere a los huecos o alvéolos que el viento moldea en las areniscas. El Puntal indica el perfil de la loma donde se sitúa. La geomorfología de esta sierra es el sello común con que las tres comunidades se identificaban.



Vista del poblado de El Puntal desde el carril que comunica La Gloria con la finca del mismo nombre.



Vista aérea de El Puntal. Se observa el muro que separa la finca de El Puntal (al noroeste del poblado, con bosque más denso) de las tierras donde se asienta el poblado. Tomada de Google Earth en 2016.



Las generaciones que habitaron por siglos los poblados de la Sierra de la Plata supieron salir adelante en esos filones rocosos y apartados. Los lazos sociales de vecindad y solidaridad ayudaban a sobrevivir en un medio disperso, aislado y marginado. Turnos en las tareas del campo, cobijo para maestros, gañanes o visitantes, ayuda para construir la choza y el horno de pan, respuesta grupal ante incendios, apoyo en la escritura y para leer cartas, trueque y ayuda básica para sobrellevar el hambre, empadronamiento de los hijos, adopción o acogida en la crianza, encargos, portes... El apoyo mutuo en las actividades cotidianas, hábito indispensable, es descrito con expresiones como «se ayudaban unos a otros», «aquí los vecinos se ayudaban» o «en el campo nos hemos ayudado».

Entre las ruinas y muros de las viviendas de su niñez Paqui Ruiz me señaló «la casita donde se alojaban los que venían pidiendo». En las zonas aisladas del campo también existió mendicidad; se compartía el puchero diario con ellos y pasaban la noche a cubierto. En el contexto de escasez y pobreza los detalles sencillos cobraban un gran significado: reservar un huevo para la mujer que acaba de dar a luz o para ese niño que llora desconsolado por la muerte de su madre.



Imágenes del poblado de El Puntal del Alamillo



Cancela de entrada a la finca de El Puntal. El poblado queda a la derecha del carril, que sólo llega hasta la cancela.



Ganado vacuno en la finca de El Puntal. Vista desde el poblado.



Primera vivienda, que conserva muros enlucidos. Al fondo, la sierra de Salavieja.



Segunda vivienda, con igual orientación a la primera.



Segunda vivienda, vista desde el extremo opuesto. A su derecha hay un paso delimitado por un murete de contención.



Tercera vivienda, en estado más ruinoso, y cuarta vivienda. Al fondo se divisa la aldea de Facinas.



Vista lateral de la cuarta vivienda. La primera pieza es la casa de la candela, con chimenea. La segunda es la casa de las camas.



Vista trasera de los dos cuerpos de la cuarta vivienda. A la izquierda, la casa de la candela. El matorral está formado principalmente por palmito y lentisco.



Vista frontal de la cuarta vivienda. Las puertas quedan enfrentadas entre sí, dentro de un patio.



Vista lateral y en picado del interior de la casa de la candela, tomada desde el patio.



Chimenea de la casa de la candela.



Alhacenas o repisas en la casa de las camas.



Quinta vivienda, en estado ruinoso, situada junto a la cuarta vivienda.



Sexta vivienda, de un sólo cuerpo y mayor que las anteriores.



Vista lateral con detalle del muro de piedra de doble hilera.



Varias viviendas cerca de grandes chumberas y un naranjo asilvestrado. Los muros de piedra acotarían pequeños huertos y zonas de aves de corral y animales de cría.



Pozo actualmente dedicado a uso ganadero. Hay una bañera de hierro esmaltado utilizada como abrevadero, así como una cuerda y un cubo de caucho. Imagen tomada del blog D Caminata.



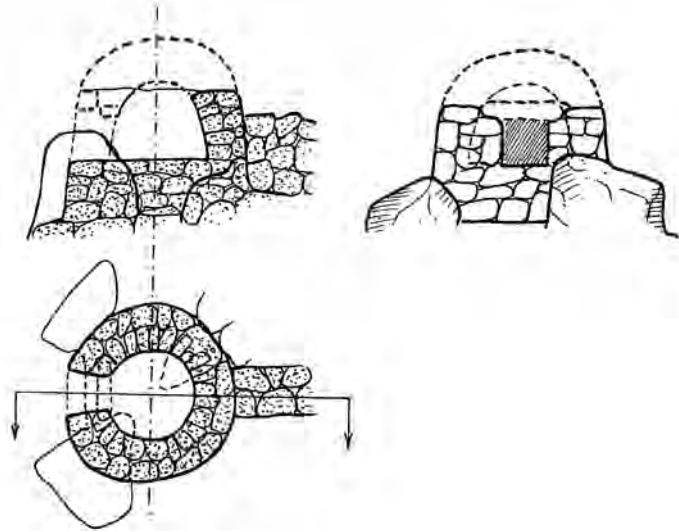
Vista interior del pozo.



Primer horno de piedra, de base circular y boca orientada hacia el norte. La bóveda se ha derrumbado. Está construido junto a una roca y a cierta distancia de las viviendas.



**Reconstrucción
del horno
(alzado, perfil
y planta)
conservando sus
proporciones.
Dibujo de
Rafael Pulido.**



Octavo grupo de viviendas, cercano al primer pozo y al primer horno.



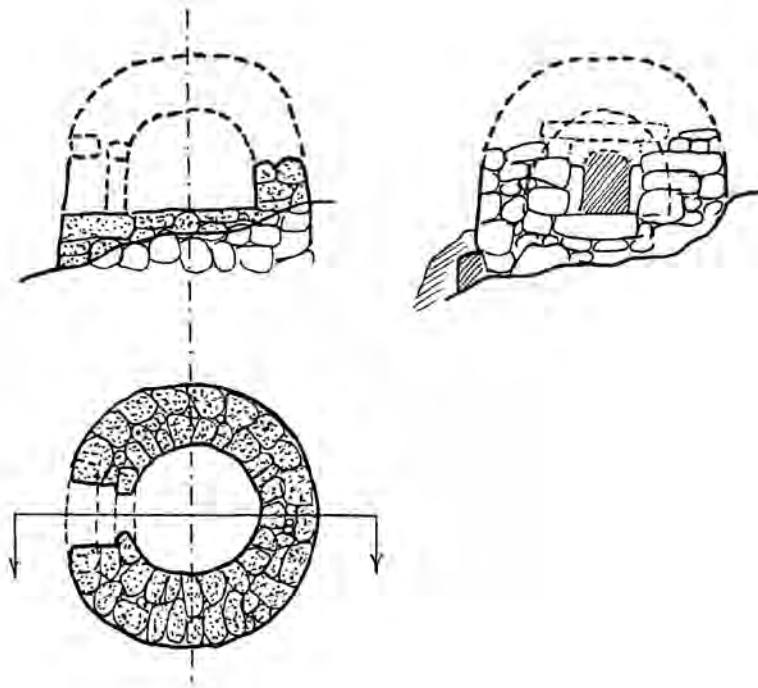
Vista de Facinas desde el octavo grupo de viviendas. En plano medio, varias chumberas de porte arbóreo.



Noveno grupo de viviendas, situado más abajo del primer horno. Parece tener dos cuerpos en paralelo y un patio. A la derecha hay un eucalipto y a la izquierda varias chumberas de porte arbóreo. El matorral está formado por chaparros, quejigos, acebuches y lentiscos.



Segundo horno, cercano a un grupo de viviendas. Es de base circular. Su bóveda se ha derrumbado hacia el interior.



**Reconstrucción de este horno (alzado, perfil y planta) conservando sus proporciones.
Dibujo de Rafael Pulido.**



La franja de terreno ocupada por viviendas asciende en sentido noroeste. Geográficamente constituye la punta de un pequeño cordal que da el nombre de El Puntal a la finca y al poblado.



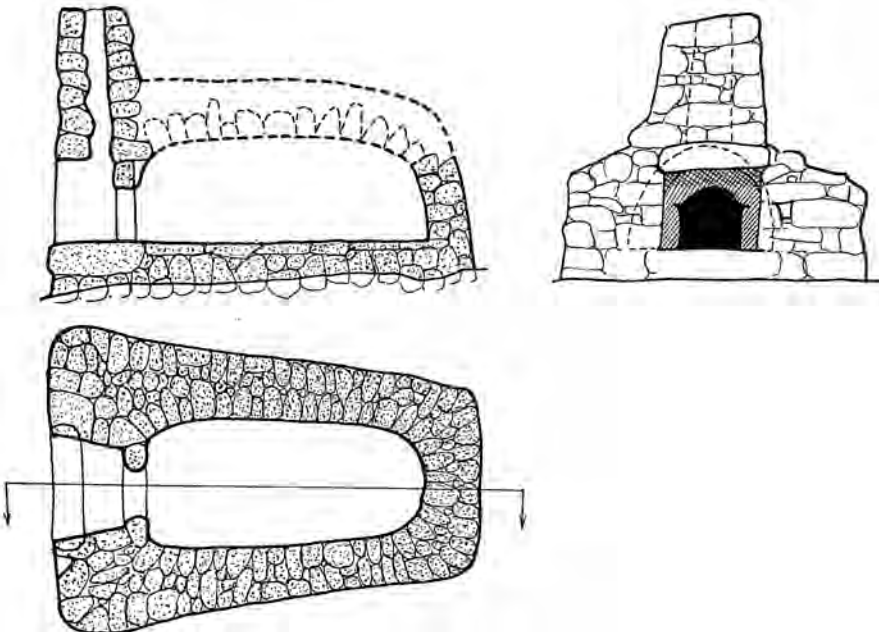
Décimo grupo de viviendas, con muros enlucidos en su exterior. Cerca hay varios eucaliptos.



Undécimo grupo de viviendas.



Tercer horno. Es de base trapezoidal y conserva la salida de humos. Hay un pequeño boquete a la derecha de la boca del horno, que serviría para dejar útiles como la *torcía*, la yesca o las cerrillas. Imagen tomada del blog D Caminata.



Reconstrucción de este horno (alzado, perfil y planta) conservando sus proporciones. Dibujo de Rafael Pulido.



A media ladera, en paralelo y bajo la línea principal de viviendas, hay más grupos de viviendas. Esta es la duodécima, que divisamos de regreso.



Décimo tercer grupo de viviendas. En primer plano, tocones de un gran eucalipto.



Manantial.



Bebedero para aves de corral situado junto al manantial.



Hornos de piedra comunitarios

Los hornos de piedra para cocer el pan que describen en detalle Ana Trujillo y otras personas entrevistadas son muy frecuentes en esta comarca. Sobre su historia, construcción y uso queda mucho por averiguar. He visto hornos similares en muchas aldeas de Marruecos. He encontrado alusiones a hornos comunitarios en relatos de habitantes de la Meseta castellana y de Andalucía. El propio Atlas lingüístico etnográfico de Andalucía, elaborado entre las décadas cincuenta y sesenta, recoge gran diversidad de hornos y vocablos relacionados con la elaboración del pan.

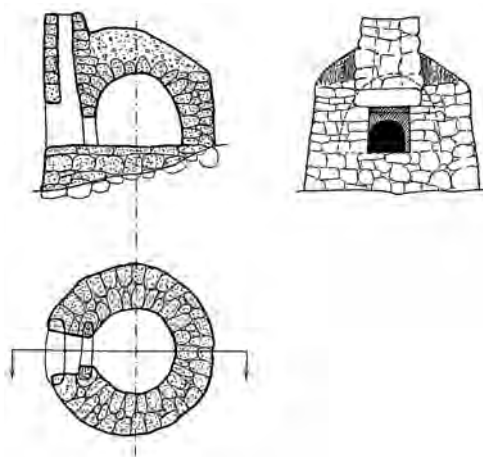
Tengo la convicción de que los hornos fueron un recurso muy necesario y habitual en el mundo rural hasta hace pocas décadas. Los hornos sirven y han servido principalmente para la elaboración del pan, uno de los alimentos básicos en la dieta de las familias pobres hasta los años setenta. Y representan dos claves importantes de la vida en el campo: la autonomía nutricional y la vida comunitaria.

En todas las familias había mujeres que *amasaban* el pan y cada horno era compartido por varias familias. Los hornos eran construidos por los habitantes del lugar y en su construcción se han empleado únicamente materiales del lugar: piedra arenisca, tierra arcillosa y plantas. A excepción de la puerta, que era de hierro. Algunos hornos están adosados a la casa de la candela y muchos otros se construyeron aparte.

Los dibujos de los hornos realizados por Rafael Pulido evidencian una gran diversidad morfológica: hornos de planta circular, semiesférica o



Horno comunitario de piedra en Monte Betis. Tiro del horno.



Reconstrucción del horno (alzado, perfil y planta) conservando sus proporciones.



**Horno comunitario
de piedra en
Monte Betis. Vistas
lateral y frontal.**



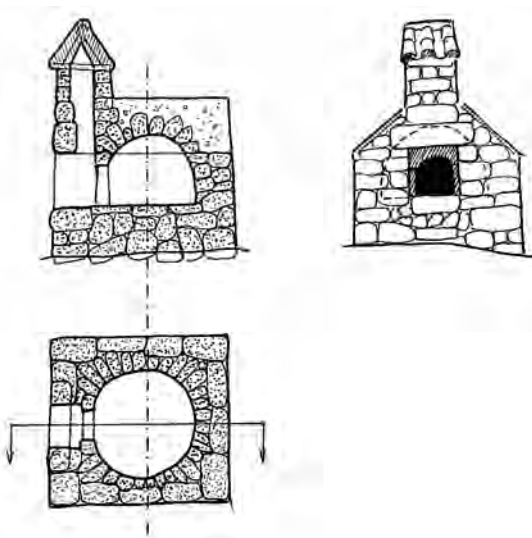


cuadrangular, con o sin chimenea... Sus constructores sólo tenían como referentes los hornos cercanos. Las limitaciones eran marcadas por los materiales naturales a emplear y por la necesidad de orientarlos respecto a los vientos y distanciarlos de las viviendas para reducir el riesgo de incendio. Se abrían así dos interesantes caminos: el de la creatividad y el de la autonomía. Al igual que sus casas, los construían y reparaban cuando parecía necesario. Aprendían sobre la marcha y con el apoyo de las familias vecinas, como Adolfo Trujillo comentó.

En Monte Betis, a pocos kilómetros de la Sierra de la Plata, hay un horno que ha sido rehabilitado y conservado por las familias del lugar como testimonio de su propia historia.

Junto a la ermita de la finca de El Chaparral, a medio recorrido desde Monte Betis hacia el poblado de Bolonia, hay también un horno reconstruido. Tiene teja en el tiro y en el techo, una portezuela de hierro en la boca y una pequeña leñera. Esto evidencia su uso actual por las familias del lugar.

Dos fotografías distantes en el tiempo muestran hornos adosados y en uso. La foto de la casa de La Canchorrera fechada en 1956 y el dibujo de la casa de Antonia Cote en El Realillo de Bolonia, realizado poco antes del año 2000. En ambas imágenes el techado de la casa de la candela es de materia vegetal y el del horno es de teja.



Reconstrucción de este horno (alzado, perfil y planta) conservando sus proporciones, a partir de las fotografías. Dibujo de Rafael Pulido.



Horno comunitario de piedra junto a la ermita de El Chaparral.



Antonia Gil, que nos habló sobre su casa en Puertollano, conserva el horno adosado a su vivienda y lo utiliza todavía para cocer el pan que ella misma *amasa*. Hogazas o *teleras* de harina integral molida en el molino hidráulico centenario de unos familiares suyos, a pocos metros de su casa.



Horno de Antonia Gil, a punto para introducir la masa del pan a cocer.



Antonia saca del horno varias teleras de pan recién cocido.

13.

¿ÉRAMOS PERSONAS O ANIMALES?

PAQUI DOMÍNGUEZ SAMPALO
LA CANCHORRERA

Mientras transcribía la entrevista a Ana y Adolfo Trujillo me vinieron a la memoria muchos episodios de la vida de Paqui Domínguez Sampalo. Paqui participó en la segunda edición del taller La Historia de mi Vida en Facinas hacia 2006, junto a Francisca, Nina y Paca. A través de anécdotas impregnadas de retórica, Paqui supo transmitir magistralmente las condiciones de vida injustas durante su infancia y juventud en La Canchorrera. He escogido el sabor agridulce de su relato como cierre de mi recorrido.

Paqui escribía por las noches en el cuaderno de espiral que yo solía entregar a cada participante y su hijo Pepe se lo corregía. Sumé a estos recuerdos las piezas de su vida desgranadas al calor de conversaciones y lecturas en el grupo. Una cuidadosa transcripción, ordenación y adaptación de los textos, a los que sumé fotografías familiares, dio lugar al relato final. Su lectura resulta más fluida que la del testimonio de Ana, Charo y Adolfo, más fiel a su estilo oral.

Al acabar el taller el Ayuntamiento de Tarifa hizo unas cuarenta copias de cada relato y las participantes las distribuyeron ilusionadas entre sus familiares y amistades. Su testimonio resultó impactante para quienes no conocíamos las condiciones de vida en el campo de Tarifa y también tuvo eco en su propia familia.



Siempre que logro publicar un libro me siento muy ligera. Vivo con orgullo y satisfacción que ese conjunto de saberes e historia se convierta en un documento que puede circular libremente. Y me enorgullece tener noticias de su impacto, especialmente si me lo comentan en la cola de la frutería de mi barrio o en una conversación de bar, como me sucedía en Tarifa de cuando en cuando.

Tras de cada libro hay muchos años de esfuerzo, de perderme y encontrarme, además de un sinfín de gestiones rocambolescas para garantizar la parte económica de la cuestión. Afortunadamente mi memoria tiende a difuminar los aspectos más duros de mi profesión y siempre tengo ilusión para liarme con una nueva auto propuesta.

No he conseguido publicar todo lo que hubiera deseado. Las maravillosas historias de vida recogidas aquel año en Facinas no llegaron a ser parte de un libro impreso. Me consuela y agradezco que Cristóbal Cózar Estévez, amante de la cultura local, las haya sumado a la web de Facinas.

PAQUI DOMÍNGUEZ SAMPALO

Relato de vida



Paqui Domínguez. Facinas, 2006.

CONTENIDOS

Las espuelas de carbón a la cabeza
Eso no era robar
Mi hermana mayor era muy lambuza
No había médicos ni había nada
Con ocho años mi hermana llevaba los pavos
Había mucho miedo
Las fiestas de La Canchorrera
No nos podíamos rozar
Mi suegro nunca apareció
Una señora *recogía* a los críos



Las espuelas de carbón a la cabeza

Yo me llamo Paqui Domínguez y tengo sesenta y seis años. Nací en La Canchorrera en 1940 y vivo en Facinas. Soy ama de casa y vivo con mi hijo Pepe, el mayor, que está soltero. Voy a la Escuela de Adultos y hago deporte. Mis hijos han estado muy ilusionados con este trabajo, que nunca pensaban ellos que yo lo iba a hacer.

Si volviera a nacer lo primero que haría cuando tuviera la edad sería ir al colegio. ¡Cuánto me hubiera gustado saber más de lo que sé! Yo nunca he firmado con el dedo. Mal o bien, he firmado; porque tenía mucha voluntad. Muchas no saben y les da vergüenza de venir pero, ¿qué vergüenza es esa? Nosotras no teníamos oportunidades donde estábamos, no había escuela ni Centros de Adultos.

Yo soy de una familia muy humilde. Éramos cinco hermanas y sólo estaba mi padre para trabajar⁹⁹. Yo me crié en La Canchorrera y allí hemos nacido todas las hermanas. Mi madre se llamaba Ana Sampalo Begerano y nació en 1914. Mi padre se llamaba Antonio Domínguez Gordo y nació en 1904. Mi hermana Juana nació en 1937, Pepita en 1943, Ángeles en 1945 y Ana Mari en 1948. En el momento en que mi madre dejaba de darnos el pecho se quedaba en estado.

Yo he conocido a mi padre haciendo carbón en el monte. Después del invierno, cuando no había leña para el carbón, se iba a segar el trigo con una hoz, hacían las gavillas ellos mismos y las metían en un tractor. Las llevaban a la era, lo extendían y traían unas bestias con un trillo atado; un hombre las dirigía y trillaban el trigo. Con la parva lo levantaban para arriba para aventarlo. ¡A mí me encantaba ver esos montones de trigo limpio! Y lo mismo con los garbanzos y las habas.

Mi padre no tenía trabajo fijo. Le llamaban de un sitio y le llamaban de otro. Él ganaba en la siega quince pesetas al mes, una fanega de trigo y algo de garbanzos. Venía al molino de Facinas a molerlo y con la harina hacía pan. Eso era para siete personas. ¡No nos podíamos hartar!

La choza donde vivíamos tenía una pared de piedra hasta la mitad y lo otro de castañuela, que la cogían de la laguna de La Janda. Todos los años mi padre la techaba de castañuela nueva. Él decía, «tenemos que *rempujar*

99] Expresión que alude a la responsabilidad exclusiva del hombre de mantener a la familia. Sin embargo Paqui es muy consciente de que su madre y las cinco hijas trabajaron desde niñas, y lo detalla en su relato.



ya el techo para que no *se llueva* la choza»¹⁰⁰. Quitaban la capa de encima y le ponían una capa nueva de castañuela cosiéndola con una aguja muy grande y *toniza*.

Mi hermana Juana, como era la mayor ayudaba a mi padre con el horno. Para *echar el hornito* preparaban una zona llana y lisita, el *alfanje*, donde ponían un montón redondo de leña. El horno lo tapaban con hierba y se chascaba para que entrara bien el aire. Se cocía eso y de ahí salía el carbón que mi padre vendía. Juana se echaba las espuelas de carbón a la cabeza para bajarlas a donde venían los mulos a cargarlas.

Los rescolditos que quedaban los ponía mi madre en una palangana por la noche. Si no había rescolditos mi padre quemaba leña fuera de casa y hacía *picón* para echar a la palangana¹⁰¹. Encima de la palangana ponía una rejilla de alambre para secar la ropa. La rejilla se la hizo mi padre, grande y alta para que no se quemara la ropa con los rescoldos. Mi marido me hizo luego una a mí, que la he tenido yo muchos años para secar la ropa de los niños. Mi madre nos quitaba el vestidito que teníamos, lo lavaba y lo ponía ahí para que estuviera seco a la mañana siguiente.

Cuando mi padre se iba a *la corcha* se quedaba en el campo quince días sin venir a la casa, porque estaba muy lejos. Era un trabajo muy duro. Mi padre nos contaba que ponían una olla con garbanzos, tocino y costillas, y hacían café. También tomaban sardinas arenques. Llevaban unas mantas y con eso se tapaban. Mi madre no dormía pensando que mi padre estaba durmiendo debajo de un *chaparro*.

Eso no era robar

Cuando yo nací no era ya la guerra pero había mucha necesidad. En la finca de La Canchorrera faltaron unos animales, cochinos o cabras, no sé lo que fue. Un día fue la Guardia Civil a casa y se llevaron a mi padre. «Véngase a Facinas que le tenemos que hacer unas preguntas». Mi madre no sabía por qué se lo llevaban. Lo metieron en un cuarto que le decían «la cárcel» y le dieron una paliza.

Lo culparon de que faltaran los animales. Registraron la casa en busca de lo que decían que se había llevado y en casa no había nada. Mi padre no lo hizo

100] «Lloverse la choza» significa que el agua de lluvia entra en la choza.

101] El *picón* es el carbón hecho con ramaje fino.



esa vez. Y ahora yo digo: aunque hubiera sido verdad eso no era robar, porque entonces no se robaba; entonces era para dar de comer a cinco hijas que tenía.

Paca González Pomares, nacida en 1930, también ayudaba a su padre con el horno de carbón:

Con siete u ocho años nos fuimos a vivir al campo en la finca de Las Canteruelas, a una casita de piedra con el techo de paja junto al cuartel de la Guardia Civil. Mi padre hizo a la vera del encinar un horno de carbón y mi hermano Antonio y yo nos íbamos con él y le ayudábamos.



**Paca González Pomares.
Facinas, 2006.**

Paca guarda en su memoria muchos detalles relacionados con el hambre:

Cuando mi padre iba a trabajar al campo si encontraba un cochino le daba un golpe en la cabeza y nos lo traía a casa para que mi madre lo arreglara. Cuando faltaba el cochino nadie sabía nada. Yo no sé si se enteraban o qué, pero yo digo que cuando mi madre lo preparaba echaba mucho olorcito.

En el huerto de Las Candelas había muchísimos naranjos. Al atardecer mi madre y dos amigas saltaban al huerto y las cogían a sacos. En casa de una amiga dejaban los sacos y cuando se hacía muy de noche mi madre pasaba a recogerlos. Yo digo que eso no era robar; era para comer nosotros.

De pequeña pasé mucha necesidad. La mayor soy yo de cinco hermanos. Mi madre la pobre iba a coger chumbos y se ponía en la mesa de casa a repartir. Un chumbo para uno, otro chumbo para otro. Eso era lo que había de comer. Nos comíamos las cáscaras de las naranjas y las de los plátanos, que las recogíamos por la calle.

Mi madre criaba una piara de pavos y criaba gallinas. En la misma casita donde vivíamos tenía los pavos y las gallinas, en una espuerta de esparto llena de paja que la metía debajo de la cama. Durante el día estaban en la calle y durante la noche allí se metían.

Llegaban las navidades y nosotros no nos comíamos nunca ni un pavo ni una gallina. Al *recovery* que teníamos allí, que se llamaba Herrera, se lo



cambiábamos por otras cosas. Yo tendría unos seis o siete añillos e iba con mi hermana a por los mandados donde el *recovero*. Como no llevábamos dinero en mano teníamos que esperar a que los que llevaban dinero pagaran. Y nos ponía la cara colorada: «Ustedes esperar, que ustedes son las últimas».

Recuerdo que cuando el *recovero* nos daba pan y un poquito de manteca decía mi madre: «Para tu padre, para la *vianda*»¹⁰². Eso era sagrado.

Entonces había muchas cabras en el monte y cuando mi padre se encontraba una la ordeñaba para traernos la leche. La echaba en una botella y la escondía. En la espuerta, abajo ponía la leche y su capita de bellotas para engordar los pavos y encima el carbón del horno.

Había un guarda en la finca que era vecino nuestro. Si se encontraba con alguien debía hacer la vista larga, pero entonces los guardas creían que la finca era suya, no del dueño. Si se encontraba con mi padre le decía, «¡Antonio, esa espuerta hay que verla!». Mi padre tenía que bajar la espuerta que con esfuerzo se había subido a la cabeza. Una vez el guarda le tiró la bellota y rompió las botellas de leche delante de él. Mi padre llegó a casa llorando.

Ese guarda tenía muchísimas colmenas y recogía miel. Después hacían *melojas*, que son tajaditas, lo mismo de cidra que de calabacín y otras cosas, cocidas en los restos de la miel. De la *meloja* sale como una zurrapa con los restos de las abejas, que le dicen «los nietos»¹⁰³. Eso, que normalmente se tira, nos lo daba a nosotras.

También criaba muchos cerdos en el monte porque a él no le costaba nada. Nosotros estábamos allí al lado y olíamos la fritada. Él llenaba unas orzas grandes con manteca y tajadas. La manteca con el tiempo se que daba mohosa y rancia y él la tiraba. Y nosotras allí al lado hambrientas. ¿Qué éramos antes, personas o animales?

Tiempo después, viviendo yo en Facinas, ese señor tuvo una pelea y se hizo sangre. Él no se merecía que lo miráramos pero a mí me dio lástima. Su mujer estaba ingresada y fui un día a llevarle lentejas que tenía hechas, para que comiera caliente. Yo sabía que él era muy escrupuloso y le pregunté, «¿a usted le da asco mi comida?». «A mí no. Yo sé que tú eres muy limpia». Y cogí la ropa llena de sangre y se la lavé antes de que viniera la mujer.

102] *Vianda* es la comida en frío que se llevaban los trabajadores al campo.

103] Se llama *meloja* tanto a la lavadura de la miel como al dulce que se prepara cocinando verduras en esta lavadura.



Mi hermana mayor era muy lambuza

Una vez fuimos mi hermana y yo a cambiar bellotas por boniatos a un cortijo que estaba a siete kilómetros. Llevábamos las bellotas en una espuerta, ellos se las daban a los cerdos y nosotras nos comíamos los boniatos. Entonces yo tenía siete años y mi hermana nueve. Por el camino a mí me entró un dolor de barriga muy fuerte, estaba muy mala y yo no sabía que era aquello.

El guarda del cortijo tenía un caldero donde cocía los boniatos para darles a los cerdos. Nos vio llegar y nos dijo, «*tomar, comerse un boniato calientito*, que les va a sentar bien». Entonces descubrí por qué tenía yo ese dolor en la barriga: ¡en cuanto me comí el boniato cocido se me quitó el dolor!

En aquellos tiempos daban raciones. En Facinas nos daban como una cesta con muchas cosas: chuscos de pan, chocolate, azúcar, arroz, garbanzos... El día que repartían te apuntaban en un papel y no te tocaba ración hasta otro mes. Nosotras vinimos una vez a por la ración porque mi padre estaba trabajando en *la corcha*. Yo tendría seis o siete años. Desde La Canchorrera a Facinas habría doce o catorce kilómetros andando. Se metió un día de agua de esos lloviendo sin parar. Nosotras con unas alpargatas... Los animales hacían hoyos en el barro, allí metíamos los pies y nos llegaba el barro casi a la rodilla.

Cerca de El Alamillo, un pobladito cerca de Facinas, había un regajo grandísimo. Cuando íbamos de regreso con las cosas ya no podíamos cruzar la reguera de tanta agua que bajaba. ¿Por dónde pasamos? ¿Por dónde no pasamos? A mi hermana se le enganchó el pie con una piedra, la alpargata se la llevó el regajo y a La Canchorrera llegó descalza.

Como mi padre estaba trabajando hasta la noche, mi madre todos los días se levantaba muy temprano y dejaba el puchero hecho para ir a lavar sábanas a la reguera, que le daban una *gorda* por cada una¹⁰⁴. Cuando llegaba mi padre allí estaba la comida. Se echaba el puchero al *dornillo*, un plato hecho de madera de *chaparro*, allí nos juntábamos y allí comíamos. Había un respeto enorme. No se podía hablar una palabra comiendo.

Mi hermana mayor, que era muy lambuza, antes de que llegara mi padre cogía una cuchara y se comía los garbanzos y la *pringue*¹⁰⁵. La parte de la olla donde había comido quedaba más baja. Mi madre decía, «¿cómo puede ser que la

104] *Gorda* es el nombre coloquial de la moneda española de diez céntimos de peseta.

105] La *pringue* es la grasa del tocino.



comida llega por aquí y esta parte está más baja? Juana, ¿tú te has comido...?». «¡Mamá, yo no he tocado la olla!». Pero ahí estaba la marca.

Y mi madre pensó, «para averiguar quién se come la comida voy a meter el puchero en el baúl». En un baulito que teníamos para la ropa. ¿Qué ropa tendríamos? Ninguna; la puesta. Se fue a la reguera con su llave en el bolsillo y cuando vino sacó la olla del baúl y la marca había bajado. «¿Cómo puede ser?». Coge una alpargata y dice, «¡venid todas y ponerse en fila: se va a declarar qué pasa con el puchero!». Estaba desesperadita.

Las otras cuatro no veíamos cuándo mi hermana se comía la comida. Y al final lo dijo. Antiguamente había unos estuchitos donde guardábamos un pañuelito o cualquier tontería. Mira qué casualidad que la llave del estuchito era igual que la del baúl.

Después nos trasladamos a una cabreriza de La Canchorrera donde pusieron a mi padre guardando animales. Nos dieron la casa y ya lo pasamos mejorcito. De vez en cuando hacíamos una matanza. La cabreriza tenía unos techos altos con unas vigas y mi madre, con una caña, colgaba muy alto las morcillas para que no las comiera mi hermana Juana. Ella con la caña las pinchaba hasta que se deshacían, las tiraba y se las comía.

La primera muñeca que tuvimos nos la hizo mi madre de cartón y nos la puso para los Reyes. Como pudo le pintó los ojos, la boca... Entonces, como había fuego de leña se ensuciaba todo mucho. Un día me dice mi hermana, «las muñecas están muy sucias y las vamos a lavar». Llenamos una palangana de agua, metimos las muñecas y... ¡como eran de cartón se deshicieron!

Una tía nuestra vivía al lado. La pared de la choza nuestra daba a la de ella y teníamos las puertas juntas, ellos veían lo nuestro y nosotros lo de ellos. El horno lo teníamos enfrente. Mi tía estaba mejor, *amasaba* más que nosotros y tenía animales. Cuando *amasaba* mi tía no era capaz de decirnos, «*tomar una telera y comérsela calentita con aceite*»... o con lo que tuviéramos. ¿Cómo puede haber personas así?

Mi tía tenía una higuera con unas brevas, se caían al suelo y no las daban. Un día se fue mi tía a comprar y se quedó una prima con nosotras. Mi hermana le dijo, «prima, ¿sabes lo que vamos a hacer? Vamos a coger las brevas». Se subieron en el tejado de la choza para llegar a la higuera y, como era de castañuela y estaba en muy malas condiciones, se hundió y cayeron abajo.

Voy a explicar algunas recetas de las comidas de entonces:

El gazpacho caliente o gazpacho *tascaburro*. Se pone agua con dos o tres tomates a cocer. En un *dornillo* de madera se hace un majado con ajos y pimiento. Cuando el tomate está cocido se maja todo junto. Después se cuece pan duro y se maja también. Se le añade aceite, sal y una naranja exprimida.



El puchero antiguo mi madre lo ponía con garbanzos remojados la noche anterior, un poco de tocino y un hueso de cerdo. Y zanahoria, patata y apio, que lo *criaba* mi padre en el huerto. Cuando todo estaba medio cocido le echaba arroz, que lo compraba en la tienda de Herrera. No había otra cosa y estaba más bueno que los de hoy¹⁰⁶.

Los tallarines y fideos mi madre los hacía con agua, harina y sal. Con la masa hacía una torta muy fina y la ponía a secar. Después con unas tijeras la cortaba en tiras y la guardaba. Las empanadillas de boniato se hacen con una masa de harina, agua y sal. La masa se extiende lo más fina posible y se corta con un vaso. Se cuecen los boniatos y se estrujan con un tenedor, se añade a esta pasta azúcar al gusto y bastante canela. Se rellena la empanadilla, se fríe y después se rebozan con azúcar o se enmielan.

Los pestiños llevan harina, vino, aceite, *matalahúga*, cáscara de limón y una ramita de canela. Se pone a freír el aceite y se le echa la cáscara de limón, la canela y la *matalahúga*¹⁰⁷. Se retira del fuego y se deja enfriar. Se añade la misma cantidad de vino que de aceite y luego harina, la que admita. Cuando la masa está liuda se extiende, se corta en trocitos alargados, se fríen en aceite muy caliente y abundante y se enmielan.

No había médicos ni había nada

Antes de seguido nos poníamos malas, porque no estábamos bien cuidadas. Entonces nos llevaban a El Chaparral, donde una señora que le decían la Virgen. Mi padre nos montaba en una burra que tenía y allá que íbamos. La Virgen nos sobaba la barriga con aceite y nos quitaba la infección. ¡Ya volvíamos nosotras nuevas! Como no había médicos ni había nada, todos los del campo le teníamos una fe horrorosa. Mi madre decía que ella *tenía gracia*¹⁰⁸, ¡y la gracia estaba en llevarnos hasta donde vivía la señora por tres días seguidos!

106] La mayor parte de los ingredientes del puchero diario no se compraban. Las familias que habitaban las chozas comían lo que producían más algunos productos comprados con la escasa moneda que manejaban: cuando trabajaban para los señoritos, recibían parte del salario en especie. Por eso se hacía mucho trueque.

107] Matalahúga o anís.

108] Quiere decir que tenía un don o poder sanador.



A mi madre la dijeron que otra señora en La Canchorrera *tenía gracia*. Ella tenía un bar donde vendía *cafelito* y allí mismo nos curaba. ¡Ya no tenía mi padre el pobre que llevarnos tan lejos!

Mi hermana cogió las calenturas del paludismo. Era una fiebre muy alta y mi madre se creía que se moría. Toda la noche poniéndola paños de agua fría. El médico de Facinas, don Juan, nos dijo: «*tener* cuidado de no salir por las tardes, que los mosquitos traen el veneno del paludismo y con la picadura lo dejan a las personas».

Un poco más abajo de nuestras casas sembraban trigo, garbanzos y habas, y en el tiempo de la siega allí había muchísimos mosquitos. Mi padre se ponía un sombrero y unos ramilletes de poleo por las orejas porque se lo comían los mosquitos y venía todo picadito. El poleo también es bueno para el catarro: se toma con leche muy calentita y miel. Y en el tiempo de los caracoles, al cocerlos se les echa poleo.

La mierda de vaca y de caballo la usábamos para calentarnos y también para ahuyentar los mosquitos de noche. En la puerta de la casita de las camas mi padre nos ponía dos o tres *moñigas* de vaca ardiendo y el humo entraba para adentro. «¡Ya viene con la *moñiga*! ¡Qué peste!».

Esa era la «colonia» para que no nos picaran los mosquitos.

Nosotras no sabíamos nada de «tener la barriga», ni qué era «estar en estado». Yo soy la segunda y me llevo diez años con mi hermana la pequeña. Una noche veo a mi madre con una escobilla y un cubo de cal. «Mamá, ¿qué haces?». «Pintando la casa, que está esto muy feo». Se había puesto con los dolores del parto y quería dejarlo todo limpio. Recuerdo muy bien lo que teníamos en esa habitación, un baúl, una mesa de esas antiguas y dos camas, la



Yo con mis cuatro hermanas, mis padres, mi hijo y mi sobrino. En Barcelona, en 1970.



de ellos y la nuestra. Dormíamos las hijas cuatro en una cama, dos para arriba y dos para abajo.

Mi padre había ido a buscar a Luz Ruiz, la mujer que *asistió* a mi madre, que vivía una casa más allá de la nuestra¹⁰⁹. Ya amaneciendo nos despierta mi madre: «¡A levantarse! ¡Venirse a la casa de la candela que van a estar calentitas!». Estábamos las cuatro allí con una olla de agua caliente en la candela y asomadas a la rendija de la puerta. No podíamos preguntar. Es verdad que tanto peca lo poco como lo mucho, porque antes no se podía hablar.

Y ahora yo le digo a mi hermana, «¡Juana, he sentido una niña llorar». Viene mi padre y nos dice, «¡Ha venido la cigüeña, se ha posado en el *chaparro* de la puerta y ha dejado a una niña muy bonita envuelta en un pañito! ¡Id a verla, que es preciosa!». «Papá, y la cigüeña, ¿dónde está?». Nosotras queríamos ver a la cigüeña, no a la niña. «Se ha ido volando». Nosotras tan creídas. Vimos a esa mujer lavando a la niña. ¡Claro, la cigüeña la había traído sin lavar!

Con ocho años mi hermana llevaba los pavos

En casa éramos muchos y había que trabajar desde pequeña. Y como entonces no se ganaba nada... Yo con diez años ya estaba sirviendo. Por eso trabajé menos en el campo. A mis dos hermanas más mayores les tocó hacer esos trabajos. Mi hermana Pepita, que tiene dos años y medio menos que yo, hizo un trabajo durísimo. Con ocho añitos se llevaba los pavos a los rastrojos del trigo para que comieran. O a los rastrojos de habas o de garbanzos.

Había por allí muchos pozos donde las vacas tenían pesebres y Pepita bebía allí. Al coger el agua se podía caer y como mi madre no podía distinguirla desde la casa pasaba mucho miedo hasta que no la veía de vuelta con los pavos. De muy lejos veíamos que se movía su silueta. «¡Mamá, tranquila que ya viene de vuelta!».

Se iba a las ocho de la mañana y antes de las tres de la tarde no estaba de vuelta, con un sombrero de palma que se ponía la pobre, y toda quemadita. Si venía un día de agua llegaba ella empapadita, ¡porque los pavos los tenía que sacar! Tantas veces se iba llorando porque no quería irse con los pavos o cogía una rabieta y no quería comer. Mi madre lo pasaba muy mal: «Pepita, ¿qué vamos a hacer? ¡Yo me tengo que ir a lavar a la reguera!».

109] En este contexto, *asistir* significa atender en el parto.



Mi hermana con 19 años y yo con 16 años. En Facinas, el 26 de abril de 1957.

Mi hermana en verano se iba a coger *cojollos*, las hojas más jóvenes de la palma. Eso se arrancaba a mano y traía las manos destrozaditas. En la parte de abajo de Facinas los juntaban por millares en gavillas y los vendían. Le daban muy poquito pero era una ayuda para la casa. Iban en grupos de hombres y mujeres, y decían los hombres, «¡Ay que ver, que la Pepa nos gana cogiendo *cojollos*!»¹¹⁰.

En el tiempo del poleo la gente lo recogía por sacos. Lo arrancaban con la raíz. Cogían muchísimo pero eso pesaba poco y pagaban mal. Mi hermana Pepita iba con mi padre y si él llenaba medio saco ella llenaba un saco. Ponían unas calderas grandes al aire libre donde lo cocían y se llevaban ese líquido para hacer medicinas.

Como no teníamos hermanos nos tocaba a las hembras hacer esos trabajos; que no eran trabajos ni de hombres... Cuando voy a Barcelona y nos juntamos las hermanas hablamos muchas cosas de éstas. Ahora son historias de risa, ¡pero entonces era llanto!

Yo fui a cuidar a un matrimonio mayor que vivía en el cortijo Iruela. Mi madre me llevaba al cortijo y yo me trincaba a su vestido. No quería ir a trabajar y no quería que se marchara mi madre. Allí en el cortijo para llegar al fregadero me tenían que subir en un banquete de corcho. Me daban una *gorda* y un huevo diario. El dinero lo guardaba para comprarme algo cuando viniera el *recovery* y lo primero que me compré fueron unos calcetines.

Al año me fui al cortijo de El Acebuchal, donde lavaba la ropa de siete hombres hincada de rodillas, porque entonces no había pila para lavar. Y tenía que

110] Los *cojollos* son los penachos jóvenes de la hoja del palmito, que una vez secos se usan para tejer cuerda de *toniza*, espuestas, esteras, *capachas*, escobones, etcétera.



sacar el agua de un pozo con una garrucha y un cubo de cinc. No me pagaban nada, sólo me daban la comida. Mientras trabajaba allí había una menos que comer en la casa.

Allí también lavaba *enseñeras*, que son unas piezas de lona muy dura que se ponían los *segaos* y los trabajadores encima de la ropa con unos botones grandes para no ensuciarse. De restregar me salía sangre en los nudillos y en las yemas de los dedos. Mi madre me sacó de allí: «la niña pasará el hambre que tenga que pasar pero se queda con nosotros».

Después estuve en la finca de Retín cuidando a unos familiares de don Carlos Núñez, el dueño de la finca, que eran mayores. Me ponían a fregar y a hacer de todo, no sólo a cuidarles.

Y mi último trabajo fue en Tarifa con una familia de Córdoba. Él era veterinario y estaba destinado en Tarifa. A las siete de la mañana tenía que llevar a la niña a la capilla de las monjas de Tarifa, donde decían misa. Después la llevaba a la escuela. Cuando volvía preparaba el desayuno, lo arreglaba en una bandeja y se lo llevaba a la señora a la cama.

Tendría unos trece años y recuerdo que lavaba en una pila. ¡Por lo menos había pilas! Planchaba las camisas almidonadas con una plancha de carbón que pesaba muchísimo. Todo lo que había en la coqueta, el cepillo, el espejito... era de plata y tenía que estar siempre brillando. Por eso será que tengo tantos dolores en los brazos y en la espalda.



Con mi uniforme, cuando estaba sirviendo en Tarifa.

Había mucho miedo

Cuando yo tendría unos siete añitos, hacia el año 47, venían unos hombres que se escondían en los campos. Les decían «los de la sierra» y también «los rojos». Eran *bandoleros*¹¹¹. Yo los he visto con mis ojos. Mi madre cuando se iba a la reguera a lavar nos decía, «¡mucho cuidadito con *los hombres de la sierra!*».

111] Ver testimonio de Quica Rojas Olmo.



Mis padres se fueron a trabajar a una fábrica de conservas a Tarifa en 1966. Allí se hicieron esta foto.

Una vez estábamos en el patio de la casita y le digo yo a mi hermana, «¡Juana, mira, allí en el *alfanje* hay tres hombres!». Y corrimos a cerrar la puerta. Entonces no había cerrojos; poníamos un palo muy grande que llamábamos tranca detrás de la puerta. ¡Pero a la puerta le faltaban tres o cuatro tablas! Nosotras asustaditas mirando por el hueco. Hasta que mi madre llegó.

En la misma casa de la candela mi madre tenía un gallinero de cañizo que lo había hecho mi padre y teníamos también las cositas de comer. Una noche estábamos ya dormidas y sentimos el jaleo de las gallinas piando, «¡coco corocoooo...!». Mi madre no se atrevía a salir y atrancó la puerta por dentro. Venían buscando de comer. Con la luna los vio salir con *la* azúcar, el poquito de aceite que teníamos y unas pocas de gallinas. Al otro día vio en el *albulagar*¹¹² las plumas de las gallinas: allí las habían matado y se las habían comido.

Entonces no se hablaba de nada. Con once años *fui mujer* y no sabía qué era aquello¹¹³. Yo estaba trabajando en Tahivilla en casa de una mujer, Chana la Gorda, que era muy buena. Me vi que tenía sangre, me fui a la cuadra y me puse a llorar en un rinconcito. La mujer me buscaba, «¡Paquí...!» y yo no le contestaba. Cuando me encuentra, «Ay hija, dime, ¿no quieres estar aquí?». «Me da mucha vergüenza. Es que yo me he visto sangre...». «¡Ay qué tonta, no te apures! Eso significa que ya *eres mujer*. Te voy a preparar un trapito para que te lo pongas, y tú no te pongas a *referirlo*».

112] Un *albulagar* es un matorral de *albulaga* o aulaga, un arbusto muy espinoso de flores amarillas y fruto en vaina. Varias plantas de los géneros *Echinopartum*, *Genista* y *Ulex* tienen ese nombre.

113] Con once años le vino la regla por primera vez.



No había confianza de los padres con los hijos. Nosotras éramos todas hembras y mi madre podía habernos dicho algo. Recuerdo que cuando venía cualquiera a la casa nos teníamos que ir. Llegaba uno que se llamaba Frasquito vendiendo telas y decían, «irse a la casa de la candela». En la conversación esa no podíamos estar nosotras. ¡Pero si venía a vender!

Pasaban las cosas delante nuestro y no lo veíamos. Estábamos dormidas. No era sólo que no nos enterábamos, es que había mucho miedo. Yo comprendo que hay que tener respeto a los padres, ¡pero era una cosa fuera de lo normal!

No sabemos nada de la vida de mis padres porque ellos no nos han contado nada. Cuando yo nací ya había pasado todo lo gordo y hoy miento algunas cosas y me dan escalofríos. ¡Lo que habrán pasado ellos para criarnos a nosotras! Mi padre murió antes de cobrar su primera paguita extraordinaria, que estaba loquito de contento. Él murió con ochenta años y mi madre con noventa, y a mí no se me quita un dolor muy grande que tengo: yo quisiera que hubieran durado un siglo porque ahora era cuando podían vivir bien.

He recogido este poema de Federico García Lorca que me gusta mucho, que se lo dedico a mi madre:

Era el plenilunio,
pasada la primavera,
cuando en estos pagos
el trigo ya estaba en la era.
En aquellas noches
de claros de luna
cuajados de estrellas
cuando me esperabas,
mirabas al cielo
y plegarias rezabas;
y en tus sueños de madre
canciones de cuna cantabas.



Éste es mi padre con 55 años, con un nieto suyo. La foto está hecha en Barcelona, donde él trabajaba en una fábrica.



Las fiestas de La Canchorrera

La tienda de Herrera el *recovery* estaba en un sitio que le decían El Barrio. Para llegar ahí teníamos que pasar cerca de una *laja*. Muchas veces íbamos de noche, mi padre nos acompañaba, mi madre se quedaba sola con la niña chica y nos decía al salir, «no *coger* la noche a ver si en la *laja* les salen los *encantos*». «*Encantos*» eran seres con sábanas blancas. Yo me dije un día, «me voy a venir sola de noche a ver si me salen algunos *encantos*». ¡Y a mí no me salió nadie! ¡Hay que ver la vida de antes! Después que no teníamos casi diversión, ¡pasábamos un miedo! Que si viene el *encanto*, que si viene lo otro...

La tarántula es un bicho como una araña que pica a la persona. Para que salga el veneno tiene que liarse a tocar un hombre una guitarra y la que tenía el bicho se liaba a bailar. Yo he visto eso. La Canchorrera ha sido para eso única. Una muchacha joven que vivía a medio kilómetro de mi casa se puso mala porque le había picado. Empezó con la guitarra el hombre y cuando se cansaba se turnaba con otros, y ella se llevó bailando horas y horas sin parar. Mi madre ha muerto creyendo en esas cosas. Yo le decía, «eso es porque ella quiere». Y ella me decía, «¡cállate, que es verdad!».

Donde Herrera también hacían fiestas. Entre todos los vecinos seríamos unas veinte familias, ¡pero no veas las fiestas de La Canchorrera!¹¹⁴ Hay muchas coplas de allí:

Si vas a La Canchorrera
ponte la ropa de mojarre,
que allí está La Cuchilleja
que corta mejor que un sastre.

Vengo de La Canchorrera,
de La Canchorrera vengo,
vengo de ver una novia
que en La Canchorrera tengo.

Tengo una novia en Zahara,
otra tengo en La Zarzuela,
dos tengo en El Almarchal
y tres en La Canchorrera.

114] Muchos relatos orales aluden a las fiestas en La Canchorrera, a donde acudían las familias de otros poblados y diseminados. También lo citan estudios sobre el folclore tradicional tarifeño como el jugoso artículo de Juan Quero «El chacarrá en la costa tarifeña», publicado en la Revista de estudios tarifeños Aljaranda 8, Editada por el Ayuntamiento de Tarifa, 1993 (15-17). Tomado de Dialnet: <https://dialnet.unirioja.es>.



Durante tres años llevé un grupo de *chacarrá*, el fandango típico de por aquí. Estábamos varias mujeres y un grupito de niñas de unos siete u ocho años que bailaban. Yo cantaba y tocaba la pandereta, y la guitarra la tocaba un hombre que le decían Juan Manta. Trabajamos mucho sin pedir nada a nadie. El señor alcalde nos dejó un sitio e hicimos rifas para tomar alguna cosita en la feria.

No nos podíamos rozar

Mi comunión la hice con doce años, cuando estaba trabajando en El Retín con la familia de don Carlos Núñez. Una de las señoritas de don Carlos nos preparó a mí y a tres chicas que tenían con ellos trabajando: la cocinera, la que hacía las camas y la planchadora. En un garaje pusimos flores en una mesita y vino un cura de Zahara a darnos la comunión.

Allí me enseñaron a rezar. A mí me gusta mucho ir a misa para escuchar la palabra de Dios. Me confirmé en La Canchorrera con dieciséis años. Llevaron al señor obispo en un caballo y lo pasamos muy bien. Le cantamos el *chacarrá* y también se lo bailamos. Fue el día más feliz de mi vida.

Con mi novio fui muy adelantada: empecé a hablarle con catorce años. Yo trabajaba en Tarifa y él trabajaba en el bar de Juan y Antonia Gil. Ya ganaba un dinerito y se lo daba a su madre. Ha estado veintinueve años ahí. Apenas nos veíamos. Él salía muy tarde y entonces no había coches como ahora.

Cuando yo estaba sirviendo en Tarifa mi novio venía a verme. Entonces estábamos deseosos de un abrazo, de un beso... pero no lo hacíamos. Si un día tenía poco trabajo hacía una escapada y paseábamos solos. Si había cine yo pedía permiso a la señora donde estaba y nos íbamos juntos. ¡Estábamos deseando que apagarán la luz!

Y cuando yo estaba en La Canchorrera, a las diez u once de la noche él cogía una mula de Juan Gil y subía los ocho o diez kilómetros. Nos metíamos



Mi marido y yo de novios en la romería de La Luz, en Tarifa, hacia 1957.



en la casita blanca y yo me ponía a hablarle a su lado, que no nos podíamos rozar ni nada. Y mi hermana la pequeña enfrente de guardaespaldas. No nos quitaban ojo. Mi madre gritaba desde la casita de la candela: «¡Ya mismo voy a poner la escoba detrás de la puerta!». Antes se hacía esa señal para que el novio se fuera.

Cuando mi marido se fue a la mili me dijo, «tú coges las letras y las vas uniendo. Que no te vaya a escribir nadie las cartas, porque nadie tiene que saber lo que tú me pones». Yo le escribía a mi novio y él me contestaba, «tú me sigues escribiendo, que yo entiendo lo que tú quieres decirme». Así me iba yo soltando.

Yo cogía el ABC, el periódico que leía el señor de la casa donde estaba sirviendo. Iba uniendo las letras a ver lo que decían y copiándolas. Unía, unía y así sabía palabras. O le preguntaba a mi hermana: «Juana, ¿cómo se pone esto?». Porque ella es la única que tuvo maestro. Era un hombre que venía por los campos y se dedicaba a dar clases por su cuenta.

Le decían El Pequeño. Mi madre habló con él: «En casa no sabemos ninguno leer ni escribir. Yo quiero que le de clase a mi hija la mayor para defendernos nosotros en algo si un día hace falta».

Tengo toda mi familia en Barcelona. Mi hermana Pepita se fue en 1962 acompañando a una señora de Tarifa para trabajar con ella. Al año se fueron mis padres y mis hermanos. Yo me quedé aquí porque mi marido estaba trabajando en el bar. Lo pasé muy mal con tanta familia que se me fueron. Yo me quería ir con ellos.

Cuando pensamos en casarnos mi marido compró una casita que le costó veinte mil pesetas. Yo me casé en el 64. Mis padrinos fueron los dueños del bar donde mi marido trabajaba. Antonia Gil dijo que él era como el último hijo que se le casaba. Lo celebré en el bar y nos pagaron la boda. Gracias a Dios, para aquel tiempo mi boda fue muy bien. Me casé de blanco. La señora donde yo trabajaba en Tarifa me regaló



El día de mi boda, que yo tenía veinticuatro años y mi marido veintisiete.



la tela para el traje y una modista amiga mía me lo hizo. Nos fuimos una semana de viaje de novios a Sevilla con una hija de Antonia, que nos tenía preparada una habitación.

Una señora *recogía* a los críos

A los nueve meses y nueve días de la boda nació Pepe. Vino a atenderme María Castilla, una señora de Facinas que se dedicaba a *recoger* niños. Aquel día se puso otra mujer de parto y como yo todavía tardaba porque era primeriza, María se fue donde ella. Yo estaba segura de que lo tenía: «esto no puede seguir más, ¡porque si no yo reviento!». En una noche de agua horrorosa mi marido fue a buscar al médico.

Vino don Juan: «No te preocupes que eres primeriza y tarda. Te voy a reconocer». No le dio tiempo ni a ponerse el babi. «¡Si el niño me lo estoy notando yo!». Esa fue mi palabra y es que el niño estaba con la cabecita fuera. Cuando nació yo sentí como una tela cuando se rasga y eso se quedó así, porque entonces ni puntos ni nada.

En cuanto le retiré el pecho al primero me quedé embarazada otra vez. Nació el segundo a los catorce meses. Para reconocerte mojaban el dedito en aceite de oliva, lo metían y lo esparcían en círculos. Ni guantes siquiera; como las bestias. En la casa no había sitio para nada y en el filo de una ventanita muy pequeña yo hacía los dolores de parto.

Javier, el tercer, se lleva tres años y medio con Antonio. Lo tuve en el Hospital de las monjas, en Tarifa.

María Castilla era aficionada. Ella era buena con todo el mundo y no cobraba nada. Cada una le daba una propina; lo que podía. Dejó su vida ahí. Hace muchos años me enteré de



Mi marido, mi hijo mayor y yo, en 1966.



Yo con dos hijos. El de la cuna tenía catorce meses y el otro tenía dos días.



María Castilla Navarro,
partera.

que había muerto. Tantas mujeres hay en Facinas a las que ella asistió y nadie sabía de su familia.

Ella era muy buenísima. Llegaba siempre masticando un dulce o algo y con un mantón sobre los hombros. «¡María, que tengo unos dolores muy grandes!». «No hija, tú todavía no estás preparada; todavía no viene», decía ella siempre. Se llevaba toda la noche sin dormir. Y si estábamos dos noches de parto allí estaba ella. Se empapaba ella de la colonia del crío, para que en el pueblo supieran que acababa de *recoger* un niño. Y venía después a tu casa por lo menos tres o cuatro días a bañarlo.

Nosotros dormíamos en una alcoba con el pequeño y los dos mayores en la otra alcoba, en una camita.

Yo tenía que ir a lavar a una reguera, no teníamos agua ni luz y tampoco servicio, pero teníamos techo. ¡Aunque en el invierno *se llovía* como una parra! Para que mis niños no se mojaran, en el cabecero de la cama les ponía un plástico. Y toda la noche me la llevaba cambiando palanganas. Hasta que a los siete años mi marido puso una chapa encima de las tejas.

A los diez años de estar casada mi marido enfermó. Dejé con mi suegra a mis niños pequeños y me fui para Madrid con mi marido. Lo tuvieron que operar dos veces, en 1974 y en 1977. Yo me quedaba hasta muy tarde con mi marido en la clínica y después me tenía que venir sola. Era una calle enorme de larga y pasaba mucho miedo. Una noche me salió un hombre de un coche. Yo corría para llegar al portal. El portero me dijo que si me pasaba otra vez que cogiera una piedra y se la tirara.

Menos mal que la dueña de la pensión donde nos alojamos me dio tantos consejos y todos buenos. El día que operaron a mi marido se vino conmigo a la clínica. Y cuando volvíamos a Madrid para la revisión siempre nos tenía la habitación guardada. Yo la quería mucho. Doy gracias a Dios porque si no hubiéramos ido a Madrid mi marido no habría estado con nosotros veinticinco años más y terminamos de criar a sus hijos.

Mi suegro nunca apareció

Cuando la guerra yo no había nacido. Mi marido nació ese año. Mis suegros vivían en un cortijo. El marido era zapatero. Un día le dijo a mi suegra, «coge la niña y vamos de visita a casa de mi madre, que está la tarde buena». Se vinieron



desde el cortijo para El Algar, un poquito afuera del cortijo. Al pasar un río les salieron unos hombres: «Pepe, queremos hablar contigo. Que siga tu mujer y tú te quedas un rato con nosotros». Mi suegra siguió hasta casa de la madre con la niña, Maruja, que tenía dieciocho meses. Espera que espera llegó la noche, llegó el día siguiente y su marido nunca apareció.

Los hijos de mi suegra cuando fueron mayores querían saber qué había sido de su padre. Fueron a Jerez y a Arcos de la Frontera a ver si estaba asentado. Y a la iglesia de Facinas a ver si alguien había puesto allí el nombre. Él no tenía por qué morir. No se había metido en nada ni había estado en ninguna reunión.

Mi suegra estaba embarazada de un mes y tuvo que salir adelante. Se fue a El Algar donde una hermana suya que tenía una panadería y la ayudaba a *amasar* a cambio de la comida. Después de que naciera su hijo (mi marido) se vino a Facinas con su madre y se volvió a casar. Ella se iba a coger *tagarninas* y cosas del campo para dar de comer a sus hijos. Trabajaba en las casas, en matanzas... En lo que le *encartaba*¹¹⁵.

Mi marido se llamó como su padre, Pepe. Él trabajaba en alguna cosita aunque le dieran poquito. Si le daban a guardar los cochinos tenía que ir caminando al campo y se llevaba diez días por ahí. Su madre salía a lavar a la reguera o a pintarle a alguien la casa y cuando Pepe volvía a la casa *arreciíto* no tenían ropa seca ni comida¹¹⁶.

Él contaba estas cosas a Javier, nuestro hijo pequeño. Y Javier se quedaba con la boquita abierta y se reía: «¡Papá, no puede ser verdad; esto me sabe a mí a cuento!». «Hijo, la necesidad lo hacía; tenía que ayudar a la abuela». Mis hijos, ¿qué saben de esto? Ellos no saben nada. Porque se han criado *en clase de pobres* muy bien, gracias a Dios, en el sentido de que no les ha faltado un plato de comida.

115] *Encartar* es surgir inesperadamente o acontecer de buen grado.

116] Con pintar se refiere a encalar.

Arreciíto viene de *arrecío*, que significa muerto de frío.



Ombigo de venus en el muro de una choza. Los Boquetillos (Sierra de la Plata, Tarifa).

EPÍLOGO

LAS RUINAS ENGRANDECEN NUESTROS CAMPOS

En las dos últimas décadas del siglo XX en Tarifa aún había gente que vivía en chozas. Recordemos al pastor que habitaba cerca de la Venta de Ojén (a finales de los ochenta), a Antonia Cote en El Realillo de Bolonia (años dos mil) y a Andrés Manso en El Paredón (Puertollano, año 2008).

En 2013 quedaban contadas chozas en pie. Estaban habitadas por ancianos y algunos de ellos habían sido objeto de noticia en los medios de comunicación local. La actual economía de sobreproducción y consumo desmedido había permitido ciertas mejoras en sus viviendas. A la piedra, madera, corcho y tallos vegetales habían sumado plásticos, chapas y restos de obras. Éste es el caso de Eduardo, en Puertollano. Paqui Gil, vecina suya, me acompañó a visitarle. He aquí algunas fotos de su vivienda.



**Eduardo. Puertollano
(Tarifa), 2013.**



Entrada a la casa de Eduardo en Puertollano.



Cama de Eduardo, en la parte izquierda de su vivienda.



Ropero de Eduardo. Esta pieza forma ele con la vivienda principal y se accede a ella desde el interior.



Con mi retorno a Bilbao volví a caminar por montes, pueblos y ciudades del Cantábrico. Mis pies me conducían a los museos arqueológicos de las ciudades que visitaba: Pontevedra, San Sebastián, Bilbao... Me inquietó observar las maquetas y dibujos que reproducían los espacios de vida de las comunidades prehistóricas. ¡Aquellas construcciones de caña, ramajes, barro y piedras poco distaban de las chozas que yo había conocido!



Reproducción de un poblado prehistórico. Museo Arqueológico de Bilbao. Detalle de una choza.



Reproducción de un poblado prehistórico. Museo Arqueológico de Pontevedra.

«A duras penas recuperamos restos prehistóricos al tiempo que derribamos los más recientes», me decía Manoli Delgado, vecina de La Ahumada. Lamentablemente los testigos de nuestra historia reciente van desapareciendo. No sólo se dejan a la suerte de la erosión y el olvido. Las piedras de las ruinas han sido secularmente aprovechadas para hacer nueva vivienda.

En las viviendas que circundan la Sierra de la Plata se utilizaron piedras de la ciudad romana de Baelo Claudia. Esto no es ya factible, porque la ciudad romana está enclavada en el Parque Natural del Estrecho y es patrimonio histórico. Ahora algunos constructores aprovechan las piedras de los poblados de chozas recién abandonados.

Y en ocasiones las ruinas se derriban: los vestigios de vivienda y vida se transforman en montones de piedras. Hacia el año 2010 con ocasión de un deslinde en La Ahumada el Ayuntamiento de Tarifa junto con el Parque de los Alcornocales derribaron con una máquina varias ruinas de viviendas tradicionales. Entre ellas estaba la que construyó el abuelo de Manoli Delgado, que vivió allí con su familia.

Manoli Delgado nació en 1970 en La Ahumada. Durante su infancia estudió



Estado en que quedaron las ruinas de varias viviendas tradicionales de La Ahumada tras el derribo por las máquinas.

con el apoyo de maestros ambulantes y de familiares cercanos, pues en ese monte nunca hubo escuela rural. Ella sigue viviendo en La Ahumada y trabaja como carterera de Correos en Tarifa. Sus abuelos se dedicaban a las tareas del campo y a lo que salía en cada temporada; la siega, el carbón o *la corcha*:

Mi familia nunca ha tenido tierras. Mi abuelo paterno llegó a La Ahumada y se hizo una choza de piedra. En esta dehesa, la gente que venía a trabajar en el carbón u otras cosas se asentaba y hacía su choza. Con el tiempo y conforme cambiaba la vida la mejoraban algo sin permiso ni escrituras de propiedad.

Manoli publicó en la prensa local un escrito denunciando el derribo de las viviendas: «Enclaves unifamiliares típicos habitados desde finales del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX. Dos construcciones unidas por un patio y junto a ellas los habitáculos para los animales, la *majá* de las cabras, la de las ovejas, el gallinero y el horno donde se hacía el pan, rodeado por una pared



de piedra que era el huerto». «Todo esto cubría las necesidades de la familia», subraya Manoli.

Resumo algunos párrafos de interés:

Antes podíamos enseñarlas y contarles a nuestros hijos dónde y cómo vivían sus abuelos. Cuando venían personas de fuera de visita o de ruta por el campo, podías decirles cómo se desarrollaba la vida en esas ruinas y cómo era su economía. Ahora solo queda terreno destrozado, montones de piedras y todo revuelto por la máquina. Lo que antes era cultura ahora es desolación.

Esto muestra el absoluto desprecio hacia el campo y hacia las personas que vivimos aquí. Con un pueblo con tanta historia, la más reciente y no por ello menos interesante no les preocupa. ¿Qué daño les hacían unas cuantas ruinas? Engrandecían nuestros campos, tenían sus historias¹¹⁷.

Paqui Ruiz y Mari Luz Ruiz tienen el privilegio de haber vivido en un enclave lleno de historia: junto a la necrópolis de Los Algarbes, uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de la provincia de Cádiz correspondiente al Calcolítico y a la Edad del Bronce. La necrópolis fue excavada en los años sesenta y setenta por el arqueólogo Carlos Posac Mon y su equipo. He aquí una foto tomada en una de sus campañas:



Carlos Posac junto a Paqui Ruiz y familiares suyos junto a una choza de aperos. Los Algarbes, 1972.

117] «Destrucción de ruinas históricas en La Ahumada». Artículo publicado en el periódico digital Tarifa al Día.



A principios de los años sesenta las hermanas Ruiz Araújo jugaban a las casitas en las cavidades areniscas de esta necrópolis. Su casa verdadera consistía en varias chozas. Algunas viviendas de la familia se han rehabilitado y otras están en estado ruinoso. Cuando las entrevisté quisieron mostrarme las ruinas de las casas que me habían descrito. Me guiaron entre cañas, chumberas, acebuches y zarzamoras, y posaron orgullosas junto a los restos.

Como si se tratase de una visita guiada por el yacimiento de su historia familiar, Paqui y Mari Luz se detenían ante cada construcción: «ésta es la *gañanía* de mi abuela», «aquí ves la casa de la candela», «ven, que te enseño el horno de pan»... Donde la mayoría de visitantes verían muros ruinosos ellas ven espacios de vida repletos de historia.

Me viene a la memoria la voz firme de Antonia Gil, de Puertollano, cuando me explicaba por qué trasladó hasta su patio una piedra de lavar:

Yo era la mayor y *ha tenido* que cuidar a mis hermanos, a todos por todo. Y lavar muchísimos trapos, porque entonces ni había lavadora ni había *ná*. Algunas veces dicen mis hijas que yo estoy loca y les digo, «bueno, tendré un punto de estarlo, sí»... Porque yo tenía un lavadero de piedra ahí en el campo y tanto apego le tenía al lavadero que un día a un muchacho le dije, «me vas a traer la piedra con el carro y me la vas a poner ahí, ¡y no me la vayas a partir!». La tengo en el patio colocada. ¡Cuántas veces he lavado yo *hincaíta* de rodillas con esa piedra!

Al transcribir entrevistas, si un enunciado me impresiona reinicio la grabación y cierro los ojos. He escuchado repetidamente las voces de las protagonistas de este trabajo. Las mujeres han sufrido más la marginación y con más silenciamiento. Sus relatos inciden en la dureza de su vida, en la incertidumbre, la imposición y la injusticia; se preguntan en voz alta sobre los límites de la dignidad humana: «Parece que hemos sido salvajes». Se deslizan hacia la nostalgia de la juventud, tiempo de vivencias livianas, y celebran orgullosas haber podido salir adelante. Lo afirman en singular y en plural, como logro personal y comunitario.



Viviendas de la familia de Paqui Ruiz y Mari Luz Ruiz en Los Algarbes (Tarifa)

Imágenes tomadas en mayo de 2013



Casa de las camas.





Cañanía de la abuela de Paqui.



Mari Luz Ruiz junto al horno donde cocían el pan.



Paqui Ruiz junto a la *gañanía*.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ CABEZA, SEBASTIÁN (2012). «Cristóbal Gutiérrez y los montes de Tarifa». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda*, número 86 (40-45). <http://aljaranda.com/index.php/aljaranda/article/view/11>
- «Antiguo poblado de Las Canchorreras» (2010). *Puerta de Jerez*. Boletín informativo número 32. Edita Asociación tarifeña de defensa del patrimonio cultural Mellaria. Tomado de: <https://mellariatarifa.files.wordpress.com/2010/09/puerta-de-jerez-nc2ba-32.pdf>
- CNIG (Centro Nacional de Información Geográfica). Instituto geográfico nacional. Fototeca digital. «Vuelo fotogramétrico realizado en los años 1956-1957 por el Army Maps Service de Estados Unidos». <https://fototeca.cnig.es/>
- COSTE, PIERRE; CORNU, CLAIRE; LARCENA, DANIÈLE y SETTE, RENÉ (2017). *La piedra seca. Un recorrido por el mundo, allí donde la sencilla piedra hace paisaje. Guía para edificar y reconstruir*. Fotografías de François-Xavier Emery. La Fertilidad de la Tierra Ediciones. Estella (Navarra).
- DELGADO, MANOLI (2010). «Destrucción de ruinas históricas en La Ahumada». Artículo publicado en el periódico digital *Tarifa al Día*.
- DÍAZ, BEATRIZ y QUERO, JUAN (2007). *Memoria de Juan Quero, labrador, pastor y escritor*. Edita LitOral. Cádiz.
- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2007). *Hambre, gracias a Dios, nunca pasamos. Memorias de seis mujeres de Facinas y Tarifa*. Editan Atrapasueños y LitOral. Sevilla.
- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2011). *Un rosal de flores chiquititas. Represión y supervivencia en Los Barrios (Cádiz)*. Editorial Tréveris. Cádiz.
- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2013). *Camino de Gibraltar. Dependencia y sustento en La Línea y Gibraltar*. Editado por Delegación Provincial de la Consejería de Salud en Cádiz, Junta de Andalucía. Sevilla.



- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2018). *Con cuatro tablas y cuatro chapas. Vivir en barracas*. Autoedición. Bilbao.
- GARCÍA MOUTON, PILAR (1992). «El Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía. Hombres y mujeres. Campo y ciudad». *Congreso Internacional de Dialectología*. Real Academia de la Lengua Vasca. IKER 7, 151-177. En <http://hdl.handle.net/10261/13687>
- GRUPO DE TRABAJO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EPIDEMIOLOGÍA (2013). «Dictamen realizado por encargo del Defensor del Pueblo Andaluz sobre El exceso de mortalidad y morbilidad detectado en varias investigaciones en El Campo de Gibraltar (julio 2013)».
- ESCOLAR, ANTONIO (2011). *El medio social, la piedra clave; sobremortalidad por cáncer en El Campo de Gibraltar*. Editado por Delegación Provincial de la Consejería de Salud en Cádiz, Junta de Andalucía. Sevilla.
- GARCÍA DE ALVEAR, MARIANA (1986). *Los ranchos de Doñana. Chozas de la finca «El Pinar del Faro»*. Consejería de Política Territorial. Dirección General de Arquitectura y Vivienda. Andalucía. <http://infodigital.opandalucia.es/bvial/handle/10326/957>
- «Historia de San Roque en imágenes». Grupo de Facebook. Consultado en 2013.
- INSTITUTO ANDALUZ DEL PATRIMONIO HISTÓRICO (2012). *Bibliografía sobre arquitectura tradicional. Octubre del 2012*. Catálogo de la Biblioteca del IAPH en la Red IDEA. En http://iaph.es/export/sites/default/galerias/de-interes/mediateca-descargas/Bibliografxa_Arquitectura_tradicional.pdf
- INSTITUTO ANDALUZ DEL PATRIMONIO HISTÓRICO (2017). *Patrimonio inmueble de Andalucía. Base de datos del patrimonio cultural*. <http://iaph.es/patrimonio-inmueble-andalucia>
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, AMÉRICA (1995). «Chozos con techumbre de castaño». *Narría: Estudios de artes y costumbres populares* 69-70 (1995): 14-20. Edita Universidad Autónoma de Madrid. Facultad de Filosofía y Letras. Museo de Artes y Tradiciones Populares. <https://repositorio.uam.es/handle/10486/8472>
- JIMÉNEZ PEREA, FRANCISCO JAVIER (2003). *Tahivilla: de la política de colonización española al desarrollo rural de la Unión Europea*. Edita Instituto de Estudios Campo gibraltareños. Cádiz.
- JUNTA DE ANDALUCÍA. Dirección general de Arquitectura y Vivienda. Consejería de obras públicas y transportes (2002). *Cortijos, haciendas y lagares. Arquitectura de las grandes explotaciones agrarias de Andalucía*. Provincia de Cádiz. En: <http://juntadeandalucia.es/educacion/vscripts/wbi/w/rec/3437.pdf>



- LÓPEZ ÁLVAREZ, LAURA Y SÁNCHEZ TOSCANO, ÁLVARO (2001). *Análisis urbanístico de barrios vulnerables en España*. La Línea. Ministerio de Fomento. Secretaria de Estado de Vivienda y Actuaciones Urbanas, y Universidad Politécnica - Instituto Juan de Herrera. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio. <http://habitat.aq.upm.es/bbv/municipios/11022.pdf>
- «Los Barrios», web. Fotografías. En <http://losbarrios.es>.
- LUQUE, RICARDO MANUEL y PULIDO, RAFAEL (2014). «Metodología y fuentes para el estudio de una arquitectura rural desaparecida: las chozas del norte de la provincia de Córdoba». *Cuadernos geográficos*. Volumen 53, número 1. Universidad de Granada. Tomado de: <http://revistaseug.ugr.es/index.php/cuadgeo/rt/priniterFriendly/1329/2477>
- MADOZ, PASCUAL (1846). *Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Tomo V. Editado por Madoz, P y Sagasti, L. en Madrid.
- MAESTRE ALFONSO, JUAN (1968). *Hombre, tierra y dependencia en El Campo de Gibraltar*. Cuadernos Ciencia Nueva. Madrid.
- MARÍA HERRERO, PEDRO (1968). *El campo andaluz*. Editorial Ciencia Nueva. Madrid.
- MARTIN WJ II, GLASS RI, ARAJ H, BALBUS J, COLLINS FS, CURTIS S, et al. (2013). *Household Air Pollution in Low- and Middle-Income Countries: Health Risks and Research Priorities*. PLoS Med 10(6): e1001455. Tomado de <https://doi.org/10.1371/journal.pmed.1001455>
- MENA CABEZAS, IGNACIO R. (2003). «Humildes moradas. Recuperación de la arquitectura tradicional de chozos de piedra en Palomero». Alcántara: revista del Seminario de Estudios Cacerreños número 58, 2003:47-65. Tomado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=794745>
- MUÑOZ RODRÍGUEZ, ANTONIO (2007). *Patrimonio Cultural del Litoral de La Janda. Patrimonio Cultural de Vejer de la Frontera (III)*. Edita GDR Litoral de La Janda. Vejer de la Frontera, Cádiz.
- PARROQUIA DE SANTIAGO APÓSTOL (1989). *Recuerdos y reflexiones. La Línea de la Concepción (1952-1964). Experiencia Cristiana*. Imprime Gráficas Magariño's. La Línea.
- PIZARRO, JUAN MANUEL (2012). «El Puntal del Alamillo. Otro poblado abandonado cercano a Facinas». Blog *D Caminata*. <http://dcaminata.wordpress.com/2012/05/04/puntal-del-alamillo-otro-poblado-abandonado-cercano-a-facinas/>
- PIZARRO, JUAN MANUEL (2012). «Silla del Papa». Blog *D Caminata*. <http://dcaminata.wordpress.com/2012/04/13/silla-del-papa-laja-de-las-algas-o-de-la-zarga/>



- QUERALT TOMÁS, MARÍA CARME (1992). «Las barracas del Delta del Ebro. Un modelo de hábitat tradicional». *Narria: Estudios de artes y costumbres populares* 57-58 (1992): 10-15. Edita Universidad Autónoma de Madrid. Tomado de: <https://repositorio.uam.es/handle/10486/8333>
- QUERO GONZÁLEZ, JUAN (1993). «El chacarrá en la costa tarifeña». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 8, Editada por el Ayuntamiento de Tarifa, 1993 (15-17). Tomado de Dialnet: <https://dialnet.unirioja.es>.
- QUERO GONZÁLEZ, JUAN (1997). *Facinas. Historia de Facinas y Campiña de Tarifa según Juan Quero*. Editado por la Agrupación local del PSOE de Tarifa y Diputación de Cádiz.
- RECIO, J.M., DUEÑAS M.A. y CASTRO, J.C (1997). «La laguna de La Janda (Cádiz, España). Bases para su restauración ecológica». *Revista Ecología* nº 11, 1997 (125-142).
http://magrama.gob.es/es/parques-nacionales-oapn/publicaciones/ecologia_11_08_tcm7-45859.pdf
- RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO (1882). *Cantos populares españoles*. Edita Álvarez. Sevilla. Digitaliza Biblioteca pública (open Library) de la Universidad de Toronto. Págs 84-85.
<http://ia700408.us.archive.org/16/items/cantospopularese01rodruoft/cantospopularese01rodruoft.pdf>
- SÁNCHEZ EXPÓSITO, ISMAEL (2011). *Arquitectura vernácula de Extremadura II. Breve recorrido etnológico*. Lecturas de Antropología. Edita Junta de Extremadura, Consejería de Cultura y Turismo, Dirección General de Patrimonio Cultural. Badajoz, 2011 (19-20).
- SERRANO GÓMEZ, FRANCISCO (2007). *El diario de un aburrido. Niñez, juventud, retirada y exilio de un republicano español en Francia*. Edita Círculo de Escritores. Burdeos (Francia).
- SIGPAC, Visor (Sistema de Información Geográfica de Parcelas Agrícolas). <http://sigpac.mapa.es/fega/visor/>
- TARIFA TELEVISIÓN (2008). *Andrés Manso Serrano. El último ermitaño de Tarifa*. Informativos de Tarifa Televisión. En <http://youtube.com/watch?v=HHGjoPjF3rE>
- TORRESGUTIÉRREZ, FRANCISCO JOSÉ, y OJEDA RIVERA, JUAN FRANCISCO (Universidad Pablo de Olavide) (2004). «La pobreza en Andalucía». *SEMATA, Ciencias Sociais e Humanidades*, ISSN 1137-9669, 2004, vol. 16: 79-99. Tomado de http://dSPACE.usc.es/bitstream/10347/4575/1/pg_081-102_semata16.pdf



WIKIPEDIA (2017). *Patrimonio Histórico Andaluz en El Campo de Gibraltar*. https://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Patrimonio_Historico_Andaluz_en_el_Campo_de_Gibraltar

WIKIPEDIA. *El Campo de Gibraltar*. Mapas. https://es.wikipedia.org/wiki/Campo_de_Gibraltar

En los montes de Tarifa, en el extremo sur de la Península ibérica, cientos de familias vivieron en pequeñas chozas con muros de piedra y techumbre vegetal. Cazaban, recolectaban y sembraban. Criaban animales, usaban remedios naturales, aprendían a escribir sin escuelas, construían pozos y fuentes, cocían el pan en hornos de piedra y tejían aperos de palmito. Con la mecanización del campo estos espacios llenos de vida y cultura se despoblaron, pero su historia permanece en la memoria de sus habitantes.

La autora vincula su investigación sobre la vida cotidiana en las chozas con su propio recorrido biográfico. Los cuidados dibujos de Rafael Pulido y las fotografías, verdaderos documentos etnográficos, nos hablan tanto del saber popular como del aislamiento. Las historias de vida resaltan las injusticias de la pobreza extrema así como la dignidad y la conciencia de clase. Un trabajo que afirma la capacidad humana para autoorganizarse y salir adelante.



9 788494 173504